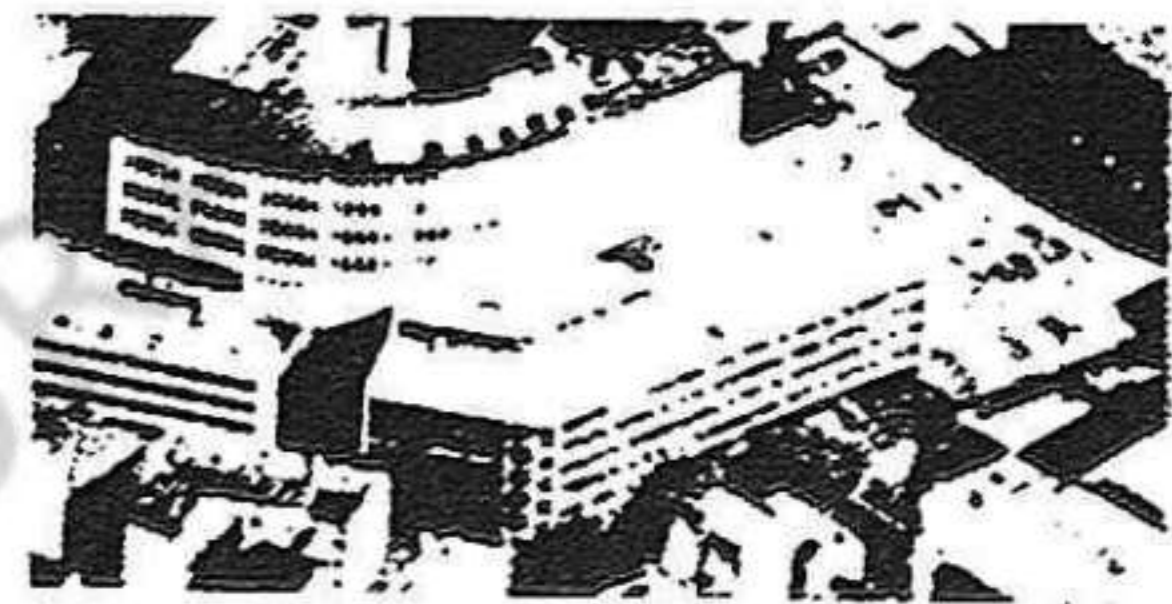


septiembre 1971

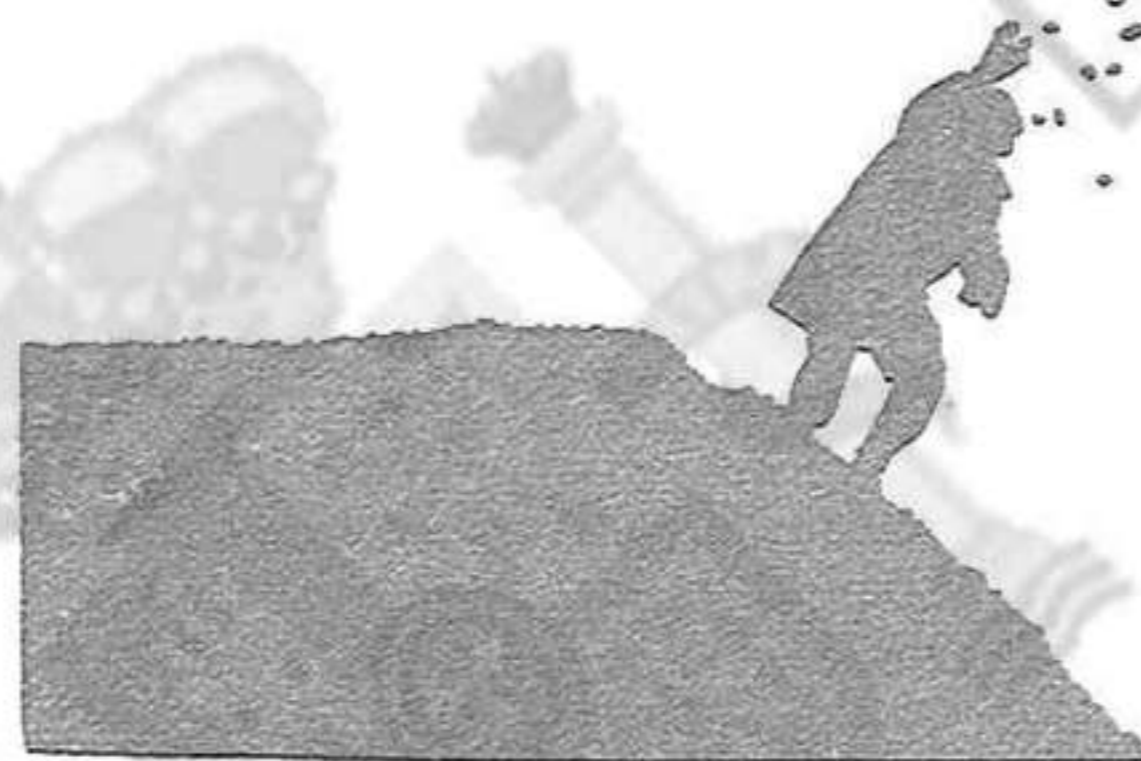
21

La universidad
y la división del trabajo
M. Sacristán



La universidad española
en la crisis presente

e. martí



El socialismo, etapa de transición
Diego Olvega

Inédito de TOGLIATTI presentado
por santiago carrillo

Revista de cultura y política

Realidad

Realidad

Realidad

MINISTERIO
DE CULTURA



tres lecciones sobre LA UNIVERSIDAD Y LA DIVISION DEL TRABAJO

manuel sacristán

CRISIS E IDEAL EN LA UNIVERSIDAD CONTEMPORANEA

Es inútil proponerse una descripción más de la situación de crisis y protesta en que se encuentran las universidades. Útil, en cambio, llamar la atención sobre algo que se nota menos; que esta situación no impide a muchos académicos —incluso liberales o progresistas— seguir satisfechos con ideales universitarios clásicos, como si la crisis no lo fuera también de éstos. Autores muy conocidos e influyentes, como Perroux, permiten incluso que su optimismo acerca de los principios les contagie el juicio de hecho sobre la realidad universitaria, hasta el punto de afirmar, por ejemplo (como se lee en el librito-epistolario con Marcuse) que la universidad es «el hogar de la libertad». Desde luego que la universidad es una de las zonas sobreestructurales de dialéctica más animada e imprevisible. Pero para comprobar que el optimismo de Perroux no refleja la práctica contemporánea no es necesario siquiera indicar la frecuencia con que las fuerzas represivas de los estados practican hoy la ocupación militar de las universidades, sino que basta con recordar cómo se sometió y sirvió al nazismo la más clásica universidad del occidente moderno, o lo fácil que fué, a partir de 1939, convertir la universidad española en un aparato de represión ideológica mediante las «oposiciones patrióticas» a que se ha referido Aranguren. Las vicisitudes personales de los numerosos universitarios españoles que emigraron tras la victoria del fascismo y los esfuerzos de unos pocos desde entonces no son «glorias de la universidad», sino modestos elementos de la resistencia del pueblo español.

En realidad, los académicos liberales satisfechos, como Perroux, son, aunque no pocos, sí minoritarios. Los más hablan de la universidad de un modo crítico o melancólico, o crítico y melancólico a la vez. El elemento más frecuente de la actitud académica liberal es hoy la crítica de la «multiversidad», de la fragmentación de la universidad clásica. Esta crítica empezó en Norteamérica (y precisamente en boca de un antiguo rector o presidente, Clark Kerr) porque el fenómeno mismo de la «multiversidad» se desarrolló allí antes que en ninguna otra parte, y de un modo muy característico, a causa de la influencia de necesidades o conveniencias mercantiles en la organización de la universidad, que ha llegado a hacer de ésta lo que se ha llamado «la gran empresa académica» (1). Hutchins ha recogido en su ensayo *La Universidad de Utopía* un testimonio de la «multiversidad» norteamericana de la segunda mitad del siglo XX que merece recuerdo: «Días pasados ví en Berkeley algo que nunca pensé ver en mi vida. Ví a un doctor en filosofía especializado en Educación de conductores. Ningún alumno de la Universidad de California puede graduarse sin seguir un curso sobre conducción de automóviles. Dichos cursos deben tener maestros, y éstos, a su vez, deben estudiar los métodos para enseñar a manejar automóviles. Los maestros de estos maestros deben tener profesores en los colleges y universidades. Los profesores de estas instituciones deben poseer el título de Ph. D. [doctor en filosofía]. Por lo tanto, en California tiene que haber algún Ph. D. especializado en Educación de conductores» (2).

El mismo Hutchins y, en general, los críticos progresistas perciben por debajo de la anécdota multiversitaria

la disgregación de la cultura moderna. Ortega formuló ya en *Misión de la Universidad* la relación entre el problema universitario y la crítica situación disgregada de la cultura capitalista madura: «Todo aprieta para que se intente una nueva integración del saber, que hoy anda hecho pedazos por el mundo. Pero la faena que ello impone es tremenda y no se puede lograr mientras no exista una metodología de la enseñanza superior» (3). No es fácil encontrar exposiciones del tema tan clarividentes y precisas como la de Ortega, que llega a contemplar la necesidad de una especulación de la universidad en la «construcción de una totalidad» (4). Pero el motivo se encuentra también en los escritos de numerosos autores cuya limitación doctrinal (en comparación con Ortega) revela más directamente las dimensiones prácticas del problema y de la tendencia liberal a resolverlo mediante una paradójica conversión del humanismo tradicional en nueva especialidad. La tendencia suele tomar la forma de una contraposición entre sabiduría o saber global y conocimientos fragmentarios. La paradójica tendencia acaba por admitir una radicalización sorprendente de la división del trabajo incluso en la doctrina de los autores más progresistas. Así, por ejemplo, Hutchins arranca de las ridículas especializaciones que ha observado entre los doctores en filosofía norteamericanos y generaliza el planteamiento: «El gran problema de la universidad es el problema de su objeto. ¿Para qué existe? Si se compromete a enseñar las triquiñuelas de algunos oficios, ¿por qué no habría de estar dispuesta a asumir la misma responsabilidad con respecto a todos? Pero ¿por qué habría de intentarlo? A menos que sus profesores se dediquen a la práctica de la [profesión], no es probable que estén al tanto de las últimas novedades; y, si la ejercen activamente, no es fácil que sean buenos profesores» (5). Desde un punto de vista que no aceptara como dato permanente la sociedad capitalista contemporánea se podría objetar a eso que la planificación socialista de la economía y de la evolución social puede conseguir criterios para distinguir (sin duda con zonas periféricas de imprecisión) entre oficios socialmente necesarios y profesiones y actividades que son principalmente costes sociales de los superbeneficios de las grandes empresas; y que, por lo tanto, esa planificación podría llegar muy bien a conclusiones acerca de qué «triquiñuelas» de oficio son dignas de inversión social. Pero objetar eso sería probablemente jugar con ventaja, aprovechando el elocuente ejemplo de los doctores en filosofía que, especializados en enseñar a profesores de conducción, son un grotesco monumento al poder de la industria automovilística norteamericana. La tensión entre conocimientos más generales y contemplativos («teóricos») y conocimientos más especiales y operativos («técnicos») subsiste aunque se prescindiera de esos filósofos de la General Motors. Y en la misma solución propuesta por Hutchins y otros progresistas —la renovada división entre sabiduría y conocimiento, la paradójica creación de la especialidad «sabiduría»— hay que distinguir entre la evidente articulación capitalista de la fórmula —que es la atribución directa de la enseñanza técnica al capitalismo (escuelas de empresa) y de la ideología o «sabiduría» al agente político del capitalismo (el estado)— y el hecho de que el problema a que responde no ha nacido

con la burguesía ni desaparecerá sin más con ella. La propuesta dice, en la formulación de Hutchins: «La mejor manera de dividir la responsabilidad entre la universidad y la educación sería dejar el contenido intelectual, si lo hay, en manos de la primera, y permitir que la segunda [las empresas] se encarguen de familiarizar a sus propios neófitos con las operaciones técnicas que deben aprender» (6). La idea aparece con formas menos cautas cuando escriben ensayistas conservadores o reaccionarios, y también cuando se apoya en la desmesura especulativa de los filósofos europeos continentales. Ejemplo de los primeros puede ser el argentino Patricio H. Randle, para el cual «todo conocimiento pragmáticamente aplicado, toda técnica que no participa intensamente de la interdisciplina y de una cierta universalidad, no tienen por qué ser enseñadas en la Universidad» (7), porque «la razón de ser de la Universidad, aquello que no puede compartir con otras instituciones de enseñanza superior, es el rigor tanto como la «universalidad» de su quehacer intelectual» (8). Por el otro lado, filósofos como Scheler o Jaspers manipulan con la misma tranquilidad la vulgar falsedad etimológica de la «universalidad» universitaria. Scheler habla de la «*universitas* del saber y la cultura» (9), y Jaspers declara, proclamando explícitamente el equívoco lingüístico, que «la universidad, de acuerdo con su nombre, es *universitas*, el conocer e investigar subsisten [...] sólo como un todo [...]» (10). Como es obvio, «*universitas*» se aplicó a los grupos de estudiantes y profesores, de individuos, no de saberes, para significar «gremio», es decir, precisamente la particularidad, la no universalidad de un grupo que gozaba de determinados privilegios estamentales. Y en sus comienzos las universidades fueron precisamente escuelas profesionales especializadas de médicos, juristas y teólogos. «En su nacimiento, escribe Mondolfo (11), «las primeras universidades, a pesar de su vinculación con las escuelas de artes, no se modelan según el plan y la clasificación de estudios de éstas; antes bien, el proceso histórico de creación de las universidades más antiguas, lejos de obedecer a una exigencia sistemática de distinción y vinculación mutua de las diferentes ramas del saber, obedece en cada caso a una necesidad particular diferente de uno a otro lugar. Las tres primeras universidades, que son (en orden cronológico) las de Salerno, de Bolonia y de París, nacen cada una como sede de un estudio particular que la caracteriza: medicina en Salerno, derecho en Bolonia [...] y teología en París [...], y la de Salerno queda por toda su duración limitada a la escuela médica, mientras que las de Bolonia y París, vinculadas desde su comienzo con la escuela de artes, van desarrollando de ésta sus estudios». La «universalidad» no nace de la *universitas* gremial, que es particularidad. Toda *universitas*, igual la de los sastres que la de los teólogos, presenta «la distinción de maestros y discípulos, y todas tienen como fin esencial, junto con el ejercicio de su arte y la protección de sus asociados, también la exigencia de ir convirtiendo continuamente a los discípulos en maestros, para mantener la continuidad del gremio» (12).

Algunos autores liberales son demasiado críticos y demasiado historiadores para cantar ingenuamente al mito de la universalidad sapiencial universitaria. Antonio Tovar interpreta la realización de ese ideal —no en la universidad europea, pero sí en la educación antigua greco-romana— como causa de la catástrofe de ésta, y revela brevemente la naturaleza objetivamente clasista del ideal de la sabiduría pura en condiciones de escasez: «Es seguro que entre las deficiencias de la educación de la antigüedad, que desde grandes alturas se hundió en niveles casi infantiles, estuvo muy en primer lugar el marcado carácter selectivo, clasista, orientado hacia los «hombres libres» y con la finalidad de formar a «un hombre libre», es decir, ocioso» (13). Pero en general, el ideal de la sabiduría pura y «universal» frente a los conocimientos particulares es la solución de la crisis universitaria que prefieren los autores liberales, incluso algunos cuyos trabajos históricos o cuyo optimismo progresista parecen poco compatibles con aquel mito estático. La tendencia es precisamente llamativa en estos casos, cuando corona argumentaciones llenas de confianza en la división del trabajo existente y en el progreso de la educación. La obra de Mondolfo es un ejemplo muy interesante de esta actitud (14). El y otros autores documentan la afirmación de Angel Latorre según la cual «lo que más ha fascinado a las generaciones posteriores es la unidad cultural que reflejan las universidades

medievales» (15). No se trata, en efecto, de que la institución medieval sea «universal» en sí misma y por sí misma, ni de que haya realizado la «conciliación armónica» a que se refiere Mondolfo «entre especialización y sistema universal de los conocimientos». Se trata de que la sociedad que se traspareta a través de aquella institución —o, al menos, las capas de la sociedad presentes en la universidad medieval— tienen una gran capacidad de integración cultural productiva y directa, potencia de la que carece la cultura del capitalismo imperialista aunque disponga de poderosas técnicas inhibitorias de la autoconsciencia de los explotados y oprimidos. Por debajo de la infundada admiración por una universalidad del conocimiento, que nunca ha existido, está la nostalgia, consciente o no, de la integrada cultura europea pre-capitalista, de un mundo lo suficientemente «formado» (según decía demagógicamente el canciller Erhard hablando de la sociedad alemana del milagro económico de los años 60) como para que la variedad de la individuos y países no impidiera percibir inequívocamente los valores y las jerarquías. (La nostalgia medievalizante tiene siempre dos caras, como toda utopía: puede ser crítica del presente, pero también, y al mismo tiempo, negativa disfrazada a intentar transformar el presente apoyándose en las regularidades de su propia dialéctica, en sus gérmenes de futuro. Hoy es útil subrayar que la utopía puede ser reaccionaria, y, sobre todo, que lo es indefectiblemente cuando la proclaman no hambrientos semianalfabetos iluminados, sino caballeros letrados instalados confortablemente en este locus, en esta sociedad, y cautos en sumo grado en cuanto a tomar riesgos por cambiarla. Thomas Münzer perdió la vida por su utopía; Th. W. Adorno —y es un ejemplo particularmente digno— ganó con la suya cátedra e instituto).

Probablemente no sería justo ver en la utopía de la universidad sapiencial y universalista sólo ese juego ideológico acaso inconsciente. Sobre todo si se tiene en cuenta que los académicos liberales se enfrentan con el demagógico cinismo o la conformista torpeza de los académicos ya comúnmente llamados tecnócratas, organizadores activos de las alienaciones del estudiante y del científico y de las fetichizaciones de la ciencia-técnica señaladas por los liberales. Pero en las doctrinas de éstos hay un elemento de autocontradicción que impone un análisis orientado a descubrir el fundamento social de sus inconsistencias. La autocontradicción liberal es expresión del moderantismo característico de esa tradición de pensamiento. El intento de compromiso intelectual, tan frecuente en ella, da aquí resultados inconscientes. Hutchins, por ejemplo, piensa que «lo que necesitamos son instituciones especializadas y hombres no especializados» (17). Pero si de verdad ningún hombre es especializado, los departamentos o las cátedras no lo podrán ser realmente más allá, por ejemplo, de la especialización de una escuela de artes medieval (y ya eso es conceder mucho). Ortega, por su parte, parece no percibir lo imposible de su postulación de que «lo más ineludible» es «la enseñanza de la cultura» (18). Una cultura, aunque el individuo la asimile en un proceso de aprendizaje, no se puede enseñar en sentido técnico-didáctico. «Enseñar una cultura» sólo tiene sentido —en el contexto de Ortega— si se entiende por «cultura» la llamada «cultura superior», un conjunto de conocimientos más o menos especiales y de formas de tráfico de las capas dirigentes de la clase dominante. Sólo reduciendo la realidad social cultura a la subcultura de la burguesía ilustrada hegemónica se puede construir con sentido (pero no sin crear nuevas dificultades) la expresión que usa Ortega. Eso revela la limitación, el moderantismo de la propuesta, que se da también, por lo demás, en la de Hutchins recién citada: «enseñar cultura» o formar «hombres no especializados» en «instituciones especializadas» sería en la práctica, una vez despojada la idea de su ininteligibilidad literal, dedicar un equipo, que se sacrificaría en especializarse como científicos (Hutchins) o como maestros de cultura (Ortega), a la tarea de perpetuar la existencia de una capa ilustrada, alimentada por especialismos compensadores de su gratuidad social: el especialismo de sus maestros, el de los administradores económicos y políticos del capitalismo (de un capitalismo que tendría en la gran capa ilustrada su más firme sostén integrador) y el especialismo de los trabajadores industriales y rurales productores de la plusvalía.

Este breve repaso de la temática considerada acumula más cuestiones de las que es posible examinar al hilo de un discurso rápido. Vale la pena detenerse a examinarlas de

nuevo más de cerca.

UNIVERSIDAD,

HEGEMONIA

Y

DI VI SI ON DEL TRA - BA - JO

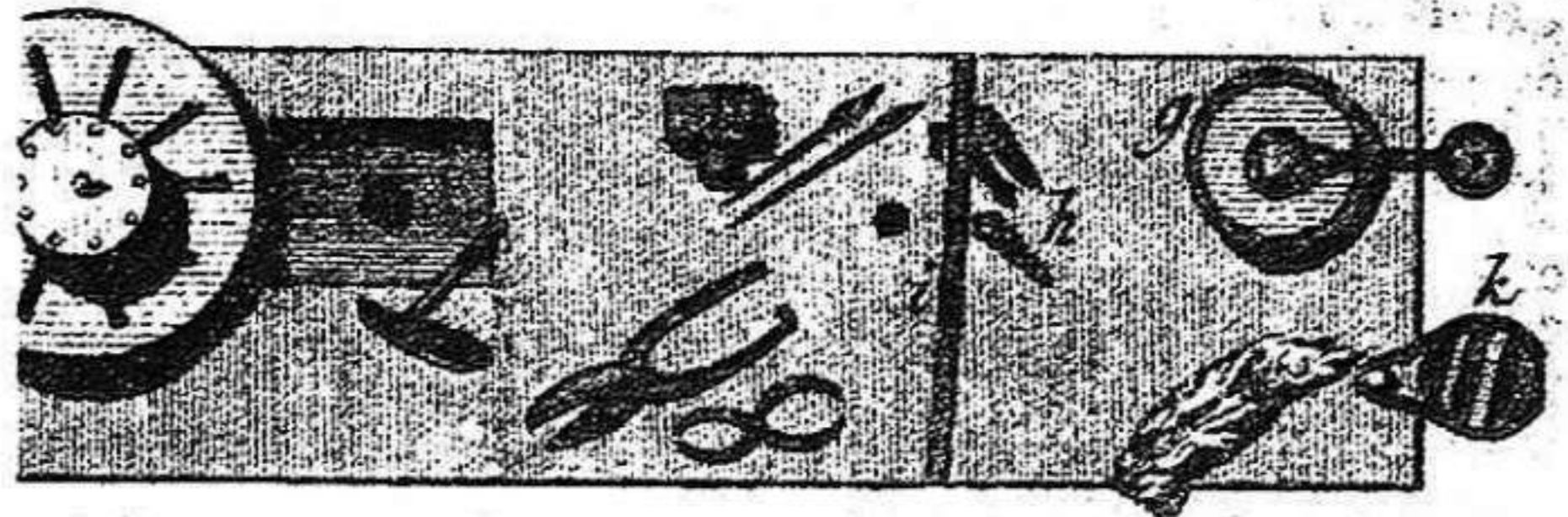
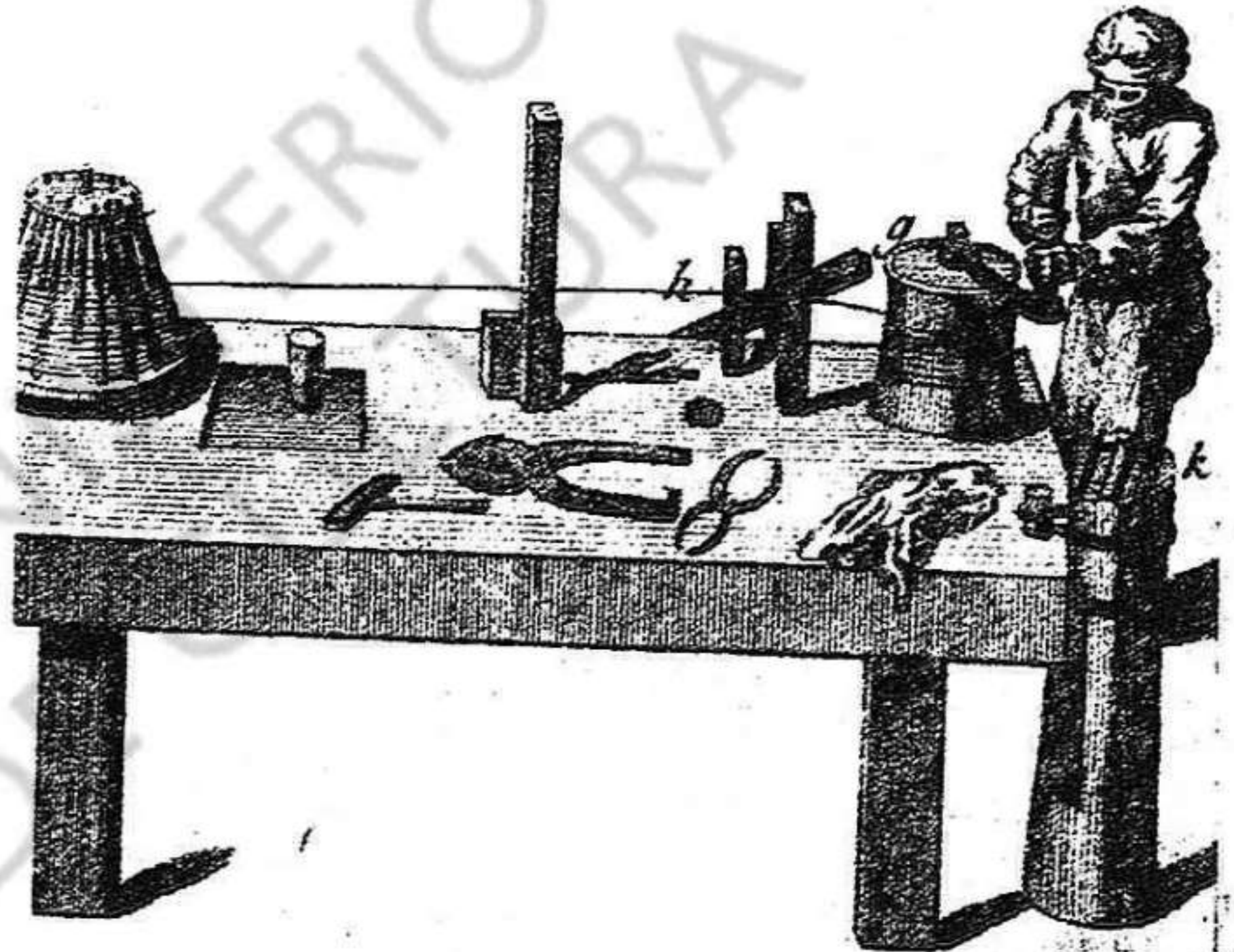
La actitud liberal contiene siempre y explícitamente una aspiración a componer la fragmentada vida moral de los individuos de la sociedad capitalista. En eso estriba, como queda dicho, su superioridad sobre el reformismo tecnocrático. Pero, como también se ha indicado, la aspiración liberal es ambigua, porque la misma fragmentación o descomposición de la vida moral en el capitalismo, la «falta de cobijo» a que justificadamente se refieren los escritores medievalizantes, es un fenómeno bifronte: no hay que olvidar que la desorganización de la vida moral en el capitalismo es el reverso de la rotura de la orgánica servidumbre feudal, ni que con la destrucción de ésta se universalizó la idea de libertad. Por eso el intento **explícito** liberal de recomponer la vida moral de los individuos puede muy bien degenerar en un esfuerzo **implícito** por recomponer la organicidad, la integración social, sin plantearse el problema básico de la previa subversión de los órdenes jerárquicos de dominio que hasta ahora, por tratarse de sociedades de clase, son los elementos activos inevitables de toda organicidad social. Así la búsqueda anticapitalista de la recomposición o reintegración de la vida moral puede desembocar en una legitimación implícita —explícita en el anticapitalismo reaccionario— de la autoridad social organizadora o «vertebradora». Y como ésta, en ausencia de revolución socialista, no puede ser hoy —cualesquiera que sean las ilusiones de los autores— sino una autoridad capitalista, el resultado final de esa línea de pensamiento y de acción es el robustecimiento del poder de la gran burguesía, beneficiada ahora por la represión autoritaria y militar de las manifestaciones de descomposición y fragmentación de la sociedad capitalista, por la «superación del parlamentarismo» o por la «superación de la «democracia inorgánica». El resultado de la crítica medievalizante, irracionalista, del capitalismo es la ideología fascista. En esta interpretación obvia de la historia ideológica europea pueden coincidir escritores tan dispares como Lukács, Russell o Della Volpe, etc.

Es fácil observar esa dialéctica en textos propagandísticos, directamente apologéticos del capitalismo. Pero instruye poco. Enriquece, en cambio, la experiencia social estudiar el núcleo de la cuestión de la mano de algún desarrollo doctrinal importante. La **Misión de la Universidad** de Ortega no sólo es un ensayo insuperado en la literatura de lengua castellana sobre el tema, sino probablemente uno de los escritos ideológicos más claros, sólidos y coherentes de la abundante bibliografía mundial sobre la crisis universitaria.

El esquema general de Ortega se basa en una distinción de tres funciones históricas de la Universidad: Primera, la trasmisión de cultura; segunda, la enseñanza de las profesiones; tercera, la investigación científica y la educación de nuevos hombres de ciencia. Sobre esa observación organiza Ortega una serie de valoraciones programáticas que constituyen su propuesta de solución del problema universitario. La tercera función de su esquema, la investigación científica, se rechaza de la universidad, no por hostilidad a la ciencia, que ha de ser, según Ortega, la periferia nutricia de la institución universitaria, sino porque la tarea científica no corresponde a la «misión de la universidad», a lo que «debe ser» el «hombre medio». Pues éste es el léxico de Ortega: «No veo razón ninguna densa para que el hombre medio necesite ni deba ser un hombre científico. Consecuencia escandalosa: la ciencia, en su sentido propio, esto es, la investigación científica, no pertenece de una manera inmediata y constitutiva a las funciones **primarias** de la universidad; ni tiene que ver **sin más ni más** con ellas» (19). Obsérvese que el uso por Ortega de la expresión «hombre medio», aunque sin duda en la estela de las tendencias aristocratizantes que prepararon la ideología fascista, no es particularmente reaccionaria, sino, por el contrario, libe-

ral y progresista. Pues, aunque reserve la ciencia para el hombre no-medio, el esquema de Ortega implica que la universidad está a disposición del «hombre medio»: «La universidad consiste, **primero y por lo pronto**, en la enseñanza superior que debe recibir el hombre medio» (20).

De éste afirma Ortega: —por lo que hace a la segunda «función histórica» de la universidad— que hay que hacer [de él] un buen profesional» (21). Pero lo que caracteriza la concepción de Ortega es la acentuación de la primera «función histórica» de la universidad: «Hay que hacer del hombre medio, **ante todo**, un hombre culto —situarlo a la altura de los tiempos. Por tanto, la función **primaria y central** de la Universidad es la enseñanza de las grandes disciplinas culturales. Estas son: 1ª Imagen física del mundo (Física). 2ª Los temas fundamentales de la vida orgánica (Biología). 3ª El proceso histórico de la especie humana (Historia). 4ª La estructura y el funcionamiento de la vida social (Sociología). 5ª El plano del Universo (Filosofía)» (22). Los cinco temas componen en **Misión de la Universidad** lo que Ortega llama «Facultad de Cultura», núcleo de la Universidad y de toda la enseñanza superior». La consecuencia con que Ortega llega al detalle de su programa,



la resolución de ese programa no debe hacer olvidar el carácter nostálgico de sus fines: es un programa que aspira a reintegrar la cultura, a recomponer un alma laica a éste que Marx llamó «mundo desalmado», sin tocar para nada sus fundamentos. La nostalgia explica que no falten en el gran ensayo de Ortega ni el error histórico sobre la «universalidad» universitaria ni siquiera el lamento utópico-regresivo o involutivo de la burguesía post-ilustrada. Ortega cree, por raro que parezca a quien admira sus conocimientos históricos y ha aprendido de ellos, que «la Universidad medieval no investiga» y que «se ocupa muy poco de profesiones», porque en ella todo es «cultura general» —teología, filosofía, «arte» (23). Pero en realidad la universidad medieval ha sido, por el contrario, la reunión de unas pocas «escuelas técnicas superiores» profesionales, corporativas o de gremio (teólogo fue y es una profesión). Y en el siglo XX ni el más anticlerical de los historiadores puede negar importancia a la investigación —filosófica y teológica, desde luego, pero también física y, sobre todo, lógica— realizada en las universidades medievales. Mas el secreto de la eficacia de esas falsas imágenes de la universidad medieval ha sido recordado ya: lo que echa de menos el liberal, incapaz (dicho sea en honor suyo) de una apología tecnocrática del capitalismo maduro, es la integración u organicidad de

la sociedad medieval. Ortega mismo declara ese motor de su pensamiento sobre la universidad, aunque sea poniendo, al modo idealista, la carreta delante de los bueyes: «Comparada con la medieval, la Universidad contemporánea ha complicado enormemente la enseñanza profesional que aquélla en germen proporcionaba, y ha añadido la investigación quitando casi por completo la enseñanza o trasmisión de la cultura. Esto ha sido evidentemente una atrocidad. Funeestas consecuencias de ello que ahora paga Europa. El carácter catastrófico de la situación presente se debe a que el inglés medio, el francés medio, el alemán medio son **incultos**, no poseen el sistema vital de ideas sobre el mundo y el hombre correspondientes al tiempo» (24). El idealismo «espontáneo» del intelectual europeo moderno ignora que es la atomización inorgánica de la base social la que no permite una sobreestructura ideológica integrada, sino sólo la proliferación de ideologías cambiantes que caracteriza el mundo sobreestructural capitalista. Ortega parece olvidar que no existe hoy el sistema vital de ideas (propriadamente, de creencias, si se usa con cuidado su propio léxico) y pasa aquí por alto que lo que impide la vigencia de un sistema de creencias no es la multiplicidad de las ideas (por ejemplo, de los conocimientos) —pues esa multiplicidad es un dato permanente desde tiempos remotos—, sino la estructura atomizada de la base capitalista madura; pero a pesar de eso se acerca más de una vez a una formulación realista del problema. La siguiente, por ejemplo, aunque desemboque en la común ilusión idealista, contiene ya, sin embargo, implícitamente realidad bastante para apuntar a una práctica política: «Hay que reconstruir con los pedazos dispersos —**dialecta membra**— la unidad vital del hombre europeo», dice, por de pronto, llegando finalmente a la realidad social elemental, la vida del individuo. La fórmula resolutoria de esa tarea será idealista: «¿quién puede hacer esto si no la Universidad?» Pero entre esas dos frases, entre el planteamiento de la tarea y su solución, aparece la mediación política —aquí sólo incoada— que da realidad incluso a la solución idealista universitaria. La mediación hacia la política empieza al «evitar utopismos»: «Es preciso lograr que cada individuo o —evitando utopismos— muchos individuos lleguen a ser, cada uno por sí, entero ese hombre» (25).

Ortega llega por este camino al tema de la hegemonía: es necesario, para reorganizar una sociedad de clases en fragmentación, que una capa de individuos —«muchos individuos»— se mantenga en tensa integración interior y, segura de sí misma, dicte al resto de la población valores y creencias concordantes con las dominantes sociopolíticas de la base social. «La sociedad», escribe Ortega, «necesita buenos profesionales —jueces, médicos, ingenieros—, y por eso está ahí la Universidad con su enseñanza profesional. Pero necesita antes que eso y más que eso asegurar la capacidad de otro género de profesión: la de mandar. En toda sociedad manda alguien —grupo o clase, pocos o muchos—. Y por mandar no entiendo tanto el ejercicio jurídico de una autoridad como la presión e influjo difusos sobre el cuerpo social. Hoy mandan en las sociedades europeas las clases burguesas, la mayoría de cuyos individuos es profesional. Importa, pues mucho a aquéllas que éstos profesionales, aparte de su especial profesión, sean capaces de vivir e influir vitalmente según la cultura de los tiempos. Por eso es ineludible crear de nuevo en la Universidad la enseñanza de la cultura o sistema de las ideas vivas que el tiempo posee. Esa es la tarea universitaria radical. Eso tiene que ser antes y más que ninguna otra cosa la Universidad» (26).

La universidad es una institución que produce y organiza hegemonía, acertadamente distinguida del dominio político-estatal propriadamente dicho. El desarrollo de Ortega desemboca así en una verdad elemental e importante que, si llevara otra firma, escandalizaría a más de un entusiasta suyo. Hay que añadir que el carácter burgués de la formulación de Ortega no está en la alusión a la burguesía hoy dominante, alusión que es en su texto muy imprecisa y genérica. Pues, aparte de que su adhesión clasista consciente era más bien aristocratizante, como ya lo sugiere su liberalismo no-democrático, Ortega añade a lo dicho: «Si mañana mandan los obreros, la cuestión será idéntica: tendrán que mandar desde la altura de su tiempo; de otro modo, serán suplantados» (27). El que lea estas palabras podrá oír en ellas un refintín sardónico, sobre todo si se imagina al Duque de Alba leyendo el ensayo de su amigo el filósofo. Pero para entender un texto hay que empezar por tomarlo al pie de la letra. Literalmente tomado,

el texto revela su carácter conservador en su afirmación implícita de la eternidad de la sociedad de clases y del estado. Ortega lleva razón al pensar que si la sociedad es siempre clasista —presupuesto para para él obvio—, siempre habrá estado y siempre habrá, como manifestación integradora, interiorizadora del dominio político, necesidad o conveniencia al menos de poder no-jurídico ni económico, sino ideal, mental.

Ortega apunta incluso a una precisa función de los académicos dentro del aparato general de la hegemonía: esa función sería la de un afinamiento crítico del grosero ejercicio hegemónico que practica la prensa (en este contexto utiliza Ortega, refiriéndola a la universidad, la precisa expresión «poder espiritual» [28]). Pero la especialización de los universitarios dentro de la organización de la hegemonía de las clases dominantes no es sólo programa, sino un hecho ya conocido. Hecho que significa, por de pronto, que el aparato hegemónico de la sociedad moderna rebasa la universidad. La posición de ésta en dicho aparato no es exactamente la misma en todas las sociedades. En la inglesa, por ejemplo, la universidad tradicional ha practicado la producción de hegemonía en una forma todavía más pura que la contemplada en el proyecto de Ortega: la universidad inglesa tradicional educaba principalmente a ser **gentleman**, modelo que seguir (por los miembros de la misma clase) o que respetar (por las clases dominadas). La universidad alemana clásica se situó de otro modo en el dispositivo hegemónico: a través de su prestigio científico (no tanto educativo, como en el caso de la inglesa) produjo, además de hombres, ideas, instrumentos conceptuales de la hegemonía (29).

En la realidad universitaria anterior a la IIª guerra mundial y en el pensamiento de los grandes autores liberales —por ejemplo, en el de Ortega, aquí tomado como modelo— la universidad tiene una división interna del trabajo que da complejidad y extensión a su posición en el cuadro más amplio de la división técnica y social del trabajo en la sociedad. La trasmisión o «producción» de cultura es la función hegemónica inmediata: trabajo de los académicos más teorizadores, más especulativos o más propagandistas. La enseñanza de las profesiones (salvo por lo que hace a las claramente parasitarias) es trabajo mediatamente productivo y también mediatamente organizador de hegemonía a través de la función representativa y estabilizadora de los profesionales. Por último, la producción de ideas científicas, la investigación, es un trabajo realmente distinto, en la sociedad moderna, de un modo antes desconocido: como fuerza productiva que ella misma es, la ciencia es fundamento necesario de las profesiones no parasitarias. Y por el prestigio que ha adquirido ya desde siglos, la ciencia es imprescindible, aunque sea falseada, para construir cualquier hegemonía. Los médicos falsamente investigadores de los campos de concentración nazis son una documentación macabra y elocuente de este hecho.

(Este esbozo de la división interna del trabajo universitario requiere dos correcciones, derivadas ambas de la complicada dialéctica de las sobreestructuras ideológicas con la base social. La primera se refiere a la función hegemónica de la universidad. Los contenidos sobreestructurales ideológicos tienen en la base social esencialmente su fundamento, la razón de su posibilidad, sus causas «cuasi-formales», como habría dicho algún lógico medieval, pero no su causación eficiente e inmediata. Eso implica que los contenidos sobreestructurales ideológicos no son exclusivamente funcionales a la base, al dominio en esa base, sino que también pueden ser disfuncionales con la base, contrarios al dominio dado en ella: una misma base social ha podido ser y ha sido fundamento del fascismo y del leninismo en la Europa central y occidental. Consecuencia de ello es para la función hegemónica de la universidad la posibilidad de que los académicos refuercen las potencialidades de hegemonía de las clases dominadas. Lo que decide acerca del logro (infrecuente) de esa posibilidad y de sus dimensiones no es sólo la sobreestructura universitaria misma, sino también, por un lado, la base social en lo que afecta al cuerpo académico (el origen social de la población universitaria) y, por otro, la sobreestructura política propriadamente dicha, el estado, que reprime las manifestaciones académicas disfuncionales con la base. En sí misma, la sobreestructura universitaria, por la presencia de la ciencia en ella, es de las más capaces de producir oposición a la base social (29 bis).

La otra corrección imprescindible se refiere a la ciencia,

universitaria o, en general, institucionalista. Aquí la autonomía dialéctica o relativa de las sobreestructuras ha de traer a colación para explicar uno de los fenómenos más perversos de la cultura capitalista moderna: el carácter parasitario de una buena parte de la «investigación» científico-experimental, determinada por la necesidad de «publicar» para ganar cátedras, becas, honores en la carrera universitaria. Muchos investigadores experimentales admiten ya en privado que gran parte de las publicaciones de su especialidad no tiene valor de conocimiento del mundo, sino que es un conjunto de meras piezas del expediente académico de sus autores. Ciertamente que esa volatilización del «valor de uso» de las publicaciones se daba ya en el carácter casi exclusivamente gremial de la mayoría de las tesis doctorales en letras. Pero las clases trabajadoras pagan más caramente el breve «paper» ocioso del físico o biólogo que la tesis gruesa e inútil del literato).

Toda la complicación de la división interna del trabajo universitario, que complica a su vez inevitablemente la posición de la universidad en la división general del trabajo, desaparece prácticamente en las angustias ideológicas de la crisis de la institución. La urgencia de la crisis estrecha, en efecto, la visión de los autores: no sólo en las publicaciones de apologistas, sino también en las de autores considerables, salta a la vista que la única preocupación se refiere ya a la función hegemónica inmediata o directa de la universidad. (Por eso desplazaron probablemente los acentos de un modo equivocado los sectores del movimiento estudiantil europeo que, como ocurrió principalmente en Italia, vieron el nudo político del problema de la universidad contemporánea en la división técnica del trabajo para la valorización del capital). La ansiedad es tanta que los autores no se sienten incómodos, como ya se indicó, ante la organización explícita de la función de hegemonía como especialidad reglamentada, ya en la forma de una «facultad de cultura», ya en la reducción de la universidad entera a esa función política de integración de la sociedad. Pero la concepción de la función de hegemonía como una especialidad reglamentada es la consagración programática de una minuciosa (y paradójica) división del trabajo político-intelectual ya dentro de una capa de las clases o alianzas dominantes en la sociedad (la capa de los intelectuales). Se trata de una aceptación de la división social del trabajo —inevitablemente conservadora de la actual distribución de las clases— en formas extremas, porque afectan a la vida moral del individuo de un modo directo, abierto. Impresiona encontrar las consecuencias de ello en liberales de la mejor intención. Escribe, por ejemplo, Hutchins: «La universidad se funda en el supuesto de que, en alguna

parte del Estado, debe existir una organización cuyo propósito sea meditar profundamente sobre los problemas intelectuales más importantes. Su finalidad es iluminar todo el sistema educativo y las cuestiones teóricas y prácticas que se plantean a los pensadores especulativos y a los hombres de acción. Es una comunidad que piensa» (30). Desde luego que molesta menos encontrar esos mismos motivos en los apologistas del capitalismo, por ejemplo, en los escritos de Randle, para el cual «si la Universidad todavía tiene alguna razón de ser, es justamente porque sigue siendo el refugio de lo más selecto intelectualmente» (31). Este profesor que tanto repite la ilusa falsedad de la universidad universitaria razona muy elocuentemente su aristocracismo con argumentos característicamente particulares, gremiales, realmente propios de una estrecha corporación (*universitas*) de maestros y discípulos para el suministro de hegemonía a la clase dominante. Randle considera que «el acceso ilimitado a la Universidad es una utopía o un desastre nacional». Y entre las razones de esa toma de posición rotundamente antidemocrática da la que durante tanto tiempo ha garantizado (en la mayoría de los casos) que los técnicos superiores seguirían recibiendo ellos mismos, en forma de sueldo los unos y otros por la mediación de sus «clientes», la cuota de plusvalía bastante para que no sintieran veleidad alguna de cambiar de campo en la lucha de clases. El corporativismo del *numerus clausus* puede ignorar su función consolidadora del dominio y de la explotación. Pero es siempre muy explícito en la defensa de la casta: «La formación de un proletariado universitario (una masa que no posee otro patrimonio que su mero diploma, sin oportunidades de ejercerlo) atenta contra la jerarquía, las normas éticas y la dignidad de las profesiones universitarias, estableciéndose una verdadera competencia comercial basada en la cruda relación entre oferta y demanda, y de la cual se beneficia injustamente el empleador, sean los servicios públicos, las empresas privadas o los particulares» (32).

Seguramente es bueno conocer el pensamiento del enemigo en su forma más clara. Pero como esta forma máximamente clara es también la máximamente pobre, tiene el inconveniente de adormecer en una agradable sensación de superioridad, lo que puede cegar respecto de los problemas reales a los que se debe la eficacia ideológica o propagandística de las construcciones más crudamente apologéticas. La fuerza del académico más conservador, del tecnócrata menos reformista, arraiga en la aporética aceptación de algo que es un dato de la civilización presente: la división social (no sólo técnica) del trabajo. En este punto lo que se encuentra a un lado y otro de la línea divisoria no puede ser simplemente la afirmación, por un lado, y la negación, por otro, de la actual inevitabilidad de la división del trabajo. La mera negación de ese hecho no tiene valor alguno de conocimiento. El Coco deja de existir cuando el niño crece y decide dejar de creer en él. Pero eso no ocurre con la base productora de la vida de la especie.

En cualquier caso, el problema de la división social y clasista del trabajo es la raíz del interés que tiene el tema de la universidad para la clase obrera en general y para el movimiento socialista en particular. Otros planteamientos del tema —señaladamente el paternalista de la «universidad popular» o la «universidad obrera»— pueden tener algún interés secundario, tal vez, en algún momento, como objetivos intermedios, o acaso como instrumento de la formación de cuadros obreros. Y aun eso con la condición de que esa universidad popular u obrera no se realizara bajo la dirección de los académicos tradicionales que, por buena que fuera su intención, comunicarían sobre todo a los alumnos obreros —según la experiencia de varios países europeos antes de la primera guerra mundial— la pasión pequeño-burguesa por el ascenso modesto a la dorada medianía.

El planteamiento adecuado del tema de la universidad desde el punto de vista de la clase obrera es el que lo contempla en el marco de la **división social clasista del trabajo**, porque esta clase es la que soporta las consecuencias negativas de esa división. Por otra parte, el movimiento obrero ha vivido casi desde el primer momento en la perspectiva de terminar con la presente división social clasista del trabajo (presente, aproximadamente, desde el siglo XVII). Esa perspectiva se suele expresar en la tradición marxista usando un término que el propio Marx había recibido de Hegel: *Aufhebung*. Este término significa, unas veces, «abolición», otras todo lo contrario, o sea, «preservación», y otras «elevación». Y eso en los mismos contex-



1515
RHINOCERVS
BIPEDVS

A

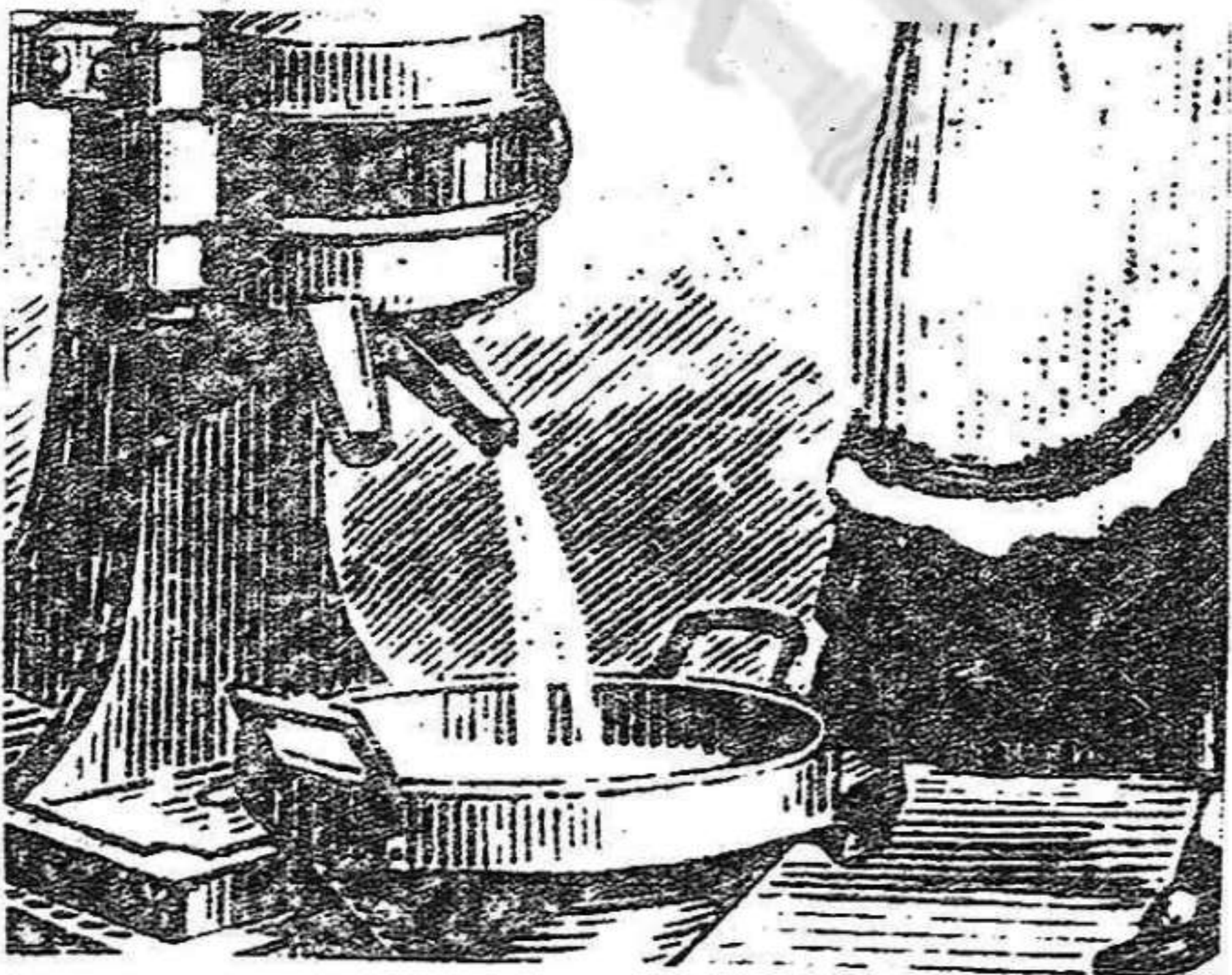
tos, y también simultáneamente, como es el caso en su uso técnico por Hegel y por Marx. El hecho de que Marx tomara (en todas las épocas de su vida) ese término inicialmente tecnicado por Hegel para expresar con él, como este filósofo, la complicación de la crisis resolutoria del cambio social tiene que ver con la dialéctica histórica. Nada es nunca en la historia abolido sin resto, porque el objeto y el agente del cambio histórico son (en un sentido que requiere precisiones, o sea, limitaciones) el mismo; tal o cual parte de la especie humana, tal o cual sociedad, o la especie entera, si se adopta el punto de vista de la historia universal. Cuando es abolida una determinada configuración histórica (más o menos general), la situación nueva conserva de la vieja, al menos, el dinamismo transformador que se originó en ésta y todos sus requisitos o condiciones previas de conocimiento y voluntad. Pero, por encima de todo, conserva el fundamento de la posibilidad material del cambio y de la misma configuración nueva, es decir, el cuadro de fuerzas productivas inmediatamente anterior, que chocó con las relaciones de producción. Posiblemente se ampliará ese cuadro, pero, al menos, se conservará, salvo en los casos en que el cambio es catastrófico o no autógeno.

Aufheben en el sentido de Marx es abolir una determinada objetividad social perseverando (al menos) su productividad o su valor de uso y elevándola, haciéndola más intensa, o más coherente en sí o con su contexto, o, en el caso principal (el caso revolucionario) cualitativamente nueva, dotada de otra función en la sociedad. (Una traducción literal de «aufheben» sería «sobrealzar»; pero este término no da la idea de abolición; «abolición», por su parte, no recoge la idea de preservación, ni la de elevación; lo más práctico es, quizás, seguir usando el término tradicionalmente utilizado, «superación», a pesar de sus inconvenientes, que no es necesario discutir aquí).

Debería estar claro, por último, que este concepto de superación queda falseado si se interpreta en sentido conservador o reformista; pues lo que no se puede preservar/elevar de una formación superada —del capitalismo, por ejemplo— es precisamente lo que la totaliza y concreta, o sea, su sistema de relaciones de producción.

Cuanto mayor es la ilusión mecánica de abolición sin resto, sin dialéctica histórica, tanto más probable es que la instancia abolida voluntariamente se conserve (aunque con otro nombre) sin mutación funcional alguna, sin elevación, sin reproducción que la renueve en otro contexto social. Uno de los ejemplos más notables de este hecho se encuentra en la misma historia de la universidad: la institución universitaria no ha sido abolida más que una vez; lo fue por la burguesía revolucionaria francesa, que vio en la universidad una fortaleza de la hegemonía clérico-feudal. El resultado de esa abolición fue la universidad burocrática napoleónica, que al principio no se llamó universidad, pero heredó formalmente la función antigua.

«Tomemos el mundo tal como es, no seamos ideólogos» (33). De ese principio hay que partir, como partió Marx, clásico del problema que da interés socialista al tema de la universidad: el problema de la división de trabajo.



SOBRE LA SUPERACION

DE LA DIVISION SOCIAL CLA-

SISTA DEL TRABAJO

El problema ha sido objeto de la atención de Marx ya mucho antes de la época de redacción del *Capital* y de las grandes investigaciones que le preceden. Pero, al igual que ocurre con otros muchos temas de su obra, los escritos anteriores— principalmente los juveniles— son sobre todo importantes para la definición de las intenciones prácticas e intelectuales de Marx. Aceptando que ninguna exposición limitada puede ser completa, aquí se supondrá una familiaridad con los objetivos fundamentales del pensamiento y la práctica de Marx.

Por otra parte, en *El Capital* mismo se encuentran todavía expresiones que reproducen en lo esencial declaraciones críticas o programáticas de los *Manuscritos* de 1844 o de *La Ideología Alemana*. Lo que ocurre es que el libro no es su «lugar adecuado»: «No es éste el lugar adecuado para seguir probando cómo [la división manufacturera del trabajo] aferra, junto a la economía, todas las demás esferas de la sociedad y pone en todas partes el fundamento del desarrollo de las especialidades y de una parcelación del hombre que sugirió ya a A. Ferguson, el maestro de Adam Smith, la exclamación: «Estamos haciendo una nación de khilotas, y no hay entre nosotros ningún hombre libre» (34). Este breve texto del *Capital* recuerda, dicho sea de paso, que Marx no ha abandonado los motivos ni los temas de su primera reflexión revolucionaria, sino que ha escrito pensando que había un «lugar adecuado» para cada uno de los múltiples trabajos de una sola construcción; y también enseña que no es posible ver la peculiaridad revolucionaria del marxismo en la crítica de la división social moderna del trabajo y en el programa de su abolición; pues Marx sabe, como lo muestran las líneas citadas, que esa crítica y ese ideal son herencia recibida de la burguesía ilustrada, representada en la cita por Ferguson. Lenin ha dejado en sus póstumos unas líneas al respecto que complementan el texto de Marx. Leyendo la 5ª lección de Feuerbach *Sobre la esencia de la religión* Lenin tropieza con la siguiente frase exaltada: «¡Que nuestro ideal no sea un ser castrado, sin cuerpo, abstracto, sino el hombre completo, real, universal, perfecto, cultivado!», ajeno —tal es el sentido del paso de Feuerbach— a toda división del trabajo. Las edificantes palabras de Feuerbach recuerdan a Lenin la ideología del liberal ruso Mijailovski. Y comenta: «El ideal de Mijailovski se limita a recoger, vulgarizándolo, este ideal de la democracia burguesa avanzada, de la democracia revolucionaria» (35). Desde luego que la naturaleza genéticamente burguesa del pathos contrario a la división del trabajo desarrollada por la burguesía misma en el capitalismo no quita valor a ese motivo. Primero, porque génesis de un hecho no es, sin más, valor y posibilidades de ese hecho (valor y posibilidades dependen del todo, del contexto histórico). Segundo, porque algunas aspiraciones —ésta entre otras— de la burguesía ilustrada revolucionaria son, con el mismo título que ciertas oscuras iras de Bartolomé de las Casas o que algunas claras pasiones de Galileo, parte de la tradición conceptual o de la tradición imaginativa de la milenaria lucha contra el mal social. Lo peculiar del marxismo es continuar ese intento de milenios: sirviéndose del pensar científico, intentando basar la lucha en conocimiento obtenido con las cautelas analíticas de la ciencia antes de integrarlo en la totalización de la perspectiva revolucionaria.

Por eso Marx no vacila en reconocer, con los ojos del científico, un «fundamento natural de la división social del trabajo» (36), y que ésta se encuentra entre «las circunstancias que aumentan el producto de cada jornada de trabajo» (37). Marx no ignora —al menos en la época de redacción de los materiales que luego irían al libro III del *Capital*— la invención de falsas necesidades por razones económicas, por lo que ahora se llama ambiguamente «consu-

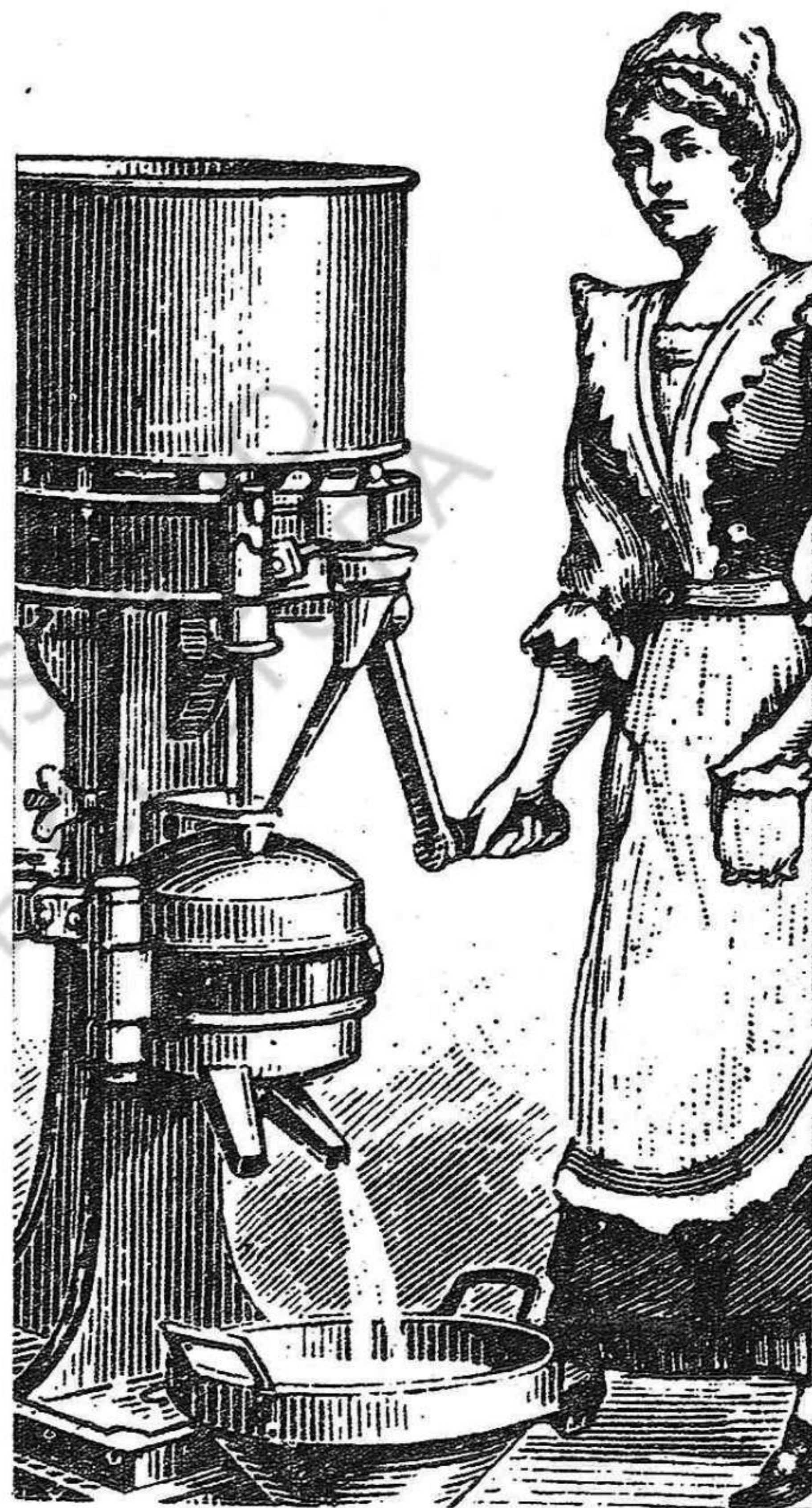
mismo» y es en realidad productivismo al servicio de la menos fecunda reproducción ampliada imaginable. Pero eso no le impide ver el activo de la división social moderna del trabajo en el aumento, primero, de la fuerza productiva de las industrias afectadas por ella (38) y, segundo, en el aumento de la eficacia económica de la totalidad del sistema. Un paso del libro III del *Capital*, típico de los que contienen descripciones generales en realidad futuristas —descripciones de situaciones aún no dadas con generalidad en tiempos de Marx, pero que se han producido más tarde— expone la función progresiva totalizadora de la división del trabajo, incluyendo en ella la ciencia o el trabajo intelectual en general con una función que sólo en el siglo XX ha revelado sus dimensiones: «Lo característico del tipo de economía del capital constante que nace del progresivo desarrollo de la industria es que aquí el aumento de la tasa de beneficio en una rama de la industria se debe al desarrollo de la fuerza productiva del trabajo en otra rama. Lo que aquí beneficia al capitalista es también una ganancia producto del trabajo social, pero no producto de los trabajadores directamente explotados por él. Aquél desarrollo de la fuerza productiva se reconduce siempre en última instancia al carácter social del trabajo puesto en obra, a la división del trabajo dentro de la sociedad, al desarrollo del trabajo intelectual, señaladamente la ciencia de la naturaleza. Lo que aquí aprovecha el capitalista son las ventajas del entero sistema de la división social del trabajo» (39).

El planteamiento político final del tema de la división del trabajo en *El Capital* descansa y se concreta en un desarrollo histórico. Esquemáticamente se puede decir que Marx se interesa principalmente por dos formas de la división capitalista del trabajo: la división manufacturera del trabajo y la división del trabajo en la gran industria maquinista. En este segundo terreno Marx enuncia anticipaciones respecto de su época. Pero el estudio de la división del trabajo en el capitalismo manufacturero es de especial interés porque evita la adhesión a tópicos hoy a menudo atribuidos erróneamente a Marx. Así, por ejemplo, Marx insiste cuidadosamente en evitar la identificación de la división social del trabajo con la producción mercantil: «En la totalidad de los varios valores de uso o cuerpos de las mercancías aparece una totalidad de trabajos útiles no menos múltiples, diferentes por su género, especie, familia, subespecie, variedad, una división social del trabajo. Esta es una condición de existencia de la producción de mercancías, pero la producción de mercancías no es, a la inversa, la condición de existencia de la división social del trabajo. En la vieja comunidad india el trabajo está socialmente dividido, sin que los productos se conviertan en mercancías. O bien, por tomar ejemplo más próximo, en toda fábrica el trabajo está sistemáticamente dividido, pero esa división no está mediada por un intercambio de los productos individuales de los trabajadores» (40).

La división manufacturera del trabajo —como luego la de la gran industria maquinista— es una innovación del capitalismo: «Mientras que la división del trabajo en el seno de una sociedad, mediada o no mediada por el intercambio de mercancías, pertenece a las más diversas formaciones sociales económicas, la división manufacturera del trabajo es una creación totalmente específica del modo de producción capitalista» (41). Ya la división manufacturera del trabajo, primera y más primitiva forma capitalista del fenómeno (si se admite, como parece natural, que la cooperación simple no tiene una gran importancia en el desarrollo del sistema, no, al menos, como para caracterizarlo), ejerce las agresiones al individuo características de esta formación económico-social. Marx las describe, brevemente, en *El Capital* desde el mismo punto de vista y con las mismas motivaciones que en sus escritos de juventud: «Mientras que la cooperación simple deja intacto en general el modo de trabajar de los individuos, la manufactura lo revoluciona desde sus fundamentos y aferra la fuerza de trabajo individual en sus raíces. Hace del trabajador un tullido abnorme, desarrollando como en un invernadero su habilidad de detalle mediante la represión de todo un mundo de impulsos y predisposiciones productivas, igual que en el Río de la Plata sacrifican una res entera para obtener el pellejo o las mantecas» (42).

La atención del *Capital* a la división del trabajo en el capitalismo manufacturero se debe principalmente (además de a la pasión historiadora de Marx) a razones de econo-

mía expositiva. Pero un elemento esencial de la división capitalista del trabajo que tiene particular importancia para el problema de la universidad está presente en ese sistema antes de la manufactura, y sigue estándolo después, en la gran industria que, como dice Marx anticipándose a su época, «separa del trabajo la ciencia como autónoma poten-



cia de producción y la pone al servicio del capital»: «Es producto de la división manufacturera del trabajo el que las potencias intelectuales del proceso material de producción se contrapongan [a los trabajadores] como propiedad ajena y como poder que los domina». (Dicho sea de paso, he aquí literalmente el tema de la alienación en *El Capital*). «Este proceso de división empieza en la cooperación simple, en la cual el capitalista representa frente a los trabajadores individuales la unidad y la voluntad del cuerpo social del trabajo. Se desarrolla en la manufactura, que mutila al trabajador para hacer de él un trabajador parcial. Y se consume en la gran industria, que separa del trabajo la ciencia como autónoma potencia de producción y la pone al servicio del capital» (43).

Marx fecha en la primera fase de la industria capitalista los comienzos de la división moderna entre trabajo físico y trabajo intelectual, no, naturalmente, las formas antiguas de esa división. La novedad que introduce el capitalismo es la generalización de la inserción directa del trabajo

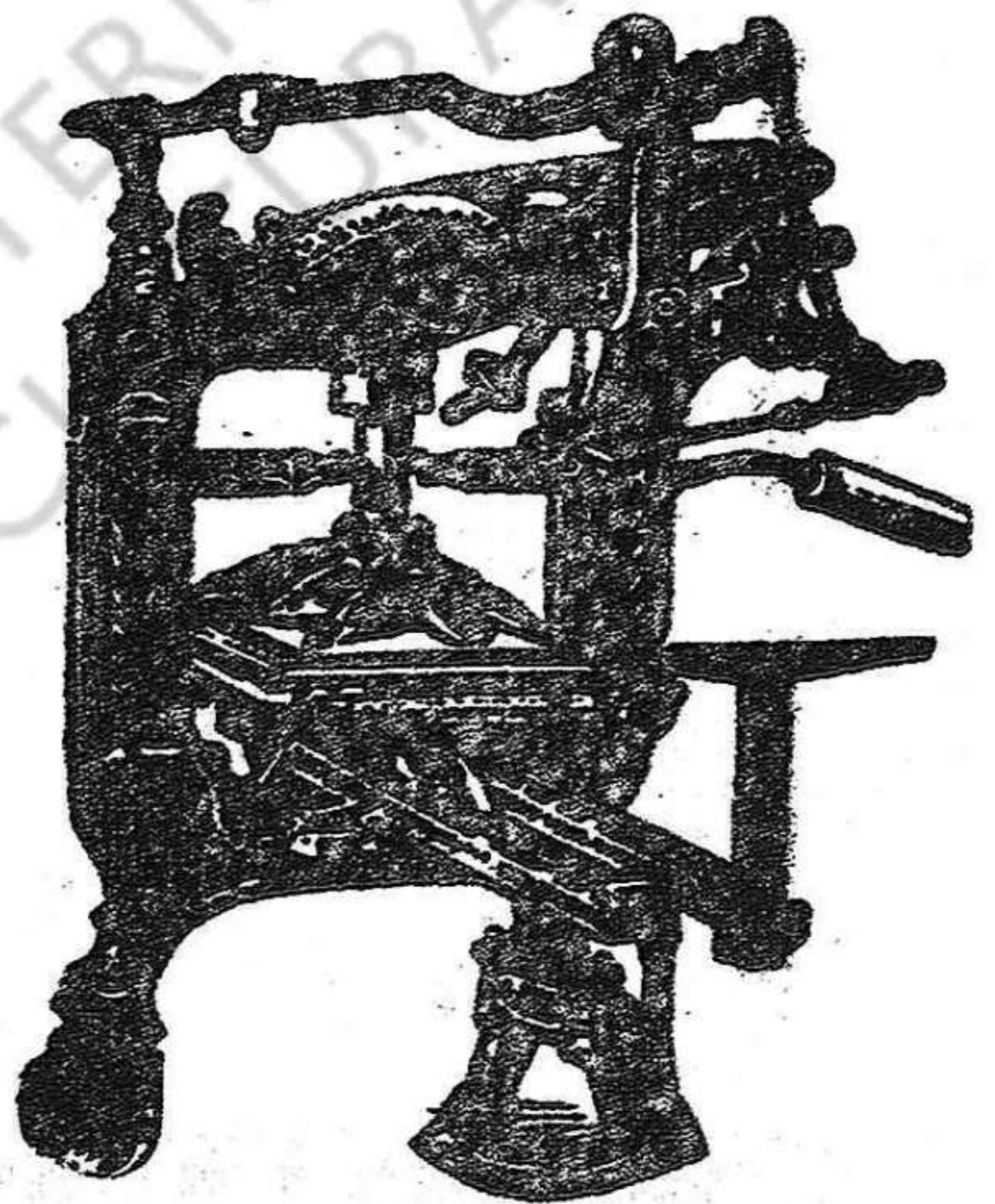
intelectual en la producción. El fenómeno tiene según Marx su origen en la producción capitalista pre-manufacturera. Por otra parte, su plena generalización no se ha producido hasta el siglo XX: sólo ahora, en efecto, se hace del todo visible la diferencia entre los intelectuales de tipo tradicional —«literatos», «mandarines» en general— y los intelectuales de la producción —los científicos, por un lado, los técnicos y administradores por otro, los trabajadores de la enseñanza generalizada por otro, etc.—. Tal vez hubiera que distinguir, propiamente, más que entre profesiones, entre ejercicio tradicional y ejercicio moderno del trabajo intelectual. Pero no es necesario detenerse ahora a discutir esto.

La gran industria maquinista implicaba ya un cambio de situación que más tarde, con los desarrollos cibernéticos, va resultando ser una reconstitución y reorganización de las fuerzas productivas, empezando por la de trabajo. Marx, como se ha visto, percibe ese cambio en la introducción de la ciencia como fuerza productiva inmediata. De esa novedad infiere que la base económica requeriría ya otro dispositivo de división del trabajo: el desarrollo del maquinismo científico, por el aumento de productividad del trabajo y por la misma simplificación de la mayoría de las operaciones, posibilitaría un comienzo de superación de la división manufacturera del trabajo, más tiempo para la educación y la instrucción de los trabajadores y, consiguientemente, un proceso de reabsorción de la división entre trabajo intelectual y trabajo físico en la producción. Pero la realidad del maquinismo industrial capitalista no presenta en absoluto esa evolución. Ya en el libro I del *Capital* explica Marx el hecho mediante una dialéctica en la que interviene, junto con la fundamentación básica, el motivo político del dominio en la lucha de clases. Por eso ya el maquinismo de la segunda mitad del siglo XIX (aunque visto con la capacidad de proyección hacia el futuro que caracteriza *El Capital*) presenta según Marx la contradicción entre relaciones de producción y fuerzas productivas que señala la crisis de una formación económico-capitalista (manufacturera) en la gran industria maquinista, social: para mantener la división del trabajo típicamente el capitalismo ha de «abusar» de la máquina, que por sí misma tendería a superar aquella división: «Aunque la maquinaria arroja técnicamente por la borda el viejo sistema de división del trabajo, ese sistema pasa al principio, por costumbre, como tradición de la manufactura, a la fábrica, para ser allí reproducido y consolidado luego sistemáticamente por el capital, como medio de explotación de la fuerza de trabajo, de una forma aún más repulsiva. La especialidad de manejar de por vida una herramienta parcial [manufactura, M.S.] se convierte en la especialidad de servir de por vida a una máquina parcial [gran industria maquinista, M.S.]. Se abusa de la máquina para convertir al trabajador, ya desde niño, en parte de una máquina parcial. No sólo se rebajan así notablemente los costes de reproducción del trabajador, sino que se completa al mismo tiempo su impotente dependencia del todo de la fábrica, o sea, del capitalista» (44).

Marx ha arrancado de esa concepción del maquinismo como fuerza productiva revolucionaria —concepción que hace tan implausible la lectura marcusiana del marxismo— para trazar la perspectiva histórica y política del movimiento obrero inspirado por él. Su construcción conoce, sin embargo, en el maquinismo capitalista desviaciones complicadas que no siempre se recuerdan como es debido, pese a que algunas indicaciones de ellas se encuentran incluso en el volumen más leído del *Capital*, el I. En todo caso, la reflexión sobre la división social clasista del trabajo en la moderna industria maquinista y la comprensión de ella como motor básico de la transformación socialista ha dado pie a varias formulaciones breves que son verdaderos compendios de marxismo. Esta, por ejemplo, del vol. I: «La industria moderna no considera ni trata nunca como definitiva la forma presente de un proceso de producción. Por eso su base técnica es revolucionaria, mientras que la de todos los modos de producción anteriores era esencialmente conservadora. Mediante la maquinaria, los procesos químicos y otros métodos, transforma constantemente, junto con el fundamento técnico de la producción, las funciones de los trabajadores y las combinaciones del proceso del trabajo. Con ello revoluciona no menos permanentemente la división del trabajo en el interior de la sociedad, y lanza incesantemente masas de capital y masas de trabajadores de una rama a otra de la producción» (45). Marx registra en este punto los aspectos negativos de esa dinámica, no sólo

los fenómenos de paro tecnológico, sino también el despilfarro privado-competitivo y hasta el que hoy se llamaría «consumista», o sea, parasitario y publicitario— y continúa: «Ese es el aspecto negativo. Pero aunque el cambio de trabajo no se impone ahora sino como avasalladora ley de la naturaleza que tropieza con obstáculos por todas partes, sin embargo, la gran industria, por sus mismas catástrofes, convierte en una cuestión de vida o muerte el cambio de los trabajadores y, por lo tanto, la mayor multilateralidad posible de los mismos y el reconocimiento, como ley social de la producción, de la adaptación de la situación a la realización normal de aquel cambio [...] No hay [...] duda alguna de que la forma de producción capitalista y las relaciones y situaciones económicas de los trabajadores que le son correspondientes se encuentran en diametral contradicción con esos fermentos revolucionarios y con su meta, la superación [Aufhebung] de la vieja división del trabajo. Pero el desarrollo de las contradicciones de una forma histórica de producción es el único camino de su disolución y recomposición» (46).

La superación de la vieja división social clasista del trabajo es lo que se ofrece en la perspectiva de Marx,



basada en el carácter revolucionario —pese a su «aspecto negativo»— de la base industrial moderna. Esa es, en efecto, la única perspectiva que arranca del mundo tal como es, no de la ideología. Superación de la vieja división social del trabajo, no de toda división social (por no hablar ya de la técnica) del trabajo. El fundamento de la abolición/superación posible de la división capitalista madura de trabajo está en la contradicción de unos determinados «fermentos revolucionarios» —el imponerse objetivamente «la mayor multilateralidad posible de los trabajadores» y la «ley social general» de la «adaptación de la situación a la realización» de aquella multilateralidad— con las relaciones y condiciones (*Verhältnisse*) de la producción capitalista-maquinista.

La clave dialéctica resolutoria de esa contradicción se encuentra apuntada en la última frase del párrafo de Marx: «Pero el desarrollo de las contradicciones de una forma histórica de producción es el único camino de su disolución y recomposición». Esas palabras han sido muchas veces citadas en la historia del movimiento obrero, pero casi siempre con una intención parcial: la refutación de las degrada-

ciones «izquierdistas» del pensamiento marxista. Efectivamente, el sentido más directo de la frase es que ninguna formación histórica sucumbe si no se han desarrollado sus contradicciones. Pero este sentido directo no alude a un mecanismo fatal de desarrollo de las contradicciones, como parece en la interpretación socialdemócrata de Marx —presente también en algunos izquierdismos clásicos, señaladamente el de Bordiga—, que espera pasivamente el momento revolucionario, pensando que su maduración es un proceso ajeno a la acción consciente de clase, ajeno, en suma, a la subjetividad revolucionaria. La realidad social no encaja en ese esquema antidialéctico, mecánico, de «necesidad» histórica (necesidad naturalista) que explica tanto el abandono socialdemócrata de la perspectiva revolucionaria cuanto la fatalista inhibición izquierdista en la lucha cotidiana e intermedia que es la «normalidad» de la lucha de clases materialmente revolucionaria. Se puede, sin duda, practicar el juego teórico —no inútil, por lo demás— de analizar qué pasaría si las contradicciones de la formación capitalista se desarrollaran autónomamente, «espontáneamente». Pero en la realidad, casi toda la acción del poder capitalista —incluido el trabajo de sus ideólogos y, cosa más importante, el de sus científicos, esto es, no sólo el de Röpke, por ejemplo, sino también el de Keynes— está destinada a frenar y desviar el desarrollo de las contradicciones, y la mayor parte de la acción obrera tiende —ha de tender—, consiguientemente, a agudizarlas. Nada más peligroso para el movimiento obrero que olvidar esta situación. Pues las posibilidades de frenar o decelar, con efectos de duración acaso grandes, las contradicciones de una formación no son nada despreciables. En un escrito que no ha recibido la atención que merecía, el filósofo alemán Georg Klaus construyó hace diez años —casi incidentalmente— un modelo político de cristalización o momificación de las contradicciones del capitalismo contemporáneo, basado en una reedición del *panem et circenses* romano, para toda la época en que el imperialismo pueda mantener unas condiciones de explotación sustanciosa de los pueblos dependientes, e incluso, tal vez, para más tarde. El ensayo de Klaus se encuentra en los números 2 y 3 de la *Deutsche Zeitschrift für Philosophie* del año 1961.

En esta cuestión, como en cualquier otra, la realidad básica, la contradicción, es sólo fundamento o posibilidad del proceso revolucionario. Elementos sobreestructurales —la política conscientemente revolucionaria y la contrarrevolucionaria— son el otro campo necesario de la dialéctica del cambio. No hay que confundir, ciertamente, la práctica revolucionadora de la sociedad con el abstracto activismo politiquero que cree poder producir el cambio histórico con una epidérmica agitación de «alta política» coyuntural. Pero la verdad de fondo en esta problemática es que el fatalismo mecanicista, ya sea socialdemócrata, ya sea extremista, es una concepción falsa del proceso histórico y un fruto de las situaciones de derrota temporal —desorganización, aplastamiento represivo, falta de objetivos intermedios claros— de la clase ascendente.

La comprensión de la dialéctica del cambio revolucionario, de la dialéctica entre la contradicción básica y la intervención de factores sobreestructurales (la política de la clase dominante y la de la clase dominada) en su maduración y desarrollo da inmediatamente uno de los dos factores principales de la abolición/superación de la división capitalista del trabajo: La acción de la clase obrera, la clase interesada en la agudización o «desarrollo» de la contradicción básica, tiene que neutralizar y rebasar la acción de la clase dominante, destinada —con particular conciencia desde la Revolución de Octubre y el keynesianismo— a quitar filo a aquella contradicción. Ahora bien: el instrumento de esa acción del capitalismo, de manera creciente con la concentración de capitales y su interpenetración con el estado, es el poder político, el poder estatal. Por lo tanto, la lucha más real y fundamental de la clase obrera por superar esta división social del trabajo se plantea en el terreno del poder estatal. Del mismo modo que, según una reflexión de Togliatti, el contenido concreto del concepto marxista de libertad es, mientras se viva en sociedad de clases, la acción de liberarse, la liberación, así también bajo el capitalismo y en el régimen de transición entre él y la sociedad sin clases el contenido práctico de la abolición/superación de la división social del trabajo dada en cada momento es la actividad política orientada a com-

batir los fundamentos sociales de aquella división y las formas políticas mentales y culturales que le correspondan en cada caso.

La anterior argumentación no arranca de la consideración del individuo ni desemboca aún en ella. Pero también en la consideración del individuo —sin la cual no tiene sentido el pensamiento político— se impone una conclusión análoga. Tampoco le es posible al individuo —paciente concreto de la división del trabajo— conseguir directamente la superación de los efectos de esa división, de las «escisiones» y «mutilaciones» que ha descrito Marx, con esas palabras, en *Sobre la cuestión judía*, en *El Capital* y aún más tarde. El capitalista de un modo y algunos grupos de intelectuales de otro —por ejemplo, los directores de empresa, los científicos, los artistas— pueden, sin duda, construirse auto-satisfacciones basadas en su situación de privilegio; pero sobre la base de su actividad profesional no pueden sustraerse a los efectos de la división clasista del trabajo. Sobre esa base lo más que se puede construir es la pseudo-felicidad del éxito, que, si el triunfador «es» estúpido, acaba por hacer de él un déspota y, si «es» inteligente, le suele hundir tarde o temprano en alguna forma de conciencia desgraciada. El esfuerzo político por superar la base de la división clasista del trabajo es la única actividad en la que el individuo se acerca a una generalidad, a una integración de sus actividades que supere su idiosincrasia no sólo en la ilusión ideológica por la que el científico o el contemplativo se sienten universales, sino en la práctica por la que el individuo se hace y hace realidad social, realidad «específica», como decía el joven Marx.

El otro factor principal de la abolición/superación de la división clasista del trabajo no se suma externamente al anterior, sino que está íntimamente relacionado con él. Su base se encuentra en la «multilateralidad posible de los trabajadores» fundamentada y exigida por la producción moderna. La tendencial mutación de la conciencia obrera posibilitada por aquella multilateralidad tiene, entre otras, dos manifestaciones importantes: primera, el progreso intelectual de la clase obrera por comparación con el estadio de la manufactura o del primer maquinismo, y aún más en comparación con la aislada limitación o idiotismo del medio agrícola pre-capitalista, varias veces aludida por Marx. Segunda, la aparición manifiesta de un fundamento objetivo del igualitarismo propio de todas las tradiciones sociales revolucionarias, también de la socialista, aunque con ciertas peculiaridades que son resultado de la crítica científica. La capacidad de cambiar de rama de producción o incluso, cada vez más, de estadio en la producción, posibilitada y crecientemente impuesta a la clase obrera por el industrialismo avanzado, muestra la tendencia a que las diferencias de posición en el proceso productivo sean meramente funcionales, no jerárquicas ni clasísticamente determinadas, como en la división del trabajo de origen manufacturero.

La necesidad de la lucha política contra la formación social capitalista está al alcance de los conocimientos y los hábitos intelectuales de toda clase obrera moderna. Pero, además, la «multilateralidad» promovida por el industrialismo y sus dos consecuencias principales refuerzan esa capacidad política, esa capacidad de practicar la única forma hoy posible, incluso en sociedades capitalistas, de superar algunos efectos individuales importantes de la división clasista del trabajo: la capacidad de oponerse a esa división del trabajo, la capacidad de realizar incoactivamente la libertad empezando a liberarse.

Estas últimas consideraciones han hecho intervenir factores como los de comprensión o grado de intelección de la realidad social o, en general, el conocimiento de los hechos sociales y tecnológicos, que tienen directamente que ver con el terreno al que hay que llevar finalmente el problema discutido: el terreno de la actividad universitaria.



LA SUPERACION DE LA INSTITUCION UNIVERSITARIA

COMO FACTOR DE LA DIVISION CLASISTA

DEL TRABAJO

La principal función de la universidad desde el punto de vista de la lucha de clases es tradicionalmente la producción de hegemonía mediante la formación de una élite y la formulación de unos criterios de cultura, comportamiento, distinción, prestigio, etc. Este hecho es percibido y expresado no sólo por escritores socialistas, sino también por liberales; el ensayo de Ortega sobre la universidad es precisamente un modelo de exposición precisa de esa función principal.

Una función así es incompatible con el socialismo si se entiende por socialismo el conjunto de objetivos del movimiento obrero marxista; pues esos objetivos incluyen una «fase» socialista «superior», llamada comunismo, que excluye por definición una hegemonía producida y organizada institucionalmente. La función de hegemonía de la sociedad es, en una sociedad capitalista, manifestación de la división del trabajo que ya puede ser abolida y superada, a saber, la división jerárquica, física y coactiva que Marx describió como propia de la manufactura.

Las demás funciones históricas que tiene la universidad —por usar la expresión de Ortega— no intervienen sino mediatamente en la perpetuación del sistema y, consiguientemente, de la división social clasista del trabajo. Esta es la principal razón por la que parece desorientada la tendencia, antes aludida, de algunos sectores del movimiento estudiantil de finales de los años 60 a centrar la lucha sobre los problemas de la división técnica del trabajo directamente relacionados con las condiciones técnicas de valorización de los capitales. Las ciencias y los oficios son, vistos abstractamente, herramientas para la administración de las cosas; la hegemonía, en cambio, es un instrumento que organiza la interiorización del poder sobre los hombres. La enseñanza de las profesiones y la transmisión del conocimiento científico, así como el aprendizaje de la investigación, no perpetúan por sí mismos y en toda circunstancia imaginable el sistema social dado y el dispositivo de la división clasista del trabajo, sino que lo hacen, como los mismos factores naturales, mediados por el contexto estructural básico, esto es, por el hecho de que, cualquiera que sea su abstracto ser «puro» aunque este ser sea potencialmente revolucionario en el plazo largo y medio, sólo pueden actuar en la medida en que se inserten en el sistema y se hagan funcionales por término medio a éste. Su concreción social en el sistema en el que operan no arrebatan absolutamente al conocimiento y a las prácticas productivas su potencialidad revolucionaria. Pero la contradicción entre esa potencialidad revolucionaria y la organicidad dominante del sistema que la enmarca no puede ser resuelta aisladamente por factores como la ciencia o el ejercicio profesional, en ausencia de cualesquiera otros. El fenómeno, tan conocido por la historia, de logros científicos o tecnológicos que se pierden para siglos porque la formación económico-social no permite su desarrollo ilustra esta situación. Por eso es verdad que toda ciencia y toda técnica llevan un coeficiente de clase, corresponden a un determinado sistema de dominio (lo cual no implica afirmación alguna sobre su valor de conocimiento). Pero también es real el otro frente de esta dialéctica: la investigación científica y la técnica tienen siempre —particularmente desde que se fundieron en principio en la Europa moderna— una función revolucionaria que, como dice Marx, tiende a alterar constantemente la división del trabajo.

No se trata de creer —pasando a la universidad— que lo que concretamente ocurre en un aula de mecánica, por ejemplo, sea todo y siempre transmisión de conocimiento y ejercitación en el investigar, mientras que en un aula de ética todo haya de ser producción de hegemonía para las clases dominantes. En el marco de la formación social

capitalista y de su organización de la enseñanza es probable que en ambas aulas se produzca o transmita ideología de consolidación hegemónica, aunque no sea más que por la discriminación clasista del reclutamiento de la población académica y por los principios jerárquicos de la dialéctica en acto. El mismo marco cultural de la disciplina más «apolítica» —de la mecánica, por seguir con el ejemplo— puede bastar para cargar ideológicamente su enseñanza, convirtiéndola, por ejemplo, en transmisora de conservadurismo positivista.

Pero, reduciendo el problema a sus elementos esenciales, se puede decir que lo incompatible con el estadio superior del socialismo es la función histórica principal de la institución universitaria, la «enseñanza de la cultura», la producción y reproducción institucional del dispositivo hegemónico, de las creencias dominantes, del consenso, del mando cultural o moral, de los elementos o factores no inmediatamente políticos del poder. Y el ejercicio de esa función en las condiciones dominantes del capitalismo es incompatible incluso con la transición socialista, con el estadio inferior del socialismo.

Obsérvese que si esta función principal de la universidad presente se practicara sola, sin la cobertura y el apoyo que la prestan las actividades científicas y de educación profesional, sería muy difícil organizarla institucionalmente, dotarla de un cuerpo administrativo. (La audacia que hace tan admirable el ensayo de Ortega consiste en que llega a intentar esa empresa, con la «Facultad de Cultura» o el posterior «Instituto de Humanidades»). Es muy natural que la sustancia de la universidad tradicional y burguesa parezca una nebulosa si se piensa con conceptos procedentes del campo de la organización administrativa. Pues la sustancia de una institución es el principio político, «ético-jurídico», como decía Gramsci, de su contenido de clase. Por eso lo que hay que contraponerle —por de pronto— no es una construcción institucional imaginada a priori, sino otro principio «ético-jurídico». Ese principio no puede ser sino el socialismo. Pues lo único que se puede oponer al principio de la división clasista, jerárquica y fijista, manufacturera, del trabajo, que ya en la gran industria capitalista entra en contradicción con la movilidad y la consciencia de los obreros, es una división no fijista ni jerárquica, sino simplemente funcional a la producción y, sobre todo, despojada de sanción represiva estatal y de protección hegemónica, interiorizadora. Y una nueva división así, pese a que se practicaría aún en medio de un complicado cuadro de relaciones de clase, sería ya incipientemente socialista, como toda transformación democrática material o radical.

Pero antes de poder completar la perspectiva es necesario precisar el tipo de conceptos con que hay que hacer frente a la situación, si se quiere intervenir en ella realmente, materialmente. Gramsci ha explicado que la diferencia más visible entre los socialistas utópicos y Marx se presenta en este punto: los utópicos construyen acriticamente proyectos de organización detallada de la sociedad, los cuales fracasan porque se basan en un error de lógica, a saber, el de creer que todos los datos suficientes para la construcción son anticipables. Marx, en cambio, reacio a hablar constructiva o positivamente del detalle futuro, describe principios de la sociedad socialista, no las instituciones de ésta. Walter Benjamín llegaría también, en su reflexión aún más solitaria que la de Gramsci, a la misma convicción de método, y precisamente a propósito de la universidad: «El único camino para tratar la posición histórica del estudiantado y de la universidad es el sistemático. Mientras faltan tantas condiciones para ello, lo único que se puede hacer es reconocer lo futuro en las retorcidas formas de lo presente y librarlo de ellas» (49 bis).

El escritor marxista alemán Leo Kofler ha formulado los principios socialistas sobre la división del trabajo que se contraponen a la función tradicional de la universidad. Lo ha hecho con una brevedad tan acertada que su texto merece ser recogido incluso por quien no concuerda con la orientación general filosófica de su marxismo. La reflexión de Kofler es muy próxima al tema de la universidad. Kofler empieza por precisar una implicación de la existencia de élites: «Hay élite donde existe masa tenida en incapacidad, dividida por su pertenencia a clases» (47). Luego enuncia a su respecto el principio socialista: «En un mundo de auténtica libertad, en un mundo sin alienación, han de desaparecer los productos del mundo alienado, ya supe-

rado, o sea, la élite, la intelectualidad y la burocracia; desaparecen como categorías sociológicas. Y como, al mismo tiempo, esas categorías constituyen el estado, éste también desaparece» (48). Nótese que en la desaparición de las categorías sociológicas burocracia, intelectualidad, élite no hay nada que implique la desaparición de todo tipo de división del trabajo y que, en cambio, con esa misma condición quedaría abolido el estado. Esta diferencia enseña a ser cautos y críticos cuando se habla de abolir la división social del trabajo. Por lo demás hay que precisar, siguiendo una útil práctica inaugurada por Engels al hablar de la igualdad en el socialismo, que el principio socialista de la división de trabajo implica la abolición/superación de las categorías sociales intelectualidad, burocracia, etc., no la desaparición del trabajo intelectual, ni del administrativo, etc. Contruir la fase superior del socialismo no es, en efecto, suprimir la función investigación o la función administración (de cosas), del mismo modo que no es —en el ejemplo de Engels— suprimir toda diferencia entre individuos, sino conseguir que el ejercicio de aquellas funciones no esté clasísticamente condicionado y fijado, conseguir que las desigualdades entre los individuos no se deban a la organización social dada.

Pero el movimiento socialista no se puede limitar a enunciar el principio que hay que contraponer a la función de la universidad en la división del trabajo. Con la afirmación de principios queda realizada la tarea del profeta antiguo y del intelectual tradicional. Las clases en lucha —y sus «intelectuales colectivos», sus organizaciones políticas— tienen que conseguir, además, no modelos utópicos, pero sí orientaciones para la práctica. La zona de mediación entre los principios —que son formulaciones de fines— y la decisión práctica, la zona en que se consiguen orientaciones generales de la actividad, es el espacio de una dialéctica en la que intervienen los fines o principios y el conocimiento de los hechos. Sin duda este conocimiento ha intervenido ya antes, de modo más o menos explícito, en la concepción de los fines mismos. Pero el conocimiento de la sociedad que cualquiera necesita para proponerse objetivos no tiene por qué rebasar un plano empírico de anchura reducida. Los trabajadores de las capas menos cultivadas han tenido siempre —aunque fueran analfabetos— ciencia de sobra para saber de algún modo qué querían. En cambio, hace falta conocimiento propiamente científico para descubrir si los fines tienen verosimilitud histórica y para orientarse hacia su realización.

El problema más básico sobre el que hay que conseguir orientación se refiere a la concepción de aquéllos que es superable en la fase histórica en que se vive. Lo abordable y superable no es la división del trabajo como tal, a menos de aceptar la hipótesis de un regreso a una imaginaria prehistoria de completo aislamiento individual. Sobre la base de las presentes fuerzas productivas, la frase «abolición de la división del trabajo», sin más precisiones, no tiene siquiera sentido. Quien la usa no como idea reguladora incompletamente formulada, sino con pretensiones programáticas, no está hablando, sino sólo haciendo ruido con la boca. La gran intensificación de la división técnica y social del trabajo en los países que intentan construir el socialismo es un dato de importancia a este respecto. Pues no se trata sólo de países atrasados al comienzo del proceso, como China, Albania, Bulgaria, Rumania, Polonia, Hungría o la URSS de los primeros tiempos. En estos países el desarrollo intensivo de una división del trabajo análoga a la conocida en los países con historia de tipo europeo-occidental se podría explicar simplemente por la presencia de una misma necesidad, la de acumular. Pero se trata también de los estados no-capitalistas que arrancaron de una base civilizatoria más adelantada desde el punto de vista histórico-europeo, como, por ejemplo; la República Democrática Alemana. El Consejo de Estado de este país no pretendía, al introducir su reciente reforma de la enseñanza superior, que estuviera ya superando la división social del trabajo más fundamental, la división entre el trabajo intelectual y el físico, sino que declaraba con veracidad y con decisión de orientarse científicamente que «ha empezado una nueva etapa de la política científica del partido y del gobierno y [...] que, con la organización socialista de la ciencia se constituye un estadio superior de la división social del trabajo entre la producción material y la científica» (49). Por lo que hace a la URSS, es evidente que el desarrollo y la ampliación de la base socialista van de par

con el desarrollo de la división social y técnica del trabajo: en 1936 había en la URSS 169 ramas de producción; en 1944 eran 172; y en 1960 alcanzaba el número de 250 (50). En cuanto a China, se puede decir que ha sido propiamente la toma del poder por las fuerzas socialistas lo que ha generalizado en el país elementos de la división técnica del trabajo organizado por el capitalismo en la Europa occidental.

Lo superable es la existente división del trabajo, que sigue siendo fundamentalmente —como explica Marx— la división manufacturera, impuesta a nuevas fuerzas productivas, las de la gran industria maquinista (y hoy cibernética), por el poder de las clases dominantes.

El fundamento de aquella superabilidad se encuentra, como se vio, en que la producción moderna impone tendencialmente una gran movilidad del trabajador y posibilita, por otra parte, una mejor formación intelectual de éste. Con eso están puestas las condiciones **fundamentadoras** (no realizadoras) de un proceso en el curso del cual la división técnica, primero, y la social después dejen de ser jerárquicas para convertirse en funcionales, esto es: para que la distribución de los trabajos deje de ser mediada por algún status de los individuos y lo esté sólo por la funcionalidad colectiva, sin fijación material ni formalmente coactiva de los individuos.

No tiene interés ponerse a especular sobre fechas o épocas en las que pueda concretarse, por la mediación de la lucha de clases, la tendencia a superar la división clasista del trabajo presente en la base productiva moderna. Esa especulación es desaconsejable no porque verse sobre acontecimientos objetivamente remotos. Todo lo contrario: objetivamente, esos acontecimientos se habrían podido producir ya —en los países de capitalismo avanzado— poco después de empezado el siglo, y hacia 1930 lo más tarde. Pero las clases dominantes fueron más fuertes subjetivamente, sobreestructuralmente, que las dominadas, lo cual no tiene nada de sorprendente: la maduración objetiva de una formación nueva puede alargarse durante muchos decenios en el marco de la formación antigua; y también puede cuajar muy rápidamente, apenas apuntado el fundamento objetivo, si una crisis externa se suma a la interna y hace vacilar la sobreestructura política, como ocurrió en 1917 en Rusia. Por eso es vana la especulación cronológica.

En cambio, es posible estudiar en un caso modélico el incipiente hundimiento de la división «manufacturera», clasista y jerárquica, del trabajo: se trata precisamente de la universidad. La presente crisis de esta institución está obviamente relacionada con el gran aumento del número de estudiantes. Aunque este aumento sea sobre todo visible (en los países de capitalismo más o menos avanzado) a partir de la década de 1950, cuando quedaron estrechas incluso las primeras ampliaciones de la postguerra, el cambio cuantitativo había rebasado ya umbrales cualitativos mucho antes. Incluso en países relativamente atrasados, como España: Rafael Lapesa ha recordado «el esfuerzo para hacer frente a las exigencias de la reforma y la apertura a masas» (51) realizado por la universidad española durante la IIª República. Lapesa indica la primera ampliación sociológicamente cualitativa de la licenciatura en letras por Madrid: en 1927 habían sido siete los graduados; en 1935 fueron «cincuenta o sesenta», y el «aumento enorme» se debió en gran parte a la incorporación de estudiantes que procedían del magisterio, de estudiantes maestros, o sea, de hombres procedentes de una capa social antes materialmente excluida de la universidad.

El aumento «enorme» de la población universitaria es la base de la crisis universitaria. No una base última, desde luego, pues está a su vez visiblemente fundamentada en la productividad de la gran industria moderna (a través, también, de los efectos de ésta en la agricultura). Sin duda tiene su importancia en la génesis de la nueva situación universitaria la reivindicación del derecho al conocimiento por parte de las clases trabajadoras y populares, como suelen subrayarlo los comunistas italianos, y también la tiene la «difusión del saber» a la que, de modo muy análogo, apela André Gorz (52). Pero la causa más básica está en la energía productiva liberada por la gran industria, incluso en medio de las catástrofes (sin olvidar, ya hoy, la degradación del medio natural) que produce su organización en forma capitalista. Resistirse a decirlo por miedo a reconocer progresos productivos del capitalismo es olvidar que el úni-

co camino por el que se supera una formación histórica es «el desarrollo de sus contradicciones» (52), en este caso la contradicción entre la productividad de la gran industria maquinista e incipientemente cibernética y la división del trabajo de tradición manufacturera.

El gran capital reaccionó primero eufóricamente al salto cualitativo de la población estudiantil. En países adelantados las clases dominantes pudieron contemplar con satisfacción un aumento considerable de la presencia de jóvenes de origen popular en la universidad. Los ideólogos del capitalismo tuvieron, desde los años 50, algo que oponer al salto alfabetizador y culturizador de la URSS. Cuando a finales de esa década el aumento se hizo explosivo, en coincidencia con la gran expansión económica y con la inminente transformación de importantes ramas productivas por una revolución de la tecnología, la propaganda capitalista insertó triunfalmente el tema de la ampliación y la reforma de la universidad en el marco del «desarrollismo», idealización del simple crecimiento económico.

Pero en las sociedades capitalistas avanzadas la euforia duró poco, menos de diez años. Ya a finales de la década de 1960 se pone de manifiesto en esos países que la sociedad no absorbe los resultados de la explosión universitaria de un modo concorde con el sistema, sino que empieza a «devaluar» los títulos universitarios. A la larga, si se generalizara, ese fenómeno acarrearía la pérdida del «valor de cambio» de los títulos y, por lo tanto, su completa pérdida de valor en cuanto piezas de la organización social capitalista. Sociólogos no siempre socialistas llegan de este modo a descubrir la presencia de una contradicción del problema de la universidad que es insuperable con categorías capitalistas. Así escriben los investigadores italianos G. Martinoli y G. de Rita, en su ponencia ante el Congreso de Milán de 1967 sobre «Ciencias sociales y reforma de la sociedad italiana»: «Sería oportuno que los jóvenes y las familias se convencieran de que los estudios universitarios no pueden servir al individuo más que como base de ulteriores conquistas y afirmaciones personales [...] En países cuyo nivel de instrucción media es más elevado que el nuestro se empieza a plantear el problema de utilizar a los licenciados para funciones correspondientes a la preparación recibida, de modo que se prefigura un tipo de sociedad en la cual el acceso a niveles más elevados de instrucción responderá sólo a la aspiración de poseer una base cultural» (54). Pero eso significa que el «acceso a niveles más elevados de instrucción» dejará de prometer status más altos, ingresos superiores, más poder, etc., en suma, que dejará de tener sentido capitalista. La universidad presenta así, más perceptiblemente, la tendencia implícita, ya indicada por Marx, en la movilidad y en la mayor instrucción del obrero de la gran industria. Pues que el título y, sobre todo, el conocimiento dejen de tener para el titulado medio una repercusión inmediata en su situación en la producción y la administración querrá decir abiertamente que es injustificable la jerarquización de las funciones: el hecho de que el titulado X ocupe el lugar 1 y el igualmente titulado Y el lugar 100, si estos lugares siguen implicando remuneración, status y poder diferentes, no se podrá argumentar sino con la fuerza bruta del jus primi occupantis. Fuera de ella, sólo podrán admitirse motivos funcionales que no impliquen privilegio económico, social ni político, ni tampoco carácter fijado de la situación. De este modo la crisis de la Universidad deja traslucir la de todo el sistema, la quiebra del principio del beneficio. Por eso los universitarios socialistas no se pueden proponer ya una estrategia democrático-formal, sino sólo una estrategia democrático-material, socialista. Lo cual no excluye, de acuerdo con una consolidada experiencia del movimiento obrero, la posible conveniencia, en determinadas situaciones, de que esa estrategia cuente entre sus tácticas con la implantación y la ampliación de situaciones sólo formalmente democráticas. Por lo demás, esta conclusión no se refiere sólo a la universidad, sino a toda sociedad capitalista no muy atrasada. Pues aunque la situación sea particularmente visible en la universidad y entre los trabajadores intelectuales en general, su base está en la producción en revolución permanente desde la generalización del maquinismo, desde la revelación de la ciencia como fuerza productiva directa.

La crisis de la institución que organiza la enseñanza anuncia que el conocimiento está socialmente maduro para dejar de ser un valor de cambio. Las dos funciones directa-

TRAYECTORIA

memorias de Antonio Cordón

Artillero.

Jefe de Estado Mayor
del Ejército del Este
de la República Española.

Subsecretario del
Ministerio de Defensa.

La Enseñanza en España.

Un estudio crítico
de la Enseñanza Primaria
y Secundaria en España

dos libros de



colección ebro

7, rue Debelleyme.
parís 3

mente afectadas por la crisis son las no esenciales a la universidad: la formación científica y la formación profesional. Pero la crisis de éstas ilumina la crisis de la función esencial apoyada en ellas, la crisis de la producción de hegemonía. Pues lo radicalmente puesto en crisis es la división jerárquica del trabajo, a cuya interiorización sirve, con su creación de prestigio social, el aparato hegemónico que es tradicionalmente la institución universitaria.

La nueva formación social está gestándose en el seno de la vieja. Pero el que nazca o no nazca depende de lo que ocurra en la lucha de clases, no de un hado providencialmente decretado desde el comienzo de los tiempos. Este fatalismo es teología. Bienintencionadamente socialista, pero teología. Lo que hace falta es conocimiento operativamente revolucionario. Y la experiencia histórica muestra que desde principios de siglo se van dando casos de crisis capitalista no siempre tan patentes como el universitario, pero a veces más básicos que él, sin que ninguno de esos focos conflictivos haya acarreado la caída de ningún capitalismo medianamente avanzado. Eso debe refrescar un conocimiento ya antiguo del movimiento obrero: es verdad que ninguna formación social desaparece sin haber desarrollado su contradicción dialéctica; pero tampoco desaparece con sólo eso: ha de ser, además, activamente derribada. Si esto no ocurre, puede empezar un período de pudrimiento social, cuya duración depende de la intervención de fuerzas externas a la sociedad considerada.

De esos hechos se desprende una segunda orientación general: la superación de esta división del trabajo pasa por el derrocamiento del poder político del capitalismo, condición imprescindible para vencer la resistencia a abandonar los principios tradicionales —«manufactureros»— de la división social del trabajo. La crisis de la universidad ilustra modélicamente la de aquella división del trabajo. Pero esta crisis no fructificará sin la anulación del poder político que puede bloquear su desarrollo, sin la toma del poder político por la o las clases interesadas en llevar la crisis hasta su final dialéctico hasta la abolición/superación de la contradicción entre la presente división del trabajo y la potencialidad de las modernas fuerzas productivas. Esto es tanto como decir que la crisis de la división tradicional del trabajo ejemplificada por la universidad no se resuelve sino con el socialismo. Y ni siquiera en las primeras fases de éste, ni, sobre todo, en la fase de transición: la experiencia de todos los países no capitalistas que intentan construir el socialismo muestra, si no se pretende dorarla ideológicamente, que la superación de la antigua división del trabajo no es —ni siquiera por lo que hace al trabajo intelectual— un acontecimiento previo a las grandes transformaciones cualitativas propias del socialismo, sino un aspecto de éstas, y un aspecto de los que requieren más maduración.

Pero esa comprobación no significa que sea necesario una actitud de espera mesiánica. Eso sería caer en el fatalismo que traduce siempre la derrota interna del movimiento. No hay «marcha de la historia» si no marchan constantemente las clases. Y las clases sociales no marchan si no lo hacen los individuos que las forman. Sólo si las clases ascendentes luchan sin pausa puede nacer la formación nueva del seno de la vieja, pues esa lucha es decisiva para el mismo proceso de gestación. Por lo que hace a los países de capitalismo avanzado o relativamente avanzado, Gramsci realizó por los años 20 y 30 un análisis de la fase de gestación del socialismo que está siendo esencialmente confirmado por los acontecimientos de los años posteriores, y muy llamativamente por los de la década de 1960. Gramsci argumentaba que la misma toma del poder político en estados de esas características exige una previa penetración de la «sociedad civil», una conquista de los fundamentos no inmediatamente político-estatales de esos poderes. Desde los tiempos de Gramsci el estado del capitalismo monopolista ha penetrado la «sociedad civil» aún más profundamente, lo que complica la perspectiva estratégica abierta por Gramsci, pero la hace aún más esencial. La crisis de instituciones de esta sociedad —ante todo de la universitaria— es una buena prueba de ello. Por eso no es sorprendente que en el movimiento estudiantil europeo de los años 60 se redescubriera la estrategia gramsciana aun sin conocer a Gramsci. Cuando Rudi Dutschke usó la formulación de la «larga marcha a través de las instituciones de la sociedad capitalista» no parecía haber leído a Gramsci. (Lo que interesa de esa frase no es su alusión

histórica, sin duda desacertada, pues la Larga Marcha de los comunistas chinos fue una retirada estratégica, mientras que la conquista de la sociedad civil capitalista es una «guerra de trincheras» para destruir la hegemonía de la clase dominante, su poder no inmediatamente político, y dar base a la ofensiva). La lucha ya hoy, bajo el capitalismo, contra la división del trabajo instituida y, por lo tanto, contra la universidad como institución de esa división del trabajo, es un sendero que desemboca en el camino principal del cambio histórico, de la lucha directa por el poder político.

Esa es una razón para no despreciar o remitir la lucha contra esta división del trabajo y sus instituciones (entre ellas la universidad) a una fase futura que tal vez sólo pueda ser abierta (en países capitalistas maduros) mediante esa misma lucha. Pero hay otra razón más: la base material para una superación de la vieja división del trabajo está, en realidad, más avanzada en un país capitalista maduro que en Cuba, Albania o Rumania. (Lo que está ocurriendo estas mismas semanas con los técnicos y científicos puestos en paro por la reducción de fondos de la NASA en los Estados Unidos es una ilustración interesante de ello). Por lo tanto se puede pensar que, una vez producido el cambio de contenido de clase del estado, los proletariados de sociedades de capitalismo avanzado podrían progresar deprisa hacia la superación de los restos de división «manufacturera», fijista y jerarquizada del trabajo (prescindiendo aquí, por abstracción simplificada, del contexto político internacional). Por último, la posibilidad de que la clase obrera de estos países vea, ya bajo el capitalismo, que esta división del trabajo se podría superar con sólo que el poder político no la eternizara, pone este tema entre los principales factores de educación revolucionaria del proletariado de los países capitalistas avanzados.

La lucha contra la presente división social del trabajo es también contra la universidad; ésta es, en efecto, uno de los principales centros de producción. —a veces meramente pasiva, por su mera estructura— de ideología hegemónica al servicio de la clase dominante, al servicio de la interiorización de esta división del trabajo; y la misma división técnica del trabajo para la que la universidad prepara está inevitablemente cualificada por aquella función esencial. Se trata, pues, de superar esta universidad, no de mejorarla. Esto parece fuera de duda. Pero es sólo una comprobación básica, primaria, de la que no se desprende más que una orientación general. Y mientras no se tengan orientaciones más precisas, «destruir la universidad» o «abolirla» será una de esas músicas decorativas con las que el ánimo desclasado intenta poner confort en su desasosiego. La primera precisión se consigue recordando, como se ha dicho, que lo nuevo nace de lo viejo y en lo viejo. La superación real de la universidad arrancará de la base social dada, no de decretos. Por decreto, como también se recordó, ya fue «abolida» una vez la universidad. Y el resultado está a la vista. La abolición de la universidad por decreto es, por lo demás, algo que también podría permitirse hoy el poder capitalista. Hasta es verosímil que le conviniera (prescindiendo de inconvenientes de otro tipo) confiar ya a las grandes empresas la formación media y superior de una parte considerable de la población. Precisamente aboliendo de un modo formal la universidad o reduciendo su dimensión y su alcance, el poder capitalista frenaría el desarrollo de la crisis social en la enseñanza. La agresión externa, por así decirlo, a la institución universitaria, la estrategia que se limita a pedir su «abolición», sin articulación táctica alguna, puede servir perfectamente al poder capitalista para dispersar los focos de contradicción por una infinidad de centros y subcentros (muchas veces confiados directamente al capital) de preparación profesional y de investigación que se reparten de uno u otro modo también la función hegemónica de producir ideología y élites.

Pero, por el momento, el poder capitalista parece preferir estrategias más flexibles para bloquear la crisis universitaria. Su intento principal se dirige a frenar las consecuencias sociológicamente cualitativas del aumento de la población estudiantil. Los agentes más primitiva y groseramente fascistas del capitalismo preferirían anular pura y simplemente el proceso. Así, por ejemplo, Fabián Estapé proponía recientemente: «En la Universidad hay que ir poniendo, como en los bares, el «Reservado el derecho de admisión» (55). Pero la táctica que se impondrá no será, probablemente, la de

esa torpe zafiedad. Igual en los USA que en Francia o España, el poder capitalista se propone enfrentarse a la presión del pueblo hacia el conocimiento mediante un malthusianismo mucho más sutil. Se trata de recomponer la universidad tradicional introduciendo o reforzando barreras horizontales que produzcan aún más estratificación, estamentalización intra-universitaria: graduados de 1ª, de 2ª, de 3ª. Esa política es inteligente: tiende a anular precisamente el sentido revolucionario de la masificación de la universidad, a saber, que esa masificación, al provocar subempleo o paro intelectual, y, consiguientemente, si el fenómeno se hace crónico, pérdida de valor de cambio de los títulos y del conocimiento, tiende a destruir la justificación de la jerarquía en la división del trabajo. La estrategia capitalista reacciona reforzando la jerarquía ya en la misma titulación, reforzando más el prestigio ideológico del principio jerárquico. El modelo es el sistema norteamericano. La clase dominante de los Estados Unidos vivió el problema décadas antes que las europeas y desvió la significación social del mismo mediante la conocida proliferación de títulos, niveles y grados. Las estratificaciones previstas en la ley de Educación española, ayudadas ideológicamente por trabajos como el informe Matut, tienen el mismo sentido clasista. claro que no es la multiplicación de ramas de la investigación o de la práctica profesional lo que tiene ese contenido de clase; sino su estratificación jerárquica, con el correspondiente apoyo interiorizador del peso hegemónico del prestigio académico.

La lucha contra la universidad de la hegemonía capitalista, modelo de lucha contra la vieja división social del trabajo, se define por contraposición a la estrategia del poder capitalista: contra el malthusianismo fascista puro, contra la «reserva del derecho de admisión», hay que luchar por la democratización formal y material del acceso y la estancia en la universidad, en concordancia con la liberación de fuerza de trabajo juvenil que posibilita la industria; contra la estratificación «manufacturera» de la universidad hay que levantar ya ahora y al mismo tiempo el principio socialista de desjerarquización de las funciones: éste es el sentido revolucionario de luchas aparentemente sólo estamentales, como la de los aparejadores. Pero la consciencia o lucidez de esas luchas es todavía escasa. Los aparejadores hacen bien en oponerse a una jerarquización que los perjudica. Pero todos los estudiantes en general deben considerar ya como reivindicación socialmente posible la destrucción de su propio privilegio jerárquico, que tiende a ser ya aparente (por la «plétora» de la profesión organizada por el capitalismo) y sólo se podría reconstituir, para una ínfima minoría de ellos, si se realizara el proyecto estratificador de la presente reforma de la enseñanza universitaria. Frente a esa involución respecto de lo que posibilita la base productiva es reivindicable ya hoy una enseñanza superior generalizada, con práctica parcial del trabajo físico; toda la juventud, incluidas la obrera y la campesina, podría participar ya de esa enseñanza. Eso es reivindicable ya hoy no porque el poder

capitalista pueda concederlo, sino porque la viabilidad de una organización así de la enseñanza superior —cubierto el período necesario para la previa transformación de la enseñanza media— está dada por la base productiva moderna en los países de capitalismo avanzado. Reivindicaciones de esa dimensión implican, como es natural, la democratización de la organización universitaria existente, de la posición del profesorado, etc. Pues es imposible que una población universitaria constituida como queda dicho —o, al menos, convencida de aquella estrategia de destrucción de la universidad de la hegemonía burguesa— pudiera desarrollarse en relaciones antidemocráticas.

¿Se debería seguir llamando «universidad» a una organización de la enseñanza superior que trabajara sin que la sociedad diera valor de cambio a sus productos? Eso es lo de menos. Es posible que la nueva organización de la enseñanza superior mantenga la función clasista de la universidad —con signo invertido— en el primer estadio de la construcción socialista. Eso depende del rigor que haya de tener en cada sociedad la dictadura proletaria de transición. En las sociedades menos adelantadas en el momento revolucionario —esto es, en el momento en que cambie el contenido de clase del poder político— se necesitarán seguramente técnicas de interiorización de las nuevas relaciones sociales. El que esta necesidad tenga los riesgos que se conocen ya por la historia de los países socialistas no anula su fundamento material. En casos así, la organización de la enseñanza superior mantendrá verosíblemente rasgos institucionales tradicionalmente universitarios durante décadas acaso.

Pero al principio estuvo y está la acción. Tanto para llegar directamente, donde ello sea posible, a una organización de la enseñanza, del investigar y de las profesiones que rompa con la contaminación ideológica hegemónica de hombres y eternizadora de una división del trabajo ya innecesaria, cuanto para acelerar, donde eso sea lo históricamente viable, el proceso de autodisolución de la tradición clasista mediante el poder de los trabajadores, lo primero es plantear acertadamente la fase previa: luchar contra la yugulación del empuje de los pueblos hacia el conocimiento —posibilitado por la producción moderna— y contra los intentos de esterilizarlo mediante la estratificación aparentemente técnica, pero en realidad inteligentemente clasista, que intentan implantar las reformas universitarias de todos los países de capitalismo más o menos avanzado, incluido el nuestro. Los pueblos tienen que seguir llegando, acrecentadamente, a la enseñanza superior, y tienen que impedir que los fraccionen jerárquicamente en ella. Por esa vía seguirá agudizándose la contradicción entre las presentes relaciones de producción y las fuerzas productivas ya en obra. El movimiento estudiantil tiene, seguramente, muchos otros campos de acción. Pero para que las demás luchas den resultados importantes es esencial que se muevan sobre aquella contradicción de fondo.

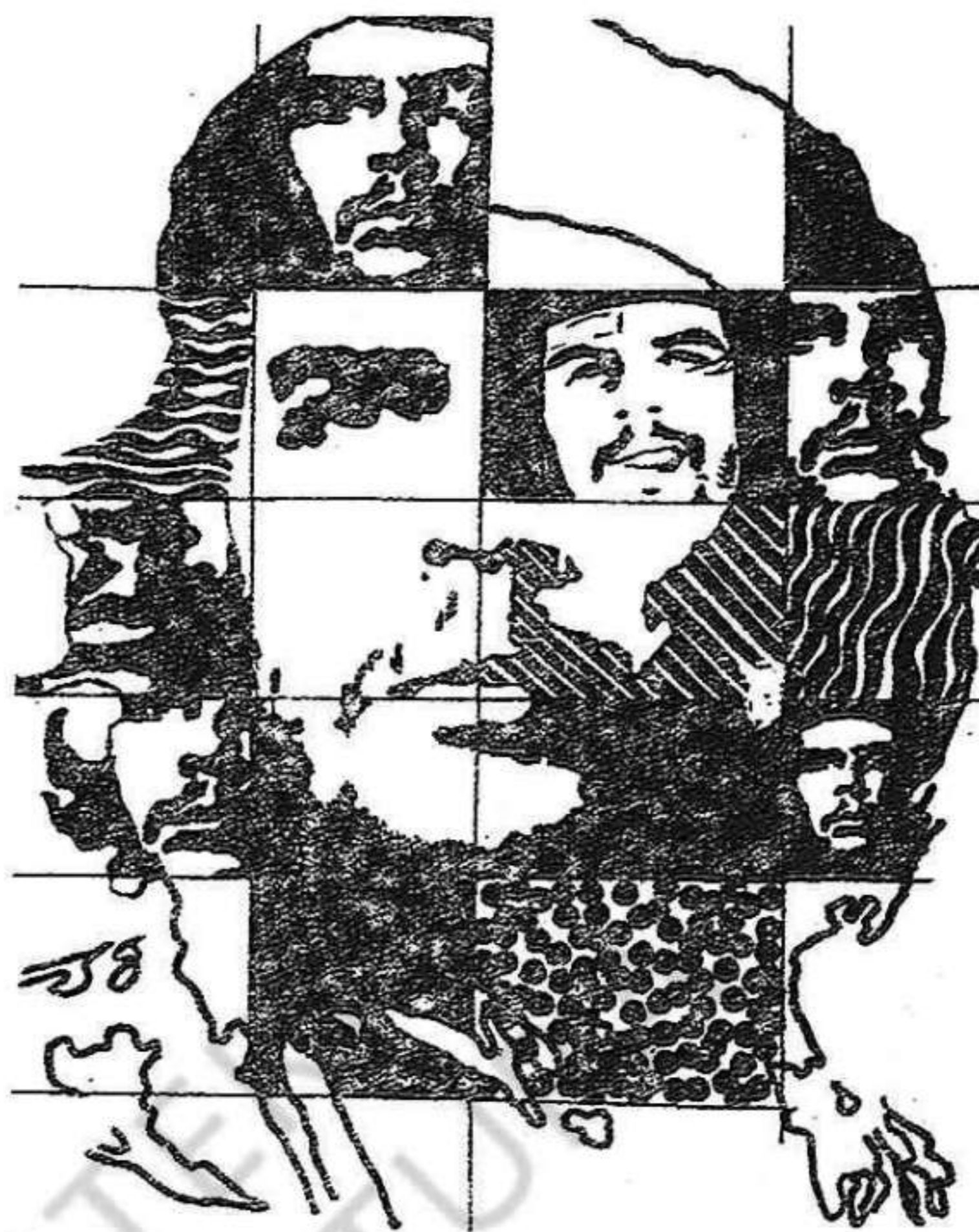
NOTAS

- (1) Ben-David, Joseph, y otros, *La Universidad en transformación*, Barcelona 1966, pág. 52.
- (2) Hutchins, Robert M., *La Universidad de Utopía*, 3ª ed., Buenos Aires 1968, pág. 38.
- (3) Ortega y Gasset, José, *Misión de la Universidad*, en *Obras Completas*, 1ª ed., Madrid 1947, vol. IV, pág. 347.
- (4) *Ibid.*, pág. 348: «La necesidad de crear vigorosas síntesis y sistematizaciones del saber para enseñarlas en la «Facultad de Cultura» irá fomentando un género de talento científico que hasta ahora sólo se ha producido por azar: el talento integrador. En rigor, significa éste —como ineluctablemente todo esfuerzo creador— una especialización; pero aquí el hombre se especializa precisamente en la construcción de una totalidad. Y el movimiento que lleva a la investigación a disociarse indefinidamente en problemas particulares, a pulverizarse, exige una regulación compensatoria —como sobreviene en todo organismo saludable— mediante un movimiento de dirección inversa que contraiga y retenga en un riguroso sistema la ciencia centrífuga».
- (5) Hutchins, *op. cit.*, pág. 55.

- (6) *Ibid.*, pág. 56.
- (7) Randle, Patricio H., *¿Hacia una nueva universidad?*, Buenos Aires 1968, pág. 28.
- (8) *Ibid.*, pág. 17.
- (9) Scheler, Max, «Universidad y Universidad popular», en *La idea de la universidad alemana*, Buenos Aires 1959, pág. 346.
- (10) Jaspers, Karl, «la idea de la universidad», *Ibid.*, pág. 429.
- (11) Mondolfo, Rodolfo, *Universidad: pasado y presente*, Buenos Aires 1966, pág. 15.
- (12) *Ibid.*, págs. 11 y 12.
- (13) Tovar Antonio, *Universidad y educación de masas*, Barcelona 1968, pág. 125.
- (14) Mondolfo, R., *op. cit.*, págs. 33, 69, 70 y 71.
- (15) Latorre, Angel, *Universidad y sociedad*, Barcelona 1964, pág. 22.
- (16) El economista Jesús Prados Arrarte ejemplifica esta actitud de una forma casi sorprendente; pero se puede comprobar que se trata literalmente de palabras del señor Prados acudiendo a la página 112 del volumen de la ed. Ciencia Nueva *La Universidad*, Madrid 1969.

y leyendo allí: «Si queremos averiguar lo que ha de hacer la Universidad española en el futuro inmediato, la conclusión es [...]: ¡dedicarse intensivamente a la formación profesional, aunque ello afecte a la ciencia y aunque sea perjudicial para la cultura!»

- (17) Hutchins, op. Cit., pág. 53.
 (18) Ortega, op. cit., pág. 332.
 (19) *ibid.*, pág. 336.
 (20) *ibid.*, pág. 335.
 (21) *ibid.*, pág. 335.
 (22) *ibid.*, pág. 335.
 (23) *ibid.*, pág. 321.
 (24) *ibid.*, pág. 322.
 (25) *ibid.*, pág. 325.
 (26) *ibid.*, pág. 323.
 (27) *ibid.*, pág. 323.
 (28) *ibid.*, pág. 353.
 (29) V. al respecto Ben-David, op. cit., págs. 40 y 41.
 (29 bis) Carlos Blanco Aguinaga llama la atención sobre esto: «Es notable, sin embargo, que de vez en cuando haya catedráticos que defender. ¿Contra qué? Contra toda acusación de pensamiento subversivo, contra campañas periodísticas o contra las publicaciones que resultan de las investigaciones periódicas de las distintas sucursales permanentes del Comité de Actividades Antiamericanas; no hay que olvidar que los más de quienes en los Estados Unidos tienen todavía la funesta manía de pensar se encuentran en las universidades [...]». En el volumen de Ciencia Nueva *La Universidad*, cit., pág. 102.
 (30) Hutchins, op. cit., págs. 55 y 56..
 (31) Randle, op.cit., pág. 39.
 (32) *ibid.*, págs. 19 y 20.
 (33) Marx, «Das Verbot der Leipziger Allgemeinen Zeitung für den preussischen Staat», *Rheinische Zeitung*, 1-I-1843, 16-I-1843: *Marx-Engels Werke* (sigla MEW), vol. I, pág. 158.
 (34) *Das Kapital*, I, en *Marx-Engels Werke (MEW)*, Berlin, Dietz Verlag, 1962 y ss., vol. 23, pág. 375.
 (35) Lénine, V. I., *Cahiers philosophiques* (trad. Vernant-Bottigelli), París 1955, pág. 51.
 (36) *Das Kapital*, I, loc. cit., pág. 356.
 (37) *Das Kapital*, II, MEW 24, pág. 237.
 (38) *Das Kapital*, I, pág. 368.
 (39) *Das Kapital*, III, MEW 25, pág. 92.
 (40) *Das Kapital*, I, págs. 56 y 57.
 (41) *Das Kapital*, I, pág. 380.
 (42) *Das Kapital*, I, pág. 381.
 (43) *Das Kapital*, I, págs. 382, 383.
 (44) *Das Kapital*, I, págs. 444, 445.
 (45) *Das Kapital*, I, págs. 510, 511.
 (46) *Das Kapital*, I, págs. 511, 512.
 (46 bis) Benjamin, Walter, «Das Leben der Studenten», en *Illuminationen*, Frankfurt am Main 1961, pág. 9.
 (47) Kofler, Leo, *Staat, Gesellschaft und Elite zwischen Humanismus und Nihilismus* Stuttgart 1960, pág. 385.
 (48) Kofler, op. cit., págs. 386, 387.
 (49) Rühle, Otto. *Idee und Gestalt der deutschen Universität*, Berlin (Este) 1966, pág. 12.
 (50) Spiridonova y otros, *Curso superior de economía política*, vol. II, México 1965, pág. 622.
 (51) Rafael Lapesa en *La Universidad*, Madrid 1969, pág. 36.
 (52) Gorz, André, «Détruire l'Université», en *Les Temps Modernes*, n° 215, abril de 1970, pág. 154.
 (53) *Das Kapital*, I, ed. cit., pág. 512.
 (54) En Rossanda, R., *L'anno degli studenti*, Bari 1968, pág. s. 133, 4.
 (55) V. *El Correo Catalán* del 9-II-1971, pág. 9.



La técnica
se puede usar
para domesticar
a
los
pueblos
Y se puede poner
al servicio
de los pueblos
para liberarlos

La universidad española

en la crisis de hoy

1. Decía Mariátegui: «*La universidad es siempre la forma institucional en la que se refleja en todas sus consecuencias la crisis misma de toda la sociedad, es allí donde consiguientemente tiene que hacerse visible toda la situación real de la sociedad*».

En la universidad, efectivamente, se reflejan de un modo concentrado y sublimado las contradicciones que agitan la sociedad. La lucha de ideas, más viva, se combina con el ímpetu juvenil y la provisionalidad de la vida del estudiante, confirmando a los conflictos una radicalidad muy propia. Las inquietudes, pasiones y fantasías de unas jóvenes generaciones que buscan una concepción propia del mundo, en la edad más propicia a la formación de las grandes opciones político-morales, se entrecruzan complicadamente con el reflejo de las grandes líneas de fuerza que atraviesan la sociedad. El reflejo universitario es original, pero es un reflejo, indudablemente, de la sociedad en su conjunto.

En la universidad se forman los profesionales y técnicos superiores, pero también los futuros dirigentes de la sociedad. Es la fuente principal —aunque no la única— con que cuenta la clase dominante para reclutar a sus *intelectuales orgánicos*. Es decir, esa capa que asume la tarea de elaborar una visión del mundo y de la sociedad acorde con los intereses, inmediatos e históricos, de la clase y de instrumentar los medios intelectuales que permitan incorporar materialmente a todos los órdenes de la vida social esta visión de mundo. La universidad tiene, pues, una doble misión: una misión «técnico-profesional» y otra «orgánica». En la práctica se trata de misiones o funciones muy entrelazadas, que se incorporan en grados diversos en las distintas carreras. En la formación y práctica de médico, por ejemplo, predomina sin duda la función técnico-profesional, mientras que en las del jurista predomina la función orgánica. Pero toda carrera contiene elementos de tecnicidad profesional, y, viceversa, en todo graduado universitario hay implícita una «vocación» político-ideológica, aunque sólo sea por el papel que tradicionalmente ha venido ejerciendo la formación universitaria en el reclutamiento de las «minorías rectoras».

Esta distinción será útil para substanciar más en detalle la correlación entre universidad y sociedad señalada por Mariátegui.

En la universidad la dimensión político-ideológica es la que refleja de un modo más directo el contenido de clase de los conflictos sociales generales. Esta constatación es banal para quien acepta la significatividad social de la lucha de ideas. Pero no lo es tanto si se pone en relación con el hecho de que la universidad es un factor, importante, del aparato

de dominación ideológica capitalista. ¿Cómo es posible que en el seno de una institución tan central del sistema se desarrolle una lucha política e ideológica tan intensa?

A pesar de su dominación social, la burguesía no puede aspirar al monopolio académico; su hegemonía intelectual y cultural no se impone en este campo por una vía principalmente administrativa y burocrática. El totalitarismo ha sido, históricamente, una excepción en el desarrollo de la cultura burguesa. En general, su hegemonía se impone apelando a las necesidades mismas de la organización social —que es la materialización institucional de las relaciones de producción burguesas— y también a ciertas tradiciones de libertades universitarias que arrancan de la época feudal en el Occidente europeo. En la época del imperialismo, pese a las presiones que ejerce el sistema económico —volveremos más adelante sobre el tema—, la universidad conserva cierta autonomía que le permite en algunos casos convertirse en el foco más intenso de impugnación social y política (como en los Estados Unidos).

Incluso en nuestro país, donde la universidad ha sido víctima de una severa regimentación totalitaria, se ha producido una evolución significativa. Paralelamente a la modificación que el sistema fascista español iba sufriendo por una presión «desde dentro», en la universidad se iba desmoronando el monopolio obscurantista de la primera época. Por una parte, para ejemplificarlo en términos filosóficos, Hegel y Carnap conquistaban el derecho de cooficialidad junto a Juan de Santo Tomás y las discusiones sobre los ángeles; por otra parte, la dialéctica materialista, las posiciones socialistas, iban penetrando en los medios estudiantiles de una manera extraoficial pero efectiva, y haciendo incluso incursiones episódicas en el ámbito de la oficialidad académica. En la práctica esto se producía por la coexistencia de la universidad oficial con lo que podríamos llamar «universidad paralela», es decir, ese conjunto de seminarios, círculos de estudios, lecturas individuales, mejor o peor organizadas, mejor o peor digeridas, facilitadas por algunos profesores jóvenes y por la relativa abundancia de libros marxistas hoy asequibles en España.

(Quizás en el futuro bendeciremos la circunstancia de haber recuperado ciertos elementos de la cultura científica moderna —después de la noche teocrática y obscurantista— en comunicación estrecha con una inspiración político-ideológica marxista. Esta convergencia puede facilitar la asimilación de lo racional y científico de esta cultura, liberada de sus elementos reaccionarios, y simultáneamente el

desarrollo de un marxismo abierto, sin dogmatismo. Claro que esto sólo es posible si se supera la estrechez provinciana y el dilettantismo tan frecuentes aún en nuestra vida intelectual.)

En cualquier caso, la ruptura del monopolio ideológico y la existencia de esa «universidad paralela» en España indican que ni siquiera en condiciones tan totalitarias como las de la dictadura franquista es posible suprimir en los hechos el pluralismo latente en la sociedad. Este penetra por los intersticios de las instituciones y se traduce en lucha de ideas. La universidad, que el Estado burgués subvenciona con el propósito de formar su intelectualidad orgánica, se convierte en una base de la cual sale también una intelectualidad cuya ideología se liga orgánicamente a la lucha emancipadora del proletariado. Es un terreno donde libra una compleja batalla que es, en parte, proyección sobreestructural de la lucha de clases. Por esto —y generalizando estos rasgos— la frase de Mariátegui antes citada adquiere su sentido más pleno en la universidad capitalista de la época del imperialismo, porque, a pesar de sus formidables medios, el capitalismo ya no es capaz de impedir que las ideas revolucionarias franqueen todos los obstáculos y afirmen su presencia activa entre la juventud estudiantil. La universidad es así reflejo aún más fiel que en otras épocas de lo que ocurre fuera de ella.

En la universidad actual esa proyección sobreestructural de la lucha de clases se enraiza en un terreno no sólo nacional, sino planetario. Seguramente en los centros españoles de enseñanza superior la «presencia abstracta del tercer mundo» (Oscar Negt) ha desempeñado un papel menos importante que en las universidades de países capitalistas más maduros, porque la mayor intensidad y obviedad de las contradicciones internas de la sociedad española dan un contenido inmediato a la lucha estudiantil. Pero hoy ninguna universidad, ningún país, pueden vivir fronteras adentro. La internacionalización de la producción y del capital, la polarización de todas las relaciones internacionales —económicas, políticas, militares— en torno a dos grandes bloques, impiden todo aislacionismo. Para el ciudadano medio, esto no es una entelequia lejana: los medios de comunicación actuales le hacen vivir al día, de un modo perfectamente material y sensorial, esta interpretación. El *nihil humanum a me alienum* ya no exige hoy una alta tensión imaginativa, sólo asequible a minorías de sabios: es un imperativo que brota a diario de la pequeña pantalla y de todo el alud de informaciones que nos bombardea sin cesar, aunque el poder constituido trate de impedir por todos los medios la asunción de este imperativo —de esta *socialización de la conciencia*—, ya sea predicando el apoliticismo y el fatalismo, ya sea intentando canalizar la sensibilización hacia la cruzada «antisubversiva».

En nuestras facultades y escuelas ha pesado también decisivamente la «presencia abstracta» no sólo del tercer mundo, del Vietnam, de toda la lucha antiimperialista: también ha pesado mucho la agudización de la crisis ideológica del capitalismo en las metrópolis y el recrudecimiento en ellas de la lucha de clases. Las ilusiones liberales que pudieran subsistir hace unos años han naufragado a

ojos vista.

2. Para completar el comentario de la frase de Mariátegui, habría que volver sobre la función «técnico-profesional» de la universidad, porque si al nivel político-ideológico ésta refleja una crisis social, al nivel de su función técnico-profesional refleja y vive otra crisis social ligada a la anterior.

La expansión universitaria posterior a la segunda guerra mundial, cuyas cifras espectaculares son de sobra conocidas, obedece a una doble presión. Por una parte, a la demanda creciente de personal altamente calificado en muy diversas actividades de la industria, la administración y los servicios, correspondiente al desarrollo del capital monopolista en condiciones de grandes transformaciones tecnológicas. Por otra parte, obedece al deseo creciente de cultura por parte de sectores crecientes de las capas medias, correspondiente tanto a la demanda provocada por el aumento general del nivel de vida como a la crisis de la burguesía no monopolista frente a la concentración del gran capital, que empuja a estas capas a buscar para sus hijos la supuesta garantía de posición económica y de status social que ofrece una carrera universitaria.

La expansión numérica del estudiantado había de empezar provocando crisis de inadaptación de la vieja institución a las nuevas necesidades. En España esta crisis es inseparable del legado de la guerra civil: la miseria cultural del país, el totalitarismo ideológico, la penuria de personal competente (por muerte, exilio o depuración), etc.

Al mismo tiempo, los problemas de la enseñanza superior son inseparables de los de las diferentes actividades profesionales. Las transformaciones económicas y tecnológicas ya mencionadas conducen a una *asalarización* creciente de los profesionales y a una *crisis del ejercicio liberal de las profesiones*. Del gabinete o consultorio privado se va pasando a la integración en grandes complejos públicos o privados; de los puestos de mando, a las posiciones subordinadas.

Esta evolución aquí sólo esbozada engendra un conjunto de contradicciones específicas y nuevas, que pueden resumirse en las siguientes:

1ª. Una diferenciación en el seno de las capas profesionales mismas; por una parte, los tecnócratas, los altos funcionarios y dirigentes, que forman parte de la alta burguesía; por otra parte, una gran masa de trabajadores intelectuales medios y subalternos, cada vez más alejados de los centros de influencia y poder. Una tal estratificación tiene su contrapartida en la educación misma, que sufre también una diferenciación: unos son educados para mandar, otros para obedecer. Unos, que están reclutados ya con unos criterios más o menos clasistas, irán a universidades o centros de élite y establecerán desde su edad universitaria los vínculos personales que les facilitarán su integración en la oligarquía de los negocios o de la administración estatal. Los otros irán a los centros «de masas» y se verán sometidos a un determinado tipo de especialización y de autoritarismo. La tendencia actual materializada en España con la Ley de educación — lleva a una producción de diplomados «baratos» e incluso a una jerarquización dentro

de éstos. En lugar de una enseñanza más armónica e igualitaria, el sistema productivo capitalista presiona para conseguir una enseñanza más selectiva, especializada y estratificadora.

2°. Los profesionales medios y subalternos empleados por el Estado o por empresas privadas —que son cada día más numerosos frente a los profesionales independientes— son asalariados como los obreros. No tienen propiedad ni poder formal siquiera. Aunque la mayoría de ellos tienen ingresos superiores a los de los trabajadores manuales, se ven sometidos a condiciones formalmente análogas a las de la clase obrera: inseguridad en el empleo, paro o subempleo, desvalorización de sus títulos. La afluencia continua de graduados en el mercado de trabajo comprime los salarios; el informe Matut pone dramáticamente de relieve cuál es la situación entre los ingenieros españoles. Al desvalorizarse el título por la presión del mercado, la función jerárquica que se atribuye al trabajo intelectual se debilita. Surge una contradicción entre la democratización del acceso a la Universidad y la consideración del título como valor de cambio (cf. Manuel Sacristán, *Tres lecciones sobre la universidad y la división del trabajo*).

3°. Si el tecnócrata o alto funcionario no están en condiciones de percibir contradicción entre la profesionalidad de su función y la lógica del sistema capitalista —precisamente porque son privilegiados de este sistema—, no ocurre lo mismo con el profesional medio y subalterno. Este está cada vez más distanciado de los centros de poder y decisión. Por esto está en *condiciones objetivas* cada vez más netas para percibir el conflicto entre la racionalidad de su ejercicio profesional y la lógica del beneficio privado que domina el sistema. Las condiciones en que trabaja le permiten discernir que la política educativa, hospitalaria, urbanística, etc., del Estado de los grandes monopolios, o el comportamiento de las empresas privadas no permite la satisfacción de las necesidades sociales que sería posible satisfacer con los medios técnicos de hoy, por la subordinación al interés lucrativo del capital privado.

Estas contradicciones —que seguramente no son las únicas y que, desde luego, no se agotan en fórmulas tan generales— no han llegado a maduración en España, y se entremezclan con problemas derivados del atraso general del país y de la creciente dependencia de nuestra economía respecto a los capitales extranjeros. (Piénsese en el papel poco halagüeño al que se ven relegados innumerables técnicos españoles que trabajan en industrias cuya producción se hace sobre la base de patentes extranjeras.)

No debe suponerse además que las mencionadas contradicciones *tendenciales* no hallan factores contrarrestantes. Uno de los más poderosos es la capacidad corruptora del dinero. Otro es el peso muerto de la mentalidad de la clase de origen (burguesa o pequeño-burguesa) de los trabajadores intelectuales, en particular, la veneración por el orden establecido, por el poder, por el espíritu de cuerpo, por las ilusiones ideológicas de la «promoción» y la «igualdad de oportunidades». Otro factor contrarrestante es la secreción, por parte del sistema, de

funciones destructivas, represivas o parasitarias; entre ellas destacan las derivadas de la militarización de la economía, de los aparatos represivos, de los instrumentos de control cultural o político, de la manipulación o «gestión de la demanda» (Galbraith), con su cohorte de técnicos en publicidad y promoción de ventas, etc. Estos factores constituyen o bien velos ideológicos que ocultan las contradicciones y refuerzan la hegemonía de los valores burgueses sobre estas capas, o bien una demanda adicional y artificial de mano de obra cualificada que frena la desvalorización de los títulos.

Todos los focos de conflicto mencionados se extienden en otra dirección: la presión permanente del sistema para que los cuadros técnicos y profesionales se convierten en «perros guardianes» frente a los trabajadores de niveles subalternos y frente a todo intento de impugnación del orden establecido. El capitalismo ejerce una presión constante para convertir la función técnica de organización del trabajo en función coercitiva de mando, precisamente porque es un sistema incompatible con hombres autogobernados y necesita producir y reproducir constantemente una capa especial destinada a los puestos de mando.

¿Cabe esperar que estas masas crecientes de trabajadores intelectuales se incorporen a la lucha por el socialismo encabezada por la clase obrera? ¿O son ciertas las teorías que profetizan un porvenir de mesocracia y tecnocracia que haría imposible e innecesaria una destrucción del capitalismo?

La respuesta —como he tratado de fundamentar en otro lugar (1) —la está dando la práctica misma: estas capas, o por lo menos, una parte considerable de las mismas, pueden incorporarse y se incorporan a la lucha contra el capitalismo. Quizás lo más destacable es que para que este proceso siga adelante requiere una lucha de ideas capaz de llenar el vacío provocado por la crisis de los valores burgueses y capaz de abrir paso a la convergencia de estas capas con la clase obrera.

Pero volvamos a la universidad.

La universidad como institución es la productora de esta fuerza de trabajo intelectual y, como tal, obedecerá en su estructura a los requisitos que imponga la demanda de tan peculiar mercancía. A la estratificación profesional corresponderá una variedad de universidades y centros, con cometido y mentalidad varios, así como una variedad de ciclos de estudios. A la demanda de diplomados baratos corresponderá una enseñanza más selectiva, parcelaria y especializada. Y así sucesivamente.

No obstante, la universidad sufre también de otra manera la transformación del estatuto del trabajo intelectual en la sociedad moderna. El estudiante vive prefiguradamente su futuro profesional. De un modo más o menos vago, sabe qué destino profesional le espera, y se determina a sí mismo también en función de este porvenir profesional. Su actitud ante los estudios, ante el trabajo propio y ante la sociedad no es ya la del «hijo de papá». Los vínculos familiares mismos se resienten de este cambio de perspectiva y se debilitan. Estos son aspectos decisivos que facilitan el acercamiento del universitario hacia los problemas de la clase

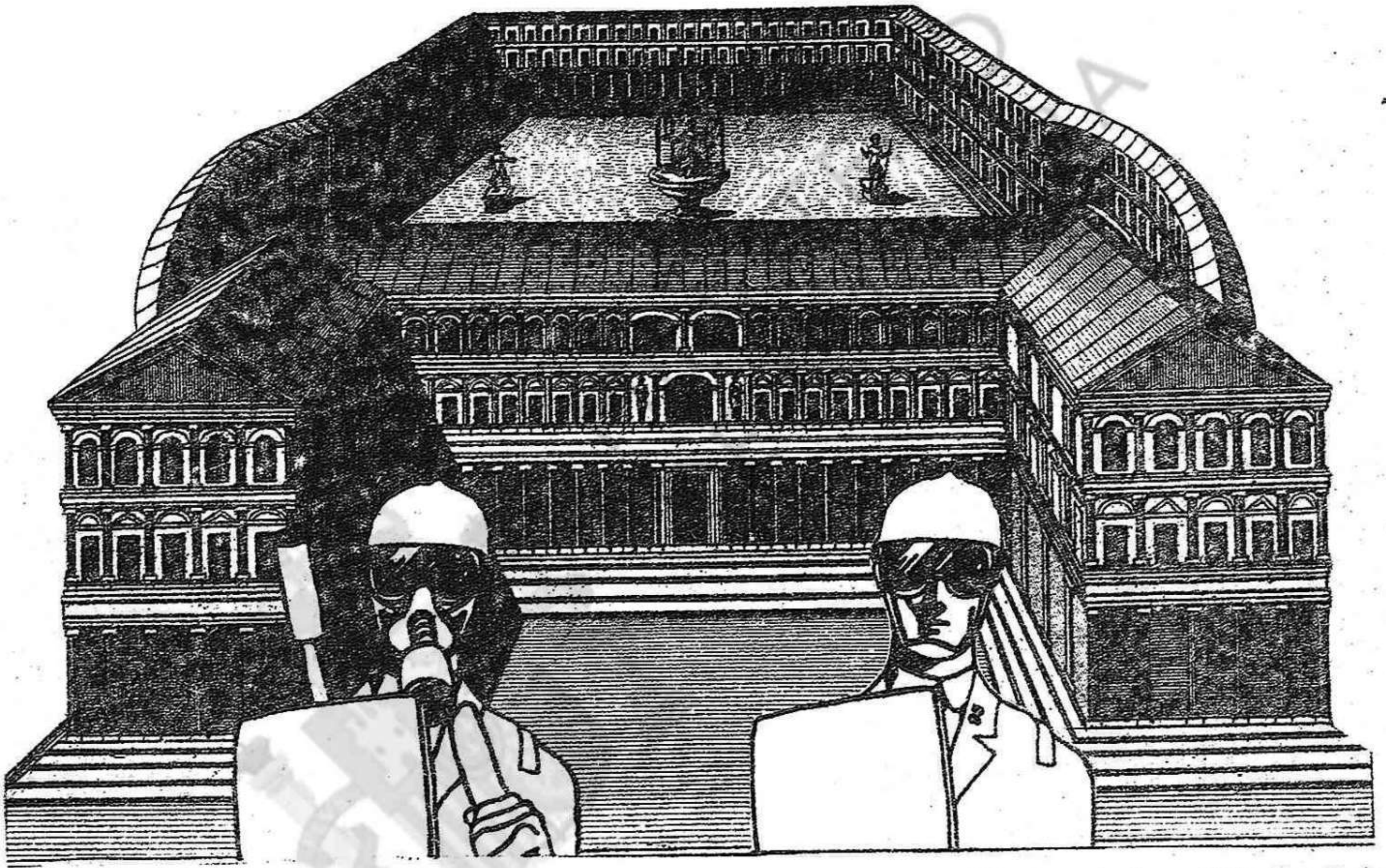
obrero.

En suma, pues, la Universidad refleja también la crisis de adaptación de la sociedad capitalista moderna a las condiciones de división del trabajo impuestas por la revolución tecnológica en curso.

3. Hasta ahora se ha hecho referencia al marco más general en que se mueve la Universidad. Esta, no obstante, está sufriendo en España un acoso mucho más concreto. Está siendo ocupada militarmente casi por sistema. La represión, que había diezmado bajo múltiples formas a varias generaciones de dirigentes, ha tomado últimamente un cariz mucho más severo. Se trata de la ocupación sistemática, de la represión de masas, de la perturbación permanente del orden académico, de las represalias incluso contra profesores.. Hace un si-

Nuestra alta burguesía no ha sido, pues, capaz de rodear su dominación de un manto de instituciones legitimadoras integradoras. Las instituciones políticas, corporativas, sindicales, son cáscaras vacías, incapaces de integrar masas. Son instrumento de control político o de virreinato económico, y caldo de cultivo para la corrupción. El intento integrador del Opus Dei, sobre una base desarrollista y tecnocrática no ha podido ser más que un cambio de fachada, que ha llegado, además, en muy mal momento, al coincidir con una crisis ideológica sin precedentes en los países capitalistas desarrollados.

Sin capacidad hegemónica, la burguesía monopolista no tiene más recurso que la fuerza. Lo que para toda dominación de clase es la *última ratio*



glo la Instrucción Pública en España dependía del Ministerio de Gobernación; pero aquélla era una dependencia meramente formal: hoy en cambio va siendo cada vez más real. ¿Estamos acaso ante el «final de la universidad» como dice una hoja de los estudiantes comunistas de Madrid?

Desde el punto de vista de la significatividad de tales hechos, puede decirse que *la universidad ocupada es el símbolo de un país ocupado*, de un país donde el estado de excepción es la regla. La sociedad española es una sociedad que la oligarquía no ha podido ni ha sabido vertebrar. La deficiente base productiva del capitalismo español no ha dejado grandes posibilidades de integración del pueblo. El capital monopolista sólo ha podido dar continuidad a su dominación por la guerra civil y un régimen terrorista.

en España es también la *ratio inmediata*. Las Fuerzas Armadas y las fuerzas represivas en general son, como se dice, «espinas dorsales de la Nación». La manipulación de las fuerzas armadas en beneficio propio es la perspectiva política casi inevitable que se le ofrece a la oligarquía española. Este es un dato esencial que debe presidir toda alternativa política democrática, y que la universidad también —en forma escasamente cifrada— nos revela.

No obstante, la militarización de la universidad no es mera ejemplificación de la incapacidad hegemónica de la gran burguesía española. Es también un resultado de la radicalización política e ideológica que ha ido asumiendo el movimiento estudiantil y que lo hace cada día más irrecuperable para el sistema.

4. Por esa complejidad de dimensiones que posee la vida universitaria, es lógico que la vanguardia política estudiantil se oriente a una síntesis que permita asumir todas las problemáticas y enriquecerlas unas con otras. De hecho el movimiento estudiantil posee ya la característica de la «multirreactividad», como se ha dicho, es decir, la capacidad de reaccionar ante una gran variedad de estímulos. Contra los expedientes a compañeros y contra las bases yanquis, contra los sindicatos fascistas y por una universidad no clasista, en solidaridad con la clase obrera y contra profesores incompetentes. La lista sería muy larga.

Sin embargo, para definir su trayectoria a largo plazo, es preciso tener claridad acerca del papel respectivo que unas y otras dimensiones desempeñan en su crecimiento y desarrollo.

La función político-ideológica de las fuerzas de la revolución socialista, aunque halla una sólida base en la universidad, no se asienta principalmente en ella. La intelectualidad orgánica de la clase obrera y de las fuerzas populares surge en gran parte del propio seno de éstas, de los dirigentes obreros, sindicales o políticos, y se unifica —recogiendo una gran diversidad de aportaciones teóricas y políticas— en el partido de vanguardia. La articulación de la función político-ideológica orgánicamente ligada a la lucha del proletariado y de las fuerzas progresistas es el resultado de una complicada dialéctica en la que la universidad desempeña un papel sólo parcial.

Tampoco las batallas políticas inmediatas, enfiladas hoy contra la represión y la dictadura franquista, pueden constituir el eje del movimiento estudiantil. Un movimiento como el estudiantil no puede definirse por las dimensiones tácticas de la lucha sin caer en una estrechez tacticista, lo cual no excluye que estas dimensiones puedan llegar a ocupar el primer plano de la lucha en momentos de crisis política. Toda la experiencia española de los últimos años es una prueba impresionante del enorme potencial agitatorio del medio estudiantil, que lo sitúa —junto con la clase obrera— en el proscenio de la política del país. Pero este aspecto, pese a su importancia irrenunciable y pese a que es el camino más frecuente de politización de los estudiantes, no es el eje estratégico del movimiento estudiantil.

El eje del movimiento estudiantil sólo puede venir definido por las coordenadas específicas en que se desenvuelve el estudiante. Sus problemas propios son, como estudiante, *la organización y el sentido de la enseñanza superior* y, como futuro profesional, *la organización y el sentido del trabajo intelectual en la sociedad*. El movimiento estudiantil tiene ahí una responsabilidad propia, sin excluir que comporta con otros movimientos las responsabilidades genéricas de luchar en la denuncia ideológica de la opresión y en el combate práctico —táctico— de cada día. Lo que nadie puede hacer en lugar del universitario es reflexionar sobre los problemas propios de la enseñanza y de la organización del trabajo profesional, desvelar las contra-

diciones específicas de estos campos y buscar soluciones acordes con una inspiración moral y política socialista.

Desarrollar el movimiento estudiantil de masas *en torno a este eje propio* es una condición necesaria para dar solidez a la lucha de la juventud universitaria, para abrirle unas perspectivas de inserción en la actividad social en condiciones de madurez. Así se puede incluso superar las vacilaciones derivadas de la provisionalidad de la condición del estudiante. Naturalmente, un proyecto así sólo puede concebirse presuponiendo una colaboración estrecha con los movimientos progresistas de las ramas profesionales correspondientes y con el profesorado progresista de cada facultad.

No se trata de encerrar a los estudiantes y profesionales en el marco estrecho de un corporativismo disfrazado de autonomía de cuerpo. Los problemas de la sanidad no sólo deben ser resueltos por los médicos y los estudiantes y profesores de las facultades de Medicina: todos los ciudadanos deben participar en su solución, a través de instituciones representativas. Lo mismo cabe decir de la enseñanza, del urbanismo, de la planificación económica, etc. De lo que se trata es de atribuir el papel propio que les corresponde a los profesionales y a los estudiantes en la elaboración de planes alternativos.

La existencia de este eje no excluye la lucha en los otros frentes. Más bien la presupone. Sería del todo incoherente plantearse una nueva inserción de la enseñanza en la sociedad sin plantearse al mismo tiempo los problemas generales de la transición al socialismo. Y también sin plantearse las condiciones *prácticas* de esta transición, es decir, sin plantearse hoy las tareas inmediatas de luchar contra la represión y la dictadura. No se trata de suplantarse unas tareas por otras, sino de hallar su síntesis, pero su *síntesis articulada*.

El éxito de esta perspectiva es esencial para lograr penetrar en todos los mecanismos de la sociedad civil, es decir para este empeño de dominio social que Rudi Dutschke define así: «Una dialéctica revolucionaria de las transiciones correctas debe considerar la *«larga marcha a través de las instituciones»* como una actividad práctico-crítica que se extienda a todos los ámbitos de la vida social, para profundizar de manera subversiva-crítica las contradicciones propias de todas las instituciones que participan en la organización de la vida social cotidiana».

Ernest MARTI

NOTA

(1) «Les forces de la cultura sota el capitalisme monopolista d'estat», en *Nous Horizons*, n° 21, cuarto trimestre de 1970.

EL SOCIALISMO ETAPA DE TRANSICION

diego olvega

La historia de los últimos quince años, desde el XX Congreso, independientemente de sus insuficiencias, y ante todo la sacudida de agosto del 68, que vió la intervención en Checoslovaquia, las tensiones chino-soviéticas, y otros avatares de menor relieve, por fuerza habían de suscitar profunda zozobra política y no menos dramáticos interrogantes. Las cuestiones se han acumulado, superpuesto y, conforme pasaba el tiempo adquirirían más marcado relieve (piénsese en la diferencia de grado que ha mediado entre la crisis checoslovaca y la última de Polonia); todo lo cual no podía no introducir una salutar turbación y dudas en los destacamentos más sensibles del movimiento comunista internacional. Un debate, surgido en ese turbio horizonte, ha tenido lugar en el seno del Partido Comunista Italiano, y en su curso se ha abordado una problemática profunda, no coyuntural, de interés obvio. Nos referimos a la discusión que se desarrolló en las páginas de la revista Rinascita, a partir de Octubre del 69, en torno a la esencia misma de la «sociedad socialista».

En un artículo allí aparecido Lucio Colletti había planteado la cuestión preguntándose dónde se encontraba el problema esencial a que el movimiento comunista tenía que dar respuesta, e indicaba que no era la afirmación de la autonomía de cada partido, ni el pluralismo de vías, estrategias y experiencias, sino la afirmación teórica y práctica del nexo profundo existente entre **socialismo y democracia**. Para Colletti era la dimensión democrática del socialismo lo que había que traer a primer plano, tanto en la reflexión teórica como en la acción; era la **democracia socialista** lo que constituía el objetivo central a cubrir; democracia socialista, añadimos por nuestra parte, que no es sólo el horizonte hacia el que deben tender los esfuerzos de aquellos partidos que están ya en el poder, sino el eje en que se afiance la estrategia revolucionaria de los que combaten en la oposición.

Es hasta cierto punto sorprendente que tal problemática tenga que suscitarse, pues si el socialismo no implica **democracia profunda** ¿qué puede entonces significar? y no obstante, las sinuosidades del proceso histórico han hecho que tal principio se nos convierta en problema.

Colletti abría así un debate que, luego, iba a profundizarse. En efecto, Tortorella contestaba después intentando

mostrar el nexo que existe entre los principios (el de autonomía y el democrático) que Colletti había jerarquizado; autonomía y diversidad de experiencias y vías, indicaba Tortorella, son principios de primordial importancia, ya que, por un lado, implican que la lucha por el socialismo debe enraizarse en el tejido concreto nacional; mediación nacional de un proyecto internacionalista (ya Marx había aludido a ella en el Manifiesto Comunista) que precisamente en su día permitió elaborar la teoría del «eslabón más débil», haciendo posible la ruptura de la totalidad capitalista mundial en uno de sus sectores; que, por otro lado —como ya pudo observarse en la práctica leninista— implicaba la condena del «modelo único» y que, por ende, permitía asimilar, como elementos integrantes de la construcción socialista, las mil diversas formas de poder, de presencia activa de las masas, sedimentadas en la historia de cada comunidad nacional. Según Tortorella no es pues posible separar esas exigencias: autonomía y diversidad de vías y experiencias son condiciones de la democracia socialista que es preciso construir. Fue poco después cuando dos artículos, uno de Longo y otro de Guerratana, sobrepasaron el plano en que se desarrollaba hasta entonces la discusión, y suscitaron una problemática de mayor alcance.

El primero establecía un nexo profundo entre momento nacional y dimensión democrática, ya que ésta es impensable si la experiencia socialista, como lucha y como construcción, no surge de las tensiones y aspiraciones concretas, diversamente matizadas, de la comunidad nacional. Quiérase o no, el desarrollo histórico ha configurado esas entidades nacionales preñadas de particularismos, y es con éstos y a partir de ellos como las masas profundas evolucionan y avanzan en la construcción revolucionaria. Dicho esto queda no obstante por analizar más profundamente la esencia de ese momento democrático, y es al hacerlo cuando se abren las perspectivas teóricas que son el centro de gravedad de estas páginas.

SOCIALISMO Y DEMOCRACIA

Socialismo y gestión democrática se condicionaban ya en la fórmula leninista «la electrificación del país más el poder de los soviets», en la que éstos aparecían como órganos de un poder mucho más cercano y transparente a la voluntad de las masas que cualquier

otro de los legados por la historia: órganos de poder de un Estado que, aunque separado y distinto de la sociedad civil, se incrusta sin embargo en su tejido, iniciándose ese proceso de «extinción» que es inherente al poder proletario. Perspectivas que ya encontramos en los fundadores del socialismo científico, para quienes incluso el Estado proletario debe encontrarse encuadrado y controlado por una participación activa de las masas que les cierre el paso a las tendencias autoritario-burocráticas que cualquier aparato de Estado tiende a engendrar por su simple separación respecto de la sociedad civil:

«La Comuna, escribe Marx, hizo reconocer de golpe que la clase obrera, una vez en el poder, no podía seguir administrando la vieja máquina del Estado; para no perder de nuevo el poder que acababa de conquistar, esta clase debía eliminar la vieja máquina de opresión, hasta entonces utilizada contra ella; pero también tenía que asegurarse contra sus propios representantes y funcionarios, proclamándolos en todo momento y sin excepción revocables» (K. Marx, «La Guerre Civile en France», Oeuvres Choisies, I, p. 512).

Y esto es así porque:

«en realidad el Estado no es sino un instrumento de opresión de una clase por otra... y lo menos que puede decirse es que se trata de un mal que el proletariado victorioso hereda y del que, como la Comuna, tendrá que corroer inmediatamente los aspectos más nocivos» (ibid. 514).

Ideas que más tarde había de profundizar Lenin en «El Estado y la Revolución»; por eso no es necesario hilvanar las citas: socialismo implica, sin lugar a dudas, profundización de la democracia.

Ahora bien, es innegable que en la etapa socialista se conoce aún la separación Estado-sociedad civil y, por ello, las limitaciones de su dimensión democrática; en ese sentido la sociedad socialista no puede entenderse ni definirse más que como «etapa de transición» en la que no se han logrado los objetivos más profundos a que tiende todo el proceso revolucionario.

La noción del socialismo «etapa de transición», pese a su apariencia, a primera vista abstracta, ofrece una sólida base para más amplios análisis. Por un lado, en efecto, al afirmar que se trata de una etapa de transición se apunta la pervivencia en su seno de contradicciones profundas que prolongan —aunque en nuevas formas— algunas de las que conocía la sociedad capitalista, y entre ellas esa separación Estado-sociedad civil, causa de que no pueda realizarse aún la «más amplia libertad» o el control directo, y sin

pantallas, de la vida social y política por parte de las masas trabajadoras. Contradicción Estado-sociedad que debe ser reconocida y tratada en forma adecuada, es decir controlada y contrarrestada por la reactivación política de las masas y por la instauración de centros de poder que frenen las tendencias a la autodeterminación del Estado separado. Por otro lado la presencia de esa contradicción, como muy bien ha afirmado Longo, indica que la sociedad socialista no se define sólo por las «relaciones económicas, la propiedad colectiva de los medios de producción»; y la presencia de esa contradicción, si no se niega ideológicamente, indica que en el curso de la construcción del socialismo debe prestarse el máximo de atención a las FORMAS en que se articula el poder, la relación Estado-fuerzas dirigentes-masas: las FORMAS en que se realiza la libertad.

En este orden de cosas son de importancia las observaciones que, con posterioridad, hizo Guerratana: que la auténtica alternativa al capitalismo no es esa sociedad de transición sino el comunismo, como formación social en que se ha realizado la auténtica socialización de todos los aspectos de la vida social, junto con la más profunda democratización de la misma, y la abolición, incluso de la democracia, como indicó Lenin en «El Estado y la Revolución».

El socialismo, como etapa de transición, comporta una serie de notas que deben ser individualizadas; en primer lugar, como recordaba Tortorella, su **poliformismo** que excluye el modelo único, en tanto que conformado por la estructura anterior de que surge; en segundo lugar el **dinamismo**: sociedad de transición que no tiene otro equilibrio ni otra razón de ser que el preparar el paso a la sociedad comunista, verdadero horizonte y objetivo del movimiento de conjunto. El socialismo aparece pues como una estructura social que se encuentra aún grávida de contradicciones y como teniendo su centro fuera de ella, en el comunismo, lo que implica la necesidad de que la clase revolucionaria y su vanguardia conserven y ejerzan su potencia de impugnación, su empuje, para avanzar en la liquidación progresiva de las trabas y alienaciones que subsisten.

Es precisamente en este contexto donde cobran plena significación las reflexiones de Lenin en su polémica con Bujarin: «La expresión república socialista soviética significa que el poder de los soviets está decidido a realizar el paso al socialismo, pero no que se reconozcan como socialistas los nuevos ordenamientos económicos». Una primera consecuencia, y de peso, se desprende de todas estas consideraciones: **la posición que el partido debe ocupar en ese nuevo ordenamiento. En tanto que vanguardia de la revolución en manera**

alguna debe ni puede confundirse —ni orgánica ni políticamente— con el Estado; por el contrario, fuera del área que éste ocupa, tiene que insertarse en las masas proponiendo los objetivos lejanos de la acción revolucionaria, combatiendo los elementos y estructuras que, sedimentándose, tienden a estabilizar el todo social, a fijarlo y detener su ulterior transformación. El Partido no puede convertirse en el administrador de lo existente, sino en **coordinadores revolucionarios que tiendan a resolver las contradicciones inherentes al período de transición.** Por su colocación en ese todo social, ligado a las masas, el Partido no puede ejercer su dirección ni por los canales ni desde las posiciones del poder del Estado, de la administración; el Partido es vanguardia, no porque dispone del poder de Estado y se confunde con éste, sino porque representa, en forma coherente, las aspiraciones y voluntad de esa sociedad civil que tiende a emanciparse cada vez más profunda y radicalmente.

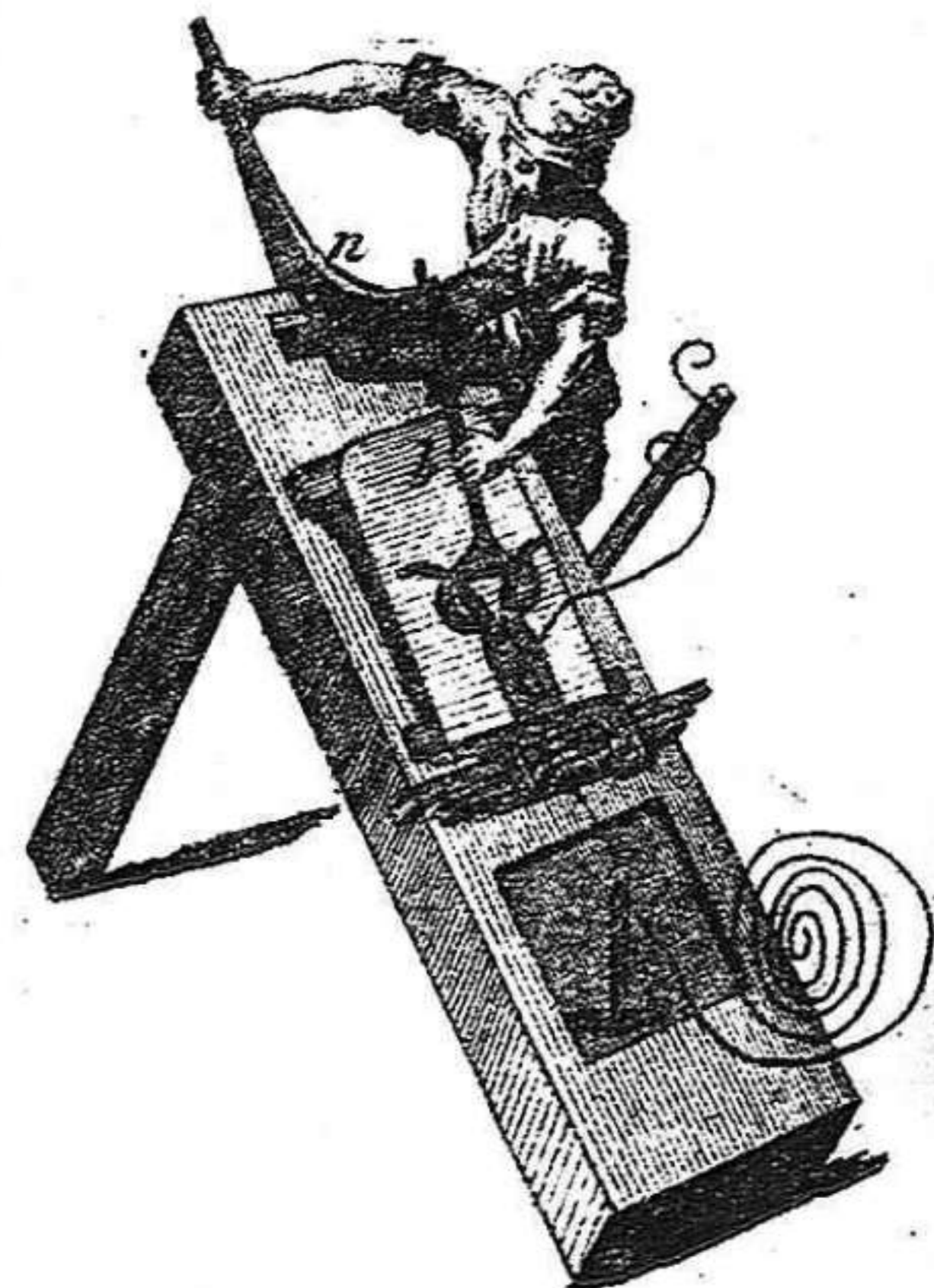
Todos estos análisis nos llevan a la visión de una sociedad socialista dinámica y pluralista. Dinámica porque, como sociedad de transición, su sentido lo tiene fuera de sí: en el avance hacia la sociedad comunista con los consiguientes procesos de extinción del Estado y el poder. Pluralista porque atravesada por las contradicciones que le son inherentes, éstas deben encontrar un **espacio político de expresión.** Y todo ello dentro de la más estricta fidelidad al pensamiento de Lenin; en efecto, pocos meses después de haber tomado el poder publicaba su subversivo «El Estado y la Revolución», donde la polémica con el kautskismo no estribaba sólo en una simple y abstracta afirmación de la necesaria demolición del estado burgués, sino en reivindicar la construcción de un nuevo «cuyo primer acto en tanto que representante de toda la sociedad —la apropiación de los medios de producción en nombre de la sociedad— es al mismo tiempo su último acto en tanto que Estado» (Engels, citado por Lenin en el curso de su argumentación); y si Lenin veía en el Estado proletario «un poder especial de opresión» ejercido por el proletariado, no olvidaba que su dinámica interna le conducía a ponerse inmediatamente en «extinción», como destinado a desaparecer porque, añadía: «todo estado es un poder especial de opresión... y por consiguiente nunca es enteramente libre ni popular».

El proyecto revolucionario marxista implica, sí, el paso por esa etapa de transición, pero no la desliga nunca del movimiento de conjunto sino que la entiende como avance hacia su **negación en el comunismo.**

«La justicia y la igualdad no pueden realizarse en la primera fase del comunismo... subsistirán las diferencias en cuanto a la riqueza, diferen-

cias injustas... la distribución se hará según el trabajo, no según las necesidades, porque la calidad misma del trabajo será desigual fatalmente... Además el Estado no habrá desaparecido y continuará protegiéndose el derecho burgués que consagra la desigualdad».

Conciencia clara y enumeración lúcida de las contradicciones inherentes a la primera fase del comunismo que más tarde, en las discusiones de 1921, le llevarán a Lenin a indicar que el Partido debe ejercer su dirección a través de los soviets, es decir en una aguda lucha, ampliamente democrática, en el seno de las masas, conquistando el derecho a la hegemonía; y también que los sindicatos tendrán que «defender los intereses materiales y morales de los obreros frente a su propio estado». Problemática, como podrá observarse, que nada tiene de académica ni abstracta, que es eminentemente política, actual, urgente y que debe ser centro de nuestra reflexión y eje de nuestra práctica, con el fin de elaborar una estrategia revolucionaria que responda a las aspiraciones de las más amplias masas.



Inédito de TOGLIATTI

presentación: S. Carrillo

Publicamos, precedida de una presentación de Santiago Carrillo, una carta escrita por Palmiro Togliatti a Dolores Ibárruri y a los demás miembros del Buró Político del P.C. de España en los últimos días de la República española. Ambos textos han sido publicados por vez primera en *Rinascita*, n° 25, del 18 de junio de 1971.

El lector italiano conoce bien el papel de Palmiro Togliatti, como representante de la Internacional Comunista ante el Partido español, durante los años de la guerra nacional revolucionaria contra el fascismo.

La carta que se publica ahora está escrita en las circunstancias más dramáticas de esa guerra, en el momento de la derrota, cuando el coronel Casado ha dado su golpe de Estado contra el gobierno de Frente Popular presidido por Negrín y ha desencadenado una feroz represión contra los comunistas y la Juventud Socialista Unificada.

El texto de Togliatti ilustra claramente los últimos momentos de la guerra. La Junta casadista consigue imponerse por unas semanas aprovechando dos factores determinantes en aquella situación: 1°. El cansancio de las masas populares, luego de tres años de lucha, agravado por los efectos morales del tratado de Munich, la traición continuada de las llamadas democracias y el aislamiento internacional de la República, el fortalecimiento descarado de la intervención hitlero-fascista y la pérdida de Cataluña.

2° La abrumadora superioridad militar de los franquistas que impide utilizar las tropas del frente republicano para dominar la sublevación. De hecho, la victoria de la Junta se apoya mucho más que en su propia fuerza en la fuerza militar franquista que envuelve las últimas posiciones de la República.

Mientras había alguna perspectiva de victoria, el Partido Comunista, con el apoyo de las masas, lograba superar las contradicciones internas del Frente Popular, aislando a los derrotistas. Cuando las perspectivas de victoria se esfuman, agrávanse las contradicciones en el seno del Frente Popular hasta determinar su estallido y con él, la finalización de la resistencia.

No obstante los análisis «izquierdistas» de aquel período, la guerra nacional revolucionaria contra la sublevación y la invasión hitlero-fascista, la prolongada resistencia armada del pueblo español sólo fue posible por la existencia del Frente Popular. En aquellas condiciones la única posibilidad de victoria residía en el fortalecimiento del Frente Popular e incluso en la ampliación de su contenido nacional. La República sólo contaba entonces con el apoyo eficaz de la Unión Soviética y con la simpatía de la opinión obrera y democrática mundial; pero entre el primer país socialista y nuestras fronteras se interponían los Estados capitalistas de Europa, adversos a nosotros, que obstaculizaban eficazmente la llegada de material militar. Sólo la creación del más amplio frente de fuerzas nacionales podía permitirnos en esa coyuntura resistir y darnos una posibilidad de victoria.

En estos años la lucha del Vietnam y de los pueblos de Indochina contra la agresión yanqui y los fantoches de Saigón viene a confirmar nuestra experiencia. Teniendo detrás al régimen socialista del Vietnam del Norte, una larga frontera amiga con la República Popular China y una comunicación libre con la Unión Soviética y los países socialistas, la lucha de los pueblos del Vietnam del Sur, de Laos y Camboya, que no están aislados y cercados por Estados imperialistas como lo estaba la República española, presenta un claro carácter nacional revolucionario y la encabezan amplios frentes nacionales.

En las condiciones de España, entonces, una revolución socialista hubiera equivalido a la dictadura del Partido Comunista, no sólo contra los partidos burgueses del Frente Popular, sino contra socialistas y anarquistas, que disponían de gran influencia entre las masas trabajadoras. Hubiera acarreado la derrota y la catástrofe en pocos días o semanas; derrota y catástrofe que hubieran entrañado el fracaso histórico del Partido Comunista como tal.

La carta de Togliatti muestra precisamente los límites en que se movía nuestro Partido, límites aún más estrechados y reducidos tras el golpe de Casado:

«En esta situación —dice Togliatti— hemos pensado que el error más grave que el P. podía cometer era el de capitular

ante la ofensiva de sus adversarios, dejándose decapitar, aislar, encerrar en la ilegalidad. Por otro lado descartamos la posibilidad de dar un golpe de fuerza, echar abajo la Junta y tomar el poder. Esto por los motivos siguientes: podríamos tener éxito sólo a condición de sacar del frente unos Cuerpos de Ejército, es decir, abrir el frente al enemigo, lo que nunca podríamos hacer por motivos evidentes... En fin, nos faltaría también el apoyo de las masas... es decir que podríamos tener la retaguardia sólo a condición de medidas de terror, fusilamientos en masa de dirigentes de otros partidos, etc... Por un tal golpe de fuerza no tendríamos, prácticamente, ningún aliado y recaería sobre nosotros la responsabilidad de haber terminado la guerra con el caos más sangriento que se pueda imaginar...»

Togliatti explica que el Partido en Madrid ha tenido que lanzarse a la lucha armada contra la Junta para defenderse de la represión; pero muestra también los límites de esa lucha: imposibilidad de retirar tropas del frente porque eso significaría abrirlo a los fascistas, cansancio e incompreensión de los soldados y el pueblo.

El golpe de Casado, bajo el pretexto de lograr una «paz honrosa», conduce a una trágica capitulación; no podía ser de otro modo. La declaración de guerra al P.C.E. provoca el caos en el territorio republicano; Franco no necesitaba negociar un «acuerdo» cuando de hecho le ofrecían la victoria en bandeja de oro.

La situación del Partido, de sus organizaciones y dirigentes en el momento del golpe es verdaderamente crítica. Muchos camaradas son detenidos y «paseados» (1) como refiere Togliatti. El gobierno Negrín ha perdido ya antes los resortes del poder. Los altos jefes militares con mando directo de fuerzas han dejado prácticamente de obedecerle: Miaja, Casado, Menéndez, Matallana...; los partidos, con la excepción de los comunistas y la J.S.U., le dan un apoyo puramente formal y parte de ellos participa activamente en el complot; el SIM, la policía, han sido profundamente penetrados por derrotistas o vacilantes. Cuando se produce el golpe el Gobierno está aislado. El juicio de Togliatti sobre Negrín, sospechando de su complicidad, es seguramente demasiado severo y el Partido no lo mantuvo posteriormente. Pero sí parece fuera de dudas que Negrín recibiera el golpe de Casado con cierto alivio, no sabiendo bien qué hacer en la situación en que se encontraba.

El golpe sorprende al núcleo fundamental de la dirección del Partido reunido en Elda, con algunos de los jefes militares comunistas más destacados. Por lo que yo sé, se trataba de conseguir que el gobierno tomase medidas de resistencia que permitieran, cuando menos, conseguir un respiro para organizar la evacuación de las fuerzas militares y de los cuadros políticos y sindicales. En último extremo esa evacuación abría la posibilidad de conservar las fuerzas para continuar la lucha posteriormente, en las condiciones diferentes que iban a crearse. Y permitiría ganar tiempo para una implantación de bases destinadas al trabajo clandestino posterior.

Al precipitarse los acontecimientos, ese núcleo de la dirección del Partido se encuentra rápidamente cercado por las fuerzas del SIM y de Asalto, obedientes a la Junta. En esas condiciones, ante el peligro de detención y de entrega a Franco, se acuerda que salgan hacia África los dirigentes más conocidos y los jefes militares y que quede otro grupo de dirigentes para tratar de salir del cerco, a fin de ponerse en contacto con los miembros del Buró Político y del Comité Central que se encuentran en diferentes lugares de la zona Centro-Sur, y de realizar las tareas que Togliatti explica en su carta.

Togliatti impone su permanencia entre los que quedan. Posee autoridad para ello, como delegado de la I.C.; no es conocido físicamente y además tiene en su poder un pasaporte de periodista francés. Como él mismo explica, apenas han salido por avión los otros camaradas, el grupo que queda en Elda —Togliatti, Checa y Claudín— es detenido por el SIM que no tiene una idea muy clara de la importancia de su captura. El jefe del grupo del SIM es no un socialista, sino un antiguo dirigente de las juventudes republicanas, Sayagués, amigo de Claudín, desmoralizado pero honesto personalmente, que no quiere ensuciarse las manos y termina poniéndoles en libertad, aunque en condiciones extraordinariamente difíciles para moverse. Sayagués ignora en ese momento la personalidad de Togliatti.

En esa situación, como todo a lo largo de la guerra, Togliatti muestra su impavidez y su coraje físico. La carta es una prueba. Está escrita unos días antes de que las tropas franquistas, rotos los frentes por la traición y la desbandada casadista, ocupen todo el territorio republicano, comprendida Valencia, donde él se encuentra. Su valoración de la situación es

indudablemente realista pues la primera hipótesis sobre el desarrollo de los acontecimientos, la hipótesis que él considera más probable, es la que se realiza:

«Inicio de la ofensiva enemiga, derrumbamiento de uno o de dos frentes. Si esto se produce antes que hayamos podido reorganizar la dirección política del país, será en todo el país el pánico y el chaqueteo general, empezando por los miembros de la Junta. Intentaremos, en este caso, apoyados en el Ejército, mantener un poco de orden en alguna provincia, para permitir, si posible, una evacuación más o menos ordenada de cuadros, etc. (si tendremos los medios)».

Así sucedió en líneas generales, aunque la evacuación fué limitada por la ausencia de barcos, impedidos de acercarse a puerto español por la flota fascista, cuando el mando de la marina republicana, que podía haber defendido la evacuación, se refugió precipitadamente en Bizerta, participando de ese «chaqueteo general» que Togliatti preveía.

Al lado de esa primera hipótesis, que fué la que se realizó, Togliatti expone otras dos, menos probables. Un hombre de juicio tan realista y frío como él, denota, al exponerlas, una dosis de optimismo, que animaba a los comunistas de optimismo, que a la distancia histórica de hoy puede parecer desmesurada. Pero sin esa dosis de optimismo que animaba a los comunistas españoles y a los combatientes republicanos es difícil concebir una resistencia armada tan prolongada en las condiciones internacionales en que tuvo lugar la guerra de España.

Al formular la última hipótesis, «la menos probable», Togliatti propone a los miembros de la dirección del Partido, que hay en el extranjero «intensificar con todos los medios el trabajo en la retaguardia facciosa». Entre esa sugestión y el fin de la guerra hay, desgraciadamente, un plazo de pocos días. Se ha hablado mucho, en las críticas posteriores a la guerra, de la debilidad del trabajo en la zona facciosa. Y en esa crítica hay, probablemente, una dosis de razón; pero mucho menor de lo que superficialmente puede parecer.

Yo estoy convencido de que es poco realista la idea de los que creen en la posibilidad de haber organizado un fuerte movimiento guerrillero en la retaguardia de Franco. Si al principio de la sublevación hubo grupos de militantes antifranquistas que se fueron al monte en las zonas ocupadas por el enemigo —parti-

cularmente en Andalucía— estos grupos, en general, buscaron abrirse camino hacia la zona republicana, uniéndose a las milicias populares. En ese período, en el que la organización no brillaba por su presencia, cuando la urgencia de poner en pie batallones de milicias que hicieran frente al ataque enemigo y le contuvieran era un problema de vida o muerte, la llegada de esos núcleos de combatientes que cruzaban las líneas era bien recibida, y según llegaban eran reagrupados y lanzados al combate, a cubrir unos u otros huecos.

De otra parte, en la zona facciosa el terror más salvaje segó desde los primeros días decenas de miles de vidas de los hombres que hubieran podido encabezar o formar los núcleos de resistencia.

Un movimiento guerrillero potente hubiera tenido que apoyarse en las masas campesinas. Pero lo cierto es que en las zonas ocupadas desde el principio por los sublevados las masas campesinas estaban fuertemente influidas por la Iglesia y por la derecha, que entonces se confundían. En las provincias de Castilla y del reino de León, de Galicia y Navarra las masas campesinas eran en su gran mayoría hostiles a la República y a las fuerzas de izquierda. En el País Vasco, Santander y Asturias, que estuvieron en manos de la República al principio, tampoco el campo era entonces de izquierda.

Se hubiera podido, probablemente, hacer más de lo que se hizo si en el gobierno hubiese habido una composición más clara. El Partido por su parte intentó hacer algo, creando el XIV Cuerpo de guerrilleros, que tuvo una actividad heroica, pero que pese a su heroísmo conservó siempre su asiento en zona republicana, a partir de la cual lanzaba sus operaciones en la retaguardia enemiga.

El movimiento guerrillero que se desarrolló posteriormente en el período de la segunda guerra mundial, en otra fase, surgía ya sobre la base de la experiencia combatiente adquirida en la guerra y fué reforzado por numerosos cuadros entrenados en la lucha guerrillera en Francia y la Unión Soviética durante la segunda guerra mundial. Pero esa experiencia no existía en el período del 36-39.

«La perspectiva con que trabajamos no es tan mala como se podría imaginar», escribe Togliatti en esta carta. A decir verdad, en ese momento, mientras Togliatti y los camaradas reunidos en torno a él y a Pedro Checa, tratan de dar la vuelta a la situación, la perspectiva difícilmente podía ser otra peor. El golpe de

Casado había quebrado toda posibilidad de mantener la resistencia republicana, precipitando a las masas en la confusión y en la idea de la inutilidad de prolongar los sacrificios de la lucha. Las masas aspiraban a toda costa a la paz. Pero la paz era imposible. La «paz» que ofrecían los fascistas era la derrota y el terror. No quedaba ninguna otra posibilidad que salvar del terror a la mayor cantidad posible de hombres y mujeres, resistiendo para hacer posible una evacuación de masa. Sin la traición de Casado, sin la desunión del Frente Popular, hubieran podido salir de la zona Centro-Sur 600.000, 800.000, quizás un millón de combatientes. Y hubieran salido unidos y no reñidos. Eso hubiera representado una fuerza enorme que en el curso de los acontecimientos siguientes —la segunda guerra mundial— hubiera podido desempeñar un papel decisivo para la recuperación de la República.

La hipótesis expuesta posteriormente por ciertos comentaristas de que en caso de mantener la unidad, la resistencia republicana hubiese podido prolongarse hasta el comienzo de la guerra mundial es muy problemática, pues para iniciar ésta los hitlerianos necesitaban terminar previamente con las hostilidades en España.

El pueblo español aprendió muy pronto, tras la victoria del fascismo, que el Partido Comunista tenía razón al negar toda posibilidad de paz con Franco. Los días trágicos de la Junta que Togliatti vivió hasta el final, y la actitud del P.C.E. durante ellos, han dejado al pueblo español una imagen del Partido que ha contribuido decisivamente al mantenimiento de éste, bajo el terror sangriento, y a su papel actual como una de las fuerza decisivas del presente y el futuro de España.

Togliatti y Checa se proponían aprovechar el tiempo que quedaba para montar también un aparato clandestino, con vistas a la ilegalidad que se echaba encima. Pudieron hacer poco. Yo no conozco los detalles del trabajo en el interior en ese primer período. Pero sé que el grupo dirigente que estaba en Francia en 1939 tenía contacto con el país, que iban y venían enlaces, que se salvó en esos meses a una serie de camaradas que habían quedado en el interior, como Cristóbal Herrandonea, Larrañaga y Rozas —éstos dos últimos caídos más tarde, en la clandestinidad, tras haber vuelto al interior—. Aunque sea fácil, a posteriori, criticar la imprevisión que pudo haber durante la guerra en cuanto a preparar bases para la clandestinidad en caso de derrota, hay una diferencia radical entre los planteamientos de laboratorio —sobre todo treinta años después— y las realidades de la clandestinidad. Yo no conozco

el caso de ningún Partido que en período de legalidad haya montado un aparato y una organización clandestinos capaces de resistir indemnes el cambio brutal que representa pasar del poder, con todos los medios y posibilidades, a ser objeto de la más cruel persecución. La realidad muestra que el aparato y la organización clandestina son un constante hacer y deshacer; que no pueden ser inventados a priori, mientras no surgen en la realidad las condiciones de su actuación y se destacan los hombres verdaderamente aptos y las condiciones no figuradas, sino reales, para su funcionamiento. Lo que se puede prever son mínimos puntos de apoyo, que sólo conoce una reducidísima minoría, que a veces en la práctica, al cambiar las circunstancias, al sobrevenir la adversidad, no es la más apta para utilizarlos.

Y pese a esa imprevisión el P.C.E. comenzó a vivir en la clandestinidad al día siguiente de la derrota; y no dejó de existir un solo momento en estos 32 años, no obstante los fusilamientos y represiones. Ello porque el Partido y la Juventud habían educado miles de cuadros y militantes en un espíritu de lucha insobornable, con una amplia capacidad de iniciativa que permitió abordar la nueva situación. En realidad el Partido se había preparado para la clandestinidad no con medidas técnicas, sino forjando los hombres capaces de asumir la nueva situación. Y ese optimismo que se advierte días antes de perder la guerra en la carta de Togliatti, optimismo que puede parecer insensato y quijotesco a los críticos históricos, optimismo en el que hay una fuerte dosis de romanticismo revolucionario, fué uno de los componentes decisivos de la intrepidez con que miles de comunistas se lanzaron a la lucha clandestina.

El nombre de Palmiro Togliatti está profundamente ligado a momentos decisivos de la vida del P.C.E. Alfredo, como le llamábamos entonces los españoles, fue un consejero inestimable; para muchos de nosotros, muy jóvenes e inexperimentados, un verdadero maestro. Se lo permitían su gran talento y cultura, su conocimiento práctico; el hecho de que, siendo italiano, habiendo vivido en su país una experiencia próxima en muchos aspectos a la nuestra, la problemática española de aquella época no era para él nada exótico, lejano, sino algo vecino, inmediato, propio. Hombres como Togliatti, Longo, Vidale y otros han contribuido a enraizar profundamente la amistad y la comunidad actuales entre el Partido italiano y el Partido español.

Santiago CARRILLO

(1) Ejecutados sumariamente.

a la camarada Dolores y demás

miembros del buró político

(1)

Valencia, domingo, 12 de marzo de 1939

¡Queridos amigos!

Siendo hoy el primer día de relativa tranquilidad después de nuestra separación, y presentándose la posibilidad de la salida de un camarada para Francia, preparo estas cuartillas para informaros, lo más exactamente que me será posible de nuestra situación y de la situación general del país.

Creo que ya estáis enterados del hecho que, poco después de nuestra salida del aeródromo, éste fué rodeado por fuerzas de Asalto y del SIM que, sin osar pasar al ataque («para evitar derramamiento de sangre», eso dijo el Jefe del SIM de Alicante, que tenía bastante miedo, desde luego, a nuestros guerrilleros), presenciaron la salida de los tres aparatos. Lo malo es que estas fuerzas nos detuvieron mientras intentábamos tomar la carretera de Murcia sin pasar por controles y nos encerraron en el Ayuntamiento de Monóvar. Por la mañana nos llevaron, detenidos, a Alicante, donde nuestra situación fué, durante todo el día, muy incierta, en la alternativa de una detención larga, de la liberación o de un «paseo». Parece ser que por la noche y el día precedente habrían sido «paseados» algunos camaradas de Alicante y otros detenidos. El local del partido estaba ocupado por la fuerza pública. En fin, logramos convencer al Jefe del SIM (un socialista) que nos pusiera en libertad y nos llevara a Albacete bajo su protección. Nuestro coche, armas, chófer, escolta y escolta de guerrilleros, todo perdido. En Albacete buscamos y encontramos el contacto con Valcarcel que nos procuró habitación en casa de un camarada desconocido, pero Valcarcel mismo y este camarada fueron detenidos a su vez al salir de la casa donde estábamos, y no han aparecido hasta ahora. Nos quedamos otra vez sin ligazón y sin posibilidad de circular y trabajar ya que la situación de Albacete era por lo menos tanto confusa y difícil como la de Alicante, existiendo orden de detención de todos los dirigentes del partido, de todos los mandos y comisarios comunistas, y siendo imposible pasar por los controles y circular por las calles sin documentación especial, concedida por las autoridades «nuevas». Nos sacó de la dificultad un compañero de aviación, que nos llevó en su coche a un pueblo cerca de S. Clemente, provincia de Cuenca, pero nos abandonó a nuestra suerte el día siguiente lo que nos obligó a poner pies en polvorosa para buscar nueva salida a nuestra situación. Finalmente tomamos contacto con Alonso, Mendiola, Ananías, Camacho y demás camaradas de Aviación, pero estos señores, a pesar de tener a su disposición todos los medios posibles y estar en relaciones casi normales con la Junta

de Casado, nos negaron cualquier ayuda, hasta los medios de tirar algunas copias a máquina de una declaración del B.P. que ya teníamos preparado, hasta los cueros que les pedíamos y nos hubieran permitido circular por las calles un poco más fácilmente. Alonso, después de habernos prometido coches y documentación para trasladarnos a la zona de Valencia, nos mandó decir que **podíamos ir andando**. Esto os comunico por si acaso estos señores se presentasen en el extranjero y pidiesen ayuda o recomendación para ir de pilotos a la Unión Soviética, sepáis como tratarlos. ¡Cabrones! Afortunadamente, el viernes, siendo un poco mejor la situación en Albacete, entramos en contacto regular con Martínez y la organización local. Esto nos ha permitido:

1. tener una información más exacta de la situación del país y de algunas organizaciones del partido, así como tomar contacto con algunos camaradas de nuestro aparato y empezar nuestro trabajo;

2. redactar definitivamente una declaración pública del Buró Político (es el documento que lleva el título: «La verdad sobre los acontecimientos de los últimos días»), un llamamiento de la J.S.U., directivas políticas y de organización del B.P. a todas las organizaciones del P. (no tengo copia de ese documento), e directivas políticas y de organización a las organizaciones de la J.S.U. (tampoco); y, por medio de los camaradas de Albacete, enviar copia de estos documentos en todo el país.

El mismo día nos enteramos de que Jesús, después de haber estado en Elda la noche misma de nuestra salida y no habernos podido encontrar (Villa Lolita y la casa de Uribe ya estaban ocupadas por Guardias de Asalto y el pueblo de Elda en mano de una Junta local anarquista), se había retirado, junto con Palan, Uribes, Ortega, Larrañaga, Sosa y otros camaradas, en unas posiciones cerca de Valencia, teniendo a su disposición las fuerzas del XXII C.E., de las cuales se había hecho cargo Recalde; deteniendo (con mucho respeto) a Ibarrola, y los tanques y blindados de la base de Valencia. El sábado por la mañana ya estábamos todos unidos. Un día antes Jesús había redactado un manifiesto del Partido, coincidiendo su posición con la nuestra, aunque nuestro documento sea, como veréis, más duro en la apreciación política de la Junta de Casado y de su actuación.

Esto por lo que se refiere a nuestras peripecias personales. Y ahora algo sobre la situación del país y la perspectiva con que trabajamos, que no es tan mala como se podría imaginar.

La constitución de la Junta y la huida de Negrín y de su Gobierno (esta huida ha sido, según mi opinión, un error trágico y tan inexplicable que llego a sospechar Negrín de complicidad directa con Casado. Vuestras relaciones con Negrín en el extranjero, vuestras declaraciones relativas a él, etc. deberán ser **muy reservadas**) ha creado en el país una situación gravísima de confusión, desorden y discordia. Algo parecido al 18 de julio, con la diferencia, en peor, del desencadenamiento de una represión brutal contra nuestro partido. Esta represión fué ordenada desde arriba, por la Junta; con la intención evidente de hacer posible, de esta manera el acuerdo con Franco, y alimentada a la base, por la explosión de todo el odio a nuestro partido y espíritu de revancha de caballeristas, anarquistas, provocadores, etc., etc. El plan consistía en decapitar nuestro partido y suprimirlo **de hecho**.

(1) Texto original de la carta que fué escrita por Togliatti directamente en castellano.

El partido ha sido sorprendido por esta ola de represión la cual, por otro lado, ha puesto de manifiesto muchas de nuestras debilidades, sobre todo en lo que concierne la ligazón con las masas. No hay ninguna organización de partido —que yo sepa— que hasta ahora haya tenido la capacidad de defenderse planteando la defensa del partido como un problema de las masas. La mayoría se han orientado hacia la utilización de las «posiciones» del partido en el Ejército y en el aparato civil del Estado, pero una parte considerable de los hombres que tenían esas «posiciones» ha fallado (los aviadores, por ejemplo, acatando la orden de Casado, bombardearon las líneas ocupadas por nuestros camaradas en Madrid). En cuanto se refiere a las masas, por lo menos en los primeros días la campaña anticomunista ha tenido algún éxito, debido al profundo cansancio de las masas mismas, que desean la paz sobre todo, y a las cuales se presentaba el partido como el enemigo de la paz y responsable de una nueva guerra civil.

En Madrid los camaradas fueron provocados a la lucha armada por las medidas de la Junta, detenciones y «paseos» de mandos y comisarios nuestros, etc. etc. Además, ellos pensaban que el Gobierno Negrín estaba resistiendo en otra parte del país. No conozco todavía todos los detalles, pero me parece que, una vez tomada la resolución de defenderse con todos los medios, faltó a nuestros camaradas la decisión. Su sentido de responsabilidad, desde luego, les impedía llamar más fuerzas en la capital, con el peligro de abrir los frentes. Esto dió tiempo a la Junta de llamar a Madrid, desde varios frentes, unas divisiones anarquistas y dominarnos. Hay que añadir que nuestros mandos, en su mayoría, se portaron bien, pero los soldados no se han batido, no comprendiendo el motivo de la lucha contra otros soldados de la República. Por el contrario, los de Mera, acostumbrados al chaqueteo en los frentes, marchaban con decisión y brío contra nosotros. Nuestros camaradas se han hecho fuertes unos días en la Ciudad Leal (2) Jaca, etc. y en una parte de la capital, y creo que a estas horas todavía resisten en unos puntos. Tenían en sus manos alrededor de 1.200 rehenes, entre los cuales el gobernador civil Gómez Osorio, Trifón Gómez, el provocador García Pradas (3), etc. Sobre la actitud de la población civil, no tengo noticias concretas, pero es cierto que no participó a la lucha. Me dicen que en los combates alrededor de la posición Jaca resultaron muertos los miembros del E.M. del Ejército del Centro. En manos de la Junta está Girón.

En Levante las cosas se han desarrollado de manera muy diferente. En víspera del pronunciamiento de Casado, Jesús que tenía en sus manos todo el E.M. de Levante, y del Grupo de Ejércitos, habló por teléfono con Negrín y éste le contestó que no debía hacer nada porque «los mandos son los que deben mandar, hasta que no se subleven!» Creada la Junta, con las fuerzas del XXII C.E., tanques, etc. se podía tomar Valencia en unas horas. Los camaradas, disuadidos también por Chilov, no lo hicieron, porque casi ciertamente esto hubiera significado el abandono del frente por unas unidades anarquistas y la entrada en Valencia de los fascistas. El XXII C.E. se mantuvo en posición de rebeldía, pero sin pasar a acciones de ataque y sin romper las relaciones con Menendez (4). El solo episodio cruento se ha habido antes de ayer, en Chiva, donde fuerzas de carabineros intentaron atacar nuestras líneas y fueron rechazadas (dos muertos y unos heridos). La posición de Menendez fue desde el primer momento, radicalmente diferente de la de la Junta. Se opuso a la

detención de Jefes y comisarios comunistas, declaró que no permitirá que en su Ejército se toque a un solo comunista. hizo poner en libertad a Uribes, detenido en Valencia, entrando en conflicto abierto con la Junta, que exigía de él las mismas medidas que se habían tomado en Madrid.

En Cuenca, se apoderó del poder Laín (5) con las fuerzas que allá se encontraban, pero lo abandonó al recibir un telegrama apócrifo de Jesús y se hicieron dueños de la situación el SIM y la CNT, deteniendo a nuestros camaradas.

En Albacete, el gobernador militar ha tenido hasta ahora una posición ambigua, más parecida a la de Menendez que a la de Casado.

Cartón, con sus fuerzas, se ha apoderado de Puertollano y Daimiel, pero sin pasar a acciones ofensivas contra otras unidades republicanas.

Juanín, con su división, se ha hecho fuerte en Quintanar y mantiene la misma actitud de Cartón. Los tanques están en igual posición en La Roda.

En Cartagena, dominada la insurrección fascista y rechazado un intento de desembarque enemigo (los fascistas lograron desembarcar en Mazarrón pero fueron rechazados al mar, un barco de transporte de los hundidos y unos centenares hechos prisioneros) por las dos Brigadas y otras fuerzas al mando de Rodríguez y Llanos, la Junta decidió nombrar comandante de la plaza a Pérez Salas, pero Menendez lo ha destituido reponiendo en su puesto a Rodríguez.

De otras capitales no tengo, hasta este momento, una información exacta. Pero puedo decir que en todo el país reina un desorden y confusión enorme y, a pesar de la campaña de prensa, la autoridad y el poder real de la Junta son muy reducidos. Primero: la Junta no ha obtenido la «paz» en las 24 horas, como esperaba; la contestación de Franco a las proposiciones de Casado ha sido por este golpe muy grave. «Casado —dice Menendez— es hoy el hombre más odiado por el Ejército». Segundo: muchísima gente honrada, en todos los partidos y sobre todo en el Ejército, no comprende el porqué de la lucha contra los comunistas y no aplica las órdenes de la Junta, manteniendo el contacto con nosotros y empezando nuevamente, pasados los primeros tres-cuatro días, a facilitar nuestro trabajo. La Junta va orientándose cada vez más hacia elementos que todos conocen por provocadores y canallas, y esto aumenta el descrédito por ella. Tercero: la gente que ha apoyado el pronunciamiento esperando la «paz» honrada, es decir, poder salvar su pellejo, ahora que la paz no ha venido, cae nuevamente en el pánico más ridículo y empiezan las deserciones. Hay episodios de lo más pintoresco que se pueda imaginar. El señor Besteiro, dos días después de haber fulminado contra Negrín, envía un emisario a Albacete dando órdenes que quede a su disposición exclusiva, y listo para salir, el solo Douglas que todavía hay en el campo. De los tres jefes del SIM levantino que nos han detenido a nosotros, uno, francés, se ha escapado con el avión de Air France, y los otros dos están detenidos a su vez, por haber intentado escaparse.

La lucha misma que ha habido en Madrid ha obligado la Junta a dar unos pasos atrás. Mera fue quitado del mando del Ejército del Centro y nombrado en su puesto el viejo tonto de Pradas. Bajo presión de Menendez, Matalana ha dado orden que sean respetados todos los

mandos y comisarios comunistas y, por último, después de gestiones hechas por Menendez mismo, de un telegrama enviado a la Junta por nosotros desde Albacete, y de algún forcejeo, la Junta ha hecho pública la declaración que reconoce la legalidad del Partido Comunista. Esta declaración todavía no se aplica pero es una pequeña conquista, debida a la fuerza que tenemos, y que todavía impone respeto.

En esta situación hemos pensado que el error más grave que el partido podía cometer era el de capitular ante la ofensiva de sus adversarios, dejándose decapitar, aislar, encerrar en la ilegalidad. Por otro lado descartamos la posibilidad de dar un golpe de fuerza, echar abajo la Junta y tomar el poder. Esto por los motivos siguientes. Podríamos tener éxito sólo a condición de sacar del frente unos C.de E. es decir, abrir el frente al enemigo, lo que nunca podríamos hacer, por motivos evidentes. Además no estamos seguros que estas fuerzas nos seguirían en el combate, una parte de ellas no respondería, no comprendiendo el motivo de la lucha. En fin, nos faltaría también el apoyo de las masas que tampoco comprenderían, hoy, el porqué de la lucha, es decir, que podríamos tener la retaguardia sólo a condición de medidas de terror, fusilamientos en masas de dirigentes de otros partidos, etc. etc., cosas que en la situación actual no son aconsejables. Por un tal golpe de fuerza no tendríamos, prácticamente, ningún aliado y recaería sobre nosotros la responsabilidad de haber hecho terminar la guerra con el caos más sangriento que se pueda imaginar.

La línea que nos hemos trazado es una otra, la siguiente.

Considerar como primer objetivo la reconquista de la legalidad completa del partido, la restitución de nuestras casas, periódicos etc. Para obtener esto, apoyarse en los elementos honrados que no quieren la lucha anticomunista y servirse al mismo tiempo de la amenaza, es decir utilizar la fuerza enorme que tenemos en el Ejército, para presionar sobre la Junta, las autoridades locales, etc. Plantear el problema a las masas obreras y campesinas, etc. etc.

Este primer objetivo, si no se producen hechos nuevos, podríamos conseguirlo en unos días. Con Menendez ya tenemos relaciones normales: Burillo (6) nos ha prometido ayer que en tres días de tiempo restituiría al partido todo lo que le ha sido quitado, nos da nuevamente coches, salvoconductos, etc., etc. Hoy tomamos contacto con Miaja. La dificultad más grande se presentará en Madrid, pero no desesperamos poderla solucionar. Todo esto si no surgen nuevas complicaciones, lo que siempre es posible. En todo caso, aprovechamos el respiro que nos dan estas conversaciones para reorganizar el partido y su dirección para la semilegalidad y la ilegalidad completa.

La segunda parte de nuestro plan consiste en echar abajo la Junta, pero no con la fuerza, sino creando contra ella un fuerte movimiento de opinión pública y agrupando contra ella un cierto número de personalidades destacadas, militares y civiles, de todos los partidos políticos. No puedo ahora daros más detalles. Tenemos un aliado inesperado, pero muy activo, en el hombre del «tubo» (7). Tampoco podemos prever la forma práctica en que la cosa se podrá realizar, si de reorganización, reajuste, formación de nueva Junta o qué. Lo que puedo deciros es que en ningún caso aceptaremos o solicitaremos entrar en una formación gubernamental cualquiera. Considero que el hacerlo sería un error: la vuelta a una formación de Frente Popular siendo hoy imposible.

Esto es nuestro plan de trabajo político y es necesario lo conozcáis, para poder enjuiciar exactamente, desde el extranjero, las noticias confusas que os llegarán de aquí. **Tengáis presente que los elementos de la F.A.I. están con la Junta, pero en plan de levantamiento anticomunista, y su actitud puede obligarnos a medidas de defensa por las cuales estamos preparados.**

En un plan más general, la situación puede desarrollarse de la manera siguiente:

1. Hipótesis más probable. Inicio de ofensiva enemiga, derrumbamiento de uno o de dos frentes. Si esto se produce antes que hayamos podido reorganizar la dirección política del país, será, en todo el país, el pánico y el chaqueteo general empezando por los miembros de la Junta. Intentaremos, en este caso, apoyados en el Ejército, mantener un poco de orden en alguna provincia, para permitir, si posible, una evacuación más o menos ordenada de cuadros, etc. (si tendremos los medios).

2. En el caso de que la ofensiva retarde, no se puede excluir que podamos lograr una reorganización de la Junta, el fin de la campaña anticomunista, la vuelta del partido a un período de trabajo político legal intenso, resustitución del Frente Popular, etc., etc. Por esto trabajamos.

3. Ultima hipótesis (la menos probable) es que se produzca un cambio profundo en la retaguardia facciosa, con la caída de Franco y formación de un nuevo poder que acepte un armisticio o de discutir las condiciones de la paz. En este caso se abriría un nuevo período, quizás el más interesante, de la guerra, y se plantearían problemas nuevos, que hoy no se pueden prever bien. En todo caso, desde el extranjero es preciso que intensificáis con todos los medios el trabajo en la retaguardia facciosa, para ver si se logra cambiar algo de su situación.

Nosotros, dirección del partido, seguiremos trabajando hasta que exista la más mínima posibilidad de trabajo político, para utilizarla en pro de la unidad, de la lucha contra el fascismo, y del Partido.

Os ruego transmitáis esta carta a la casa, después de haberla leído.

ALFREDO

12-13 de marzo de 1939

NOTAS

- (2) Tras el estallido de la guerra Ciudad Real había adoptado el nombre de Ciudad Leal.
- (3) Miembros de la Junta, socialistas reformistas los dos primeros y anarquista el tercero.
- (4) General, comandante del frente de Levante.
- (5) Dirigente de la J.S.U., gobernador civil de la provincia.
- (6) Coronel de la Guardia de Asalto.
- (7) Quizás se refiera a Julio Just, viejo político diputado de la Izquierda Republicana, que había sido ministro de Obras Públicas y a quien se había dado apodo por haber apoyado un proyecto de ferrocarril que comprendía la construcción de un largo túnel y que había sido objeto de vivas polémicas.

Nova Galicia

Nºs 20 y 21
SEGUNDO Y
TERCER trimestre
1971

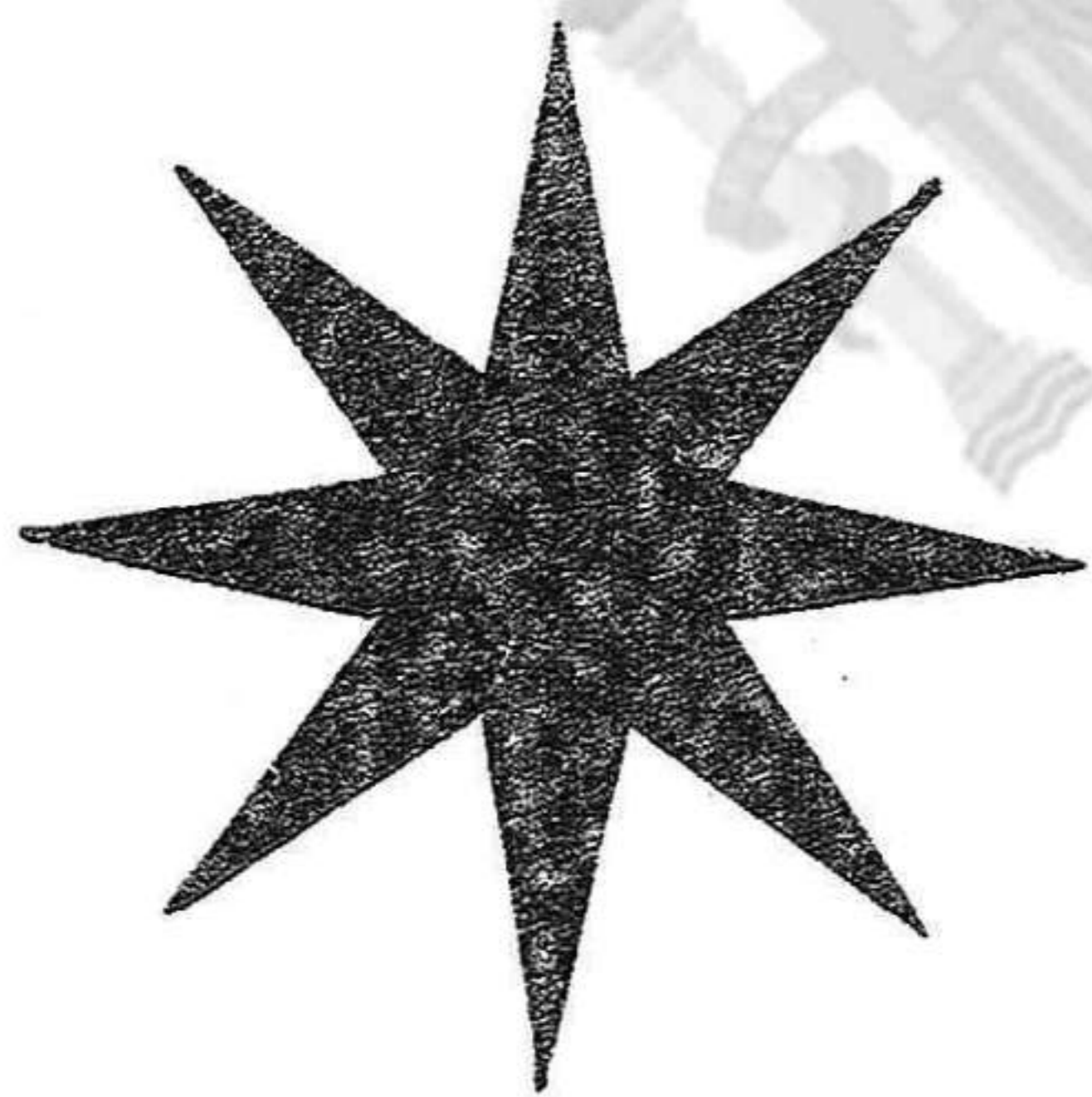
MITIN DE MONTREUIL:
Dolores Ibárruri
Santiago Carrillo

XORNADA contra da REPRESIÓN
ELECCIONES SINDICALES
PROBLEMAS DEL CAMPO GALLEGO
A FALA GALEGA

REVISTA CULTURAL Y POLITICA

HAN APARECIDO

horitzons nous



- ★ *Francesc Vallverdú i la cultura catalana*
- ★ *Interviu a Angela Davis*
- ★ *F. Engels sobre la Comuna de Paris*
- ★ *El primer advocat laboralista : Francesc Lairet*
- ★ *Quatre sonets i una oda de Joan Brossa*

22 PRIMER I SEGON TRIMESTRE 1971